



MARIO ESCOBAR

ae

EL MISTERIO DE
RENNES-LE-CHÂTEAU

Lectulandia

Octubre de 1887 París. Bérenger Saunière, sacerdote de Rennes-le-Château, viaja a París con una misión secreta. Después de alojarse en una modesta pensión visita una librería antigua, para que examinen unos documentos que ha encontrado en su iglesia en Rennes-le-Château y que pueden tener la clave para descubrir un misterioso tesoro.

En la actualidad. Mathis Devos, un joven restaurador, está trabajando en la capilla del monasterio de las hermanas negras en Mons, Bélgica. En el Reloj de la Vida descubre un pergamino fechado en el 708, que puede tener relación con el último rey Merovingio y los secretos sobre el Santo Grial.

Mathis decide ir a ver a Chloé Lambert, su antigua profesora en Arte Medieval de la Universidad Libre de Bruselas. Chloé y Mathis descubrirán que el manuscrito es una carta de Santa Irmina, en la que se describe el asesinato de Dagoberto II, el último rey Merovingio y su supuesto hijo Sigiberto IV. Descubrirán que los nazis, en especial el grupo de espías llamados *Sicherheitsdienst*, buscaron ese documento en 1943 y una reliquia olvidada. Mientras en Francia están celebrándose las elecciones más importantes desde la proclamación de la V República y una candidata de la extrema derecha puede convertirse en la próxima presidenta del país.

Lectulandia

Mario Escobar

El misterio de Rennes-le-Château

ePub r1.0

Karras 15-02-2019

Título original: *El misterio de Rennes-le-Château*

Mario Escobar, 2017

Editor digital: Karras

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

París, octubre de 1887

François Bérenger Saunière apenas se distinguía de la oscura noche otoñal. Su capa negra le cubría hasta casi los pies, el sombrero del mismo color le cubría medio rostro y lo único que brillaban era sus pálidas manos aferradas a un maletín de negro cuero negro ajado y una maleta de cartón forrada de piel, mientras caminaba por el empedrado de la Île de la Cité, en el corazón mismo de la ciudad. Se había citado allí con el capellán de la iglesia Sainte Chapelle, antiguo amigo de sus maravillosos años en el seminario Mayor de Carcasona. Bérenger aún recordaba aquella época con nostalgia, nunca había imaginado que el sacerdocio era un oficio tan solitario y peligroso. El sacerdote se detuvo ante la imponente fachada de una de las iglesias más bellas de Francia. La famosa capilla se encontraba en el patio del antiguo palacio, encajada entre los edificios administrativos pertenecientes a la Tercera República. Desde la Revolución Francesa no había culto oficial, pero por una de esas extrañezas de la historia, aún conservaba un capellán que daba misa a altos funcionarios, abogados del Estado y otras autoridades.

La fachada apenas se intuía en medio de aquella oscuridad, aun así se quedó un rato con la mirada fija en ella, pero cuando el cielo plomizo comenzó a derramar una lluvia intensa y fría, el párroco se apresuró a llamar a una de las puertas.

El sonido retumbó en la capilla, se escucharon unas pisadas apresuradas y después los goznes de la pesada puerta de madera. La luz del interior apenas competía con la oscuridad de la noche. La figura del capellán se desdibujaba como el trazo del dibujo de un niño, pero la voz le pareció inconfundible.

—Querido padre Saunière, aún no terminaba de crearme que volvería a verle. Han pasado casi trece años desde que nos graduamos en el seminario.

—Amado padre Bel, que placer verlo. Recibir tan amablemente a un párroco de pueblo, qué digo, de aldea, en una de las capillas más hermosas de Francia, es todo un detalle por vuestra parte —dijo el sacerdote sin ocultar la envidia que sentía hacia su compañero. En el fondo se creía mucho mejor que él, aunque por el momento la Divina Providencia no le estuviera favoreciendo lo suficiente.

—Lamento haberos hecho venir hasta aquí. Mi casa está muy cerca, pero tenía que arreglar algunas cosas antes de salir. De otro modo hubiera ido a recibirle a la estación. El viaje desde Toulouse es agotador, por no hablar del desplazamiento por

esos caminos tortuosos de Rennes-le-Château. Se acuerda de aquella excursión desde Carcasona. ¡Qué tiempos! —exclamó el capellán dando un profundo suspiro.

El sombrero del sacerdote goteaba por todas partes cuando el capellán le dejó entrar por fin. Bérenger sintió un escalofrío dentro del edificio, se había olvidado que el frío de las piedras siempre era más intenso que el del invierno más cruento.

Caminaron por una alargada capilla de paredes de cristal, las luces de la ciudad apenas coloreaban las vidrieras más hermosas de Francia, pero al sacerdote le impactó las figuras fantasmagóricas que parecían formarse entre las sombras que proyectaba la luz.

—Saldremos por la puerta lateral, cruzaremos la calle y caminaremos una manzana hasta mi casa. Es un día espantoso; cuando el verano termina en París, el invierno se precipita sobre nosotros como un mal sueño. Aún más en estos tiempos tan turbulentos, donde la moral y la decencia se han abandonado.

El capellán recogió su capa de uno de los bancos, un maletín nuevo de cuero marrón y su sombrero. Abrió el portalón con una llave dorada e invitó a Bérenger a salir, después le cubrió con su paraguas.

Caminaron en silencio mientras el viento y la lluvia los golpeaban. Notaron cómo las manos se agarrotaban por el frío y sus capas comenzaban a calarse. El sacerdote sintió cómo los huesos comenzaban a dolerle, a pesar de su estupenda salud; la humedad podía producirle fuertes pinchazos en piernas y brazos.

Llegaron a un edificio de aspecto vulgar, como tantos otros de aquel inmenso escenario que era París. El capellán abrió una nueva puerta y entraron en un amplio portal de paredes altas y escaleras de madera, adornadas con una barandilla de hierro pintada de negro.

—¿Le ayudo con el maletín? —se ofreció el capellán.

El sacerdote frunció el ceño y aferró con fuerza el cuero del mango.

—No, gracias —dijo mientras movía la pesada maleta y el maletín de piel.

Bérenger ascendió las escaleras con lentitud, resoplando a cada paso. En los últimos años había cogido algo de peso y ya no era tan ágil como en su juventud. De vez en cuando recordaba su vida en Montazels, cuando el mundo era un plácido verano que no terminaba nunca.

Al llegar al descansillo el sudor y la lluvia se mezclaban en la frente del clérigo. El capellán abrió la puerta de madera oscura y le invitó a pasar tras prender la luz de gas.

El capellán le mostró su cuarto y le dejó unos minutos para que se acomodase. Después Bérenger recorrió los largos y oscuros pasillos de la casa hasta una sencilla cocina de azulejos blancos.

—Creo que prepararé un té. Con este frío nos sentará bien.

—Gracias —comentó el hombre sentándose en una silla.

—Me alegró recibir vuestra carta. ¿Por qué dejó la enseñanza en el seminario? Todo el mundo comentaba que tenía un futuro prometedor como profesor.

—Imagino que la aventura de ser sacerdote y cuidar almas me parecía más atractiva. No estoy hecho para aguantar a mocosos sin vocación que pretenden medrar en nuestra Santa Madre.

—Lo comprendo, pero nadie imaginó que os convertiríais en el párroco de un pueblo tan apartado —insistió el capellán mientras preparaba la tetera.

Bérenger frunció el ceño. Siempre había vivido cómodamente; sus padres y abuelos eran lo suficientemente adinerados como para haberle buscado una posición mejor, pero lo que aquel capellán atildado y cosmopolita no comprendía es que Renne-le-Château era una gema en bruto. De sus entrañas nacía la esencia de Francia, el alma mismo de Occidente. Su misión estaba por encima de las pequeñas ambiciones humanas.

—«El pueblo» —como usted lo llama— es el corazón mismo de Francia. Dentro de poco tiempo todo el mundo lo conocerá. A veces las apariencias engañan.

—¿Es eso lo que le ha traído a París?

—Mañana tengo una cita con un famoso librero y debo descansar.

—¿No quiere cenar nada? —preguntó el capellán contrariado. Esperaba una larga charla con su antiguo amigo—. Espero no haberos importunado. Uno de los defectos de los parisinos es opinar sobre cosas que no nos incumben.

—No es eso, querido amigo. Simplemente estoy agotado.

Bérenger se puso de nuevo en pie. Escuchó el silbido de la tetera, pero a pesar del hambre y la sed que tenía, se dirigió al cuarto. No quería dejar solo su hallazgo mucho tiempo, no se fiaba de nadie.

En cuanto cerró la puerta con llave abrió sigilosamente el maletín y miró los manuscritos. Sus ojos brillaron como la primera vez que los descubrió. Aquello era la respuesta a sus oraciones y desvelos. Podían salvar a Francia y en cierto sentido, al resto de la Cristiandad.

PRIMERA PARTE

UNA CAPILLA AL SUR DE FRANCIA

1. Viaje misterioso

París, octubre de 1887

No había logrado dormir en toda la noche. No se fiaba de su amigo Paul Bel, aunque si era sincero consigo mismo, no se fiaba de nadie. Sabía cómo el carácter de una persona se podía transformar. Lo había visto en su hermano Alfred, en la señora Marie Cavailhé, que tan gentilmente había donado dinero para la reforma de su parroquia y, de alguna manera, lo había percibido en la mirada de su amigo el capellán.

Salió a la calle sin hacer el menor ruido antes de que amaneciese, sin despedirse de Paul. Después buscó una pensión cerca de la librería que le había recomendado el obispo Félix Asène Billard, dejó la maleta y esperó impaciente a que abriese. Tuvo que esperar varias horas bajo una bruma húmeda que le calaba los huesos, pero justo a las diez de la mañana un hombre pequeño, delgado, vestido con un traje negro de terciopelo, un bombín y una capa negra y roja, abrió la puerta de la librería, dio la vuelta al cartel de cerrado y tras dejar su sombrero y capa en una percha, se situó detrás del mostrador.

El sacerdote entró en el local y escuchó unas campanillas sobre su cabeza, se dirigió hasta el mostrador y se quedó en silencio hasta que el hombre elevó la cabeza y le observó por encima de sus lentes.

—Disculpe. ¿Es usted el librero Adrien Le Brun?

El hombre frunció el ceño y sus lentes se alzaron un poco. Después se enderezó y miró de arriba abajo al sacerdote.

—Espero que no le incomode mi atuendo. En estos tiempos parece que todo el mundo desconfía de un sacerdote. No vengo aquí con ninguna misión espiritual, pero traigo ciertos manuscritos que me gustaría que pudiera valorar.

El librero dejó a un lado la pluma y el tintero e hizo un gesto para que el hombre le mostrase el material.

Bérenger se lo pensó unos instantes. No se fiaba de la gente de la capital, pero no había realizado todo aquel viaje para dudar en el último momento. Debía confirmar la autenticidad de los documentos. Sacó con sumo cuidado los pergaminos y los dejó sobre el mostrador desgastado de madera oscura. El librero acercó una luz.

El hombre levantó la cabeza y se le quedó mirando con la boca abierta.

—Esto es un tesoro formidable. Puedo pagarle lo que desee por ellos.

—Muchas gracias, pero no están a la venta —contestó el sacerdote.

—El más antiguo es del siglo XIII y los demás son del XVII y XVIII. Son un verdadero tesoro —insistió el librero, mientras apartaba la lupa de su ojo.

—¿Quién podría darme más información del contenido? —preguntó impaciente el sacerdote.

—Conozco a la gente adecuada, pero no estoy seguro de que ellos deseen conocerle a usted —comentó el librero.

—Tiene que ayudarme. ¿Sabe lo que puede significar este descubrimiento para Francia?

—Esta noche hay una ceremonia. Podrá venir conmigo si jura mantener el secreto mientras viva, pero si revela algo atégase a las consecuencias —dijo el hombre con tono amenazante. Por unos instantes sus ojos parecieron brillar en la oscuridad y el padre Saunière sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y tuvo ganas de escapar. Respiró hondo, miró al hombre directamente a la cara y contestó:

—Mantendré el secreto hasta la tumba.

2. Mons

Mons, en la actualidad.

Aquella era la mejor hora del día. La luz natural era escasa, pero ya nadie molestaba su trabajo. Los potentes focos iluminaban el altar mayor, pero él se encontraba reformando otra parte de la colegiata de San Waltrude, una pequeña capilla lateral donde se encontraba el Reloj de la Vida. Todos los que habían pasado alguna vez por la colegiata no lograban olvidarlo. Era llamativo; la gran circunferencia con números romanos, con fondo negro y labrada en madera, pero sobre todo la figura fantasmagórica que se encontraba a su lado: una calavera vestida con una túnica sobre una pequeña esfera negra. Muchos se habían preguntado sobre el simbolismo de la extraña figura. La interpretación más simple era que el artista había querido advertir al visitante sobre la transitoriedad de todo, pero había varios elementos misteriosos y esa era una de las cosas que más le fascinaba a Mathis Devos. A pesar de haber superado los treinta años aún parecía un estudiante de arte. Siempre con ropa informal, vestido como si se encontrara en una prospección arqueológica, con un pantalón corto repleto de bolsillos, una camiseta vieja, un chaleco militar y una gorra de pescador, cualquiera que lo hubiera visto de rodillas mientras limpiaba aquel gigantesco Reloj de la Vida habría sospechado que era un estudiante en prácticas, pero Mathis Devos era doctor en arte medieval, uno de los mejores alumnos que había tenido en la Universidad Libre de Bruselas y, sobre todo, un verdadero donjuán. Su interés por la belleza no se limitaba a las obras de arte; desde que comenzara la carrera más de una década antes, se había dado cuenta de que la Facultad de Arte de Bruselas estaba completamente llena de miles de mujeres atractivas.

Mathis aún conservaba unos rasgos aniñados, su rostro pecoso y su pelo rojizo le hacía parecer mucho más joven. Su melena corta y la perilla le daban un aire de artista loco, que le hacía irresistible a muchas de las estudiantes de arte o sus compañeras. En aquel momento mantenía una relación con su ayudante holandesa Victoire Jussieu, pero eso no impedía que coqueteara con la primera mujer que se cruzara en su camino.

Miró de nuevo el reloj y volvió a sentirse fascinado por aquella misteriosa obra. El reloj únicamente tenía una flecha que marcaba las horas, pero carecía de minutero. La flecha señalaba casi las tres, como si quisiera advertir que aún quedaba un poco de tiempo.

Muchas veces se había preguntado sobre el origen del tres. El número tres simboliza el principio universal de la alquimia, con sus compuestos de azufre, sal y

mercurio. Tres son las fuerzas de la materia: acción, reacción e inercia. En la Biblia el número tres se repite constantemente. Los hijos de Adán son tres, Abel, Caín y Set. También son tres los hijos de Noé, Sem, Jafet y Cam. Tres fueron los magos de Oriente, por no hablar de las famosas trinitades; la primera, la egipcia con Isis, Osiris y Horus; la hindú con Brahma, Visnú y Shiva; los fenicios tienen a Baal, Melkart y Astarté; los griegos a Zeus, Poseidón y Hades, y en el cristianismo al Padre, Hijo y Espíritu Santo. Sin duda aquel casi número tres quería decir algo, que él no había logrado descifrar. Pero creía como Pitágoras que los números eran un lenguaje universal dado por la deidad a los seres humanos como confirmación de la verdad.

Mathis observó la calavera que se giraba para mirar al reloj, justo al otro lado de la esfera. Parecía querer decir al visitante que había algo perfecto al otro lado de la muerte, a sus espaldas, un punto en el que escapar de su temible legado. La esfera que pisoteaba era el mundo.

El restaurador se puso de pie y miró de frente la estatua. Nunca había visto algo parecido. Después comenzó a lijar de nuevo la esfera hasta que chocó con lo que parecía un clavo. Intentó sacarlo, pero en lugar de conseguirlo escuchó un sonido, como si algo se hubiera roto o separado. Palpó con la mano y descubrió un hueco no muy grande, pero sí profundo; introdujo primero los dedos y más tarde el brazo hasta el codo, cuando se topó con algo. Parecía frágil como un papel o papiro, lo sacó con suavidad y a los pocos segundos vio delante de sus ojos un pergamino no muy grande, enrollado y con una cinta roja. De un lado colgaba un sello de cera. Observó el círculo rojo y se sorprendió al reconocer el escudo de la casa merovingia.

—¡Dios mío! —exclamó el restaurador mientras se tumbaba en el suelo y abría con cuidado el pergamino.

Escuchó un ruido en la sala e instintivamente lo guardó en su maletín. Escuchó los pasos de Victoire y frunció el ceño.

—¡Ya era hora! —dijo Mathis, mientras se ponía en pie.

—¿Qué estabas haciendo tumbado en el suelo?

—Bueno, mezclando pigmentos, tengo que hacer que esos dorados brillen de nuevo —dijo el hombre intentando disimular su ansiedad.

La joven se quitó su chaqueta de cuero, que llevaba a pesar del sofocante calor del verano, la colgó en la pared y se puso la bata blanca.

—Bueno, ¿qué quieres que haga hoy?

—Me olvidé del informe en el apartamento. ¿Serías tan amable de ir a por él? —preguntó el restaurador.

—Vengo de allí. Podías haberme llamado por teléfono —se quejó la estudiante.

—Ahora soy tu jefe, por favor necesito el informe —dijo muy serio.

La chica dejó de nuevo la bata blanca manchada de pintura y se puso la cazadora de cuero. Su pelo rubio pajizo destacaba sobre su piel morena; sus brillantes ojos azules parecían casi transparentes por la luz de los focos.

—No me mires así. Llegas tarde y quejándote. Eso te pasa por salir por la noche.

—Bueno, vinieron unas amigas de Ámsterdam. ¿Qué querías que hiciese? Yo no soy tan antisocial como tú.

—Ya te he dicho que no soy antisocial, simplemente soy selectivo. ¿Para qué iba a perder el tiempo con tus amigas? Son unas crías estúpidas que solo piensan en beber y follar.

—Te estás haciendo un viejo. Todo el día enganchado a Netflix y tus libros.

Mathis dio un largo suspiro, esperó a que la chica desapareciera y sacó de nuevo el pergamino. Leyó el escrito y reconoció enseguida la letra merovingia. No había muchos manuscritos de aquella época, pero este afortunadamente se encontraba fechado. El resto de las letras estaban borrosas y apenas podía entenderse nada.

—Mierda, siempre ha sido un galimatías esta maldita letra, al menos la carolingia es más clara. Mientras se apoyaba en el suelo, observó el parecido con la letra de una lápida que había justo debajo del reloj. Puso un papel de calco encima e intentó repasar las letras. Enseguida apareció una frase en latín que decía: *Noli me tangere!* [No me toques].

El restaurador comenzó a repetir la frase hasta que se dio cuenta de que eran palabras de Jesús a María Magdalena el día de su resurrección, cuando ella fue a limpiar su cuerpo al Santo Sepulcro. A continuación ponía *Non ediod ea sunt quae videntur* [No siempre las cosas son lo que parecen].

Nunca se había fijado en el texto de aquella lápida, tampoco sabía si tenía relación con el manuscrito que había descubierto. Decidió guardarlo de nuevo. Tenía que consultar a su profesora Chloé Lambert, con la que aún mantenía una estrecha relación y muchas veces le ayudaba en sus investigaciones. Además era especialista en el reino merovingio.

Se puso de pie, cerró el compartimento que había detrás del gran reloj y se quedó observándolo un rato. No entendía nada, aquella colegiata estaba dedicada a Santa Valdetrude, patrona de Mons, esposa del conde de Hainaut. Tras el ordenamiento de su esposo, ella misma se convirtió en monja. La ciudad de Mons creció alrededor del monasterio que ella había fundado en una colina. Aquella santa era una de las muchas que había dado la saga merovingia; aquella cruel y pagana tribu franca se había convertido en una de las más piadosas de la cristiandad. Miró hacia el altar mayor y contempló el inmenso relicario dorado y se preguntó si aquel manuscrito tendría alguna relación con la fundadora y su misteriosa dinastía.

3. El manuscrito

En cuanto Victoire se quedó dormida, se levantó de la cama y se dirigió a la habitación que usaba como despacho. Apenas era un cuartucho minúsculo, con dos estanterías y una mesa pequeña del siglo XVII. Puso el manuscrito sobre ella y tras dar la luz lo observó con su lupa. Distinguió algunas palabras sueltas. Parecía una carta personal, una especie de petición, pero no era capaz de entender el texto por completo. Además, por alguna razón, el escritor o escritora del pergamino utilizaba un lenguaje retorcido y confuso, como si temiese que alguien no deseado pudiera leerlo.

—Tendré que llamar a Chloé —se dijo de nuevo. No quería molestarla. En esa época solía salir de Bruselas y pasar unos días en las Islas Baleares o Croacia. Era soltera como él, pero, a pesar de haber cumplido aquel año los cincuenta, se conservaba de una manera increíble. Chloé tenía tres obsesiones: el Arte, la alimentación y el deporte. Él, en cambio, comenzaba a tener una pequeña barriga debido a sus abusos con la cerveza, la carne y su costumbre de pasar la tarde tumbado en el sillón viendo películas o series.

Miró el reloj, eran casi las once la noche. Muy tarde para llamar a Chloé. No quería asustarla, en los últimos meses su madre, que vivía en Brujas, había tenido dos ataques cardíacos y temía que pudiera asustar a su amiga al llamarla tan tarde. Miró el teléfono un par de veces, hizo unas fotos y se las mandó por *wasap*. Cerró el teléfono y lo dejó sobre el escritorio, se giró y antes de que llegara a la puerta escuchó el silbido de mensaje recibido. Tomó el teléfono y miró:

No puedo verlo con claridad. ¿Qué es eso?

He encontrado este manuscrito en el Reloj de la Vida.

¿Dentro del reloj?

Sí.

Curioso.

¿Dónde estás?

En Bruselas.

Pensé que estarías de vacaciones.

Tengo mucho trabajo. No saldré hasta la semana que viene. ¿Por qué no me haces una visita y vemos el manuscrito?

¿No has dicho que tienes mucho trabajo?

Son temas burocráticos. Me vendrá bien despejar la mente con algo realmente interesante.

Ok. Salgo mañana para allí.

Ok, pero no traigas a la holandesa. No la soporto.

Descuida.

Mathis escuchó unos pasos. Miró el umbral de la puerta y vio la figura de Victoire. La tela fina de la camiseta que llevaba para dormir se transparentaba por la luz. Era tan bella como *La joven de la perla* de Johannes Vermeer, no tanto la del cuadro sino Scarlett Johansson, la de la película.

—¿Por qué no vienes a la cama? —le invitó la chica.

El hombre ocultó con cautela el documento y apagó la luz. Caminó hasta el umbral y besó a la joven. Mientras lo hacía pensó en la forma de los ángeles. Su rostro, sus rasgos y su cuerpo perfecto asemejaban a un ser de otro mundo. Por un instante pasó por su cabeza el recuerdo de su padre, la pequeña iglesia de Marloie, el ambiente familiar, pero asfixiante.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la mujer al ver la expresión de Mathis.

—Sí —dijo mientras le tomaba la mano y ambos se dirigían hacia la cama.

La mujer comenzó a acariciarle, pero él la rechazó suavemente.

—Esta noche no. Tengo que viajar a Bruselas después de pasar por la colegiata.

La mujer se volvió enfadada en la cama. Unos minutos más tarde, Mathis notó la respiración acompasada de su compañera y supo que se había dormido. Recordó a su madre cuando le recibía a la puerta de su casa tras la vuelta del colegio. Ese mundo había desaparecido hacía mucho tiempo, su madre ya no existía, las personas que amaba apenas tenían importancia en su actual vida. Sintió una profunda sensación de soledad e intentó dormirse, anesthesiarse una vez más y olvidar quién era o, mejor dicho, quien había sido.

4. Vigilado

Mathis se despertó con un fuerte dolor de cabeza, como si le hubieran dado un golpe contundente justo en la nuca. Se levantó titubeante y se dirigió al baño. Se echó abundante agua en la cara y se miró al espejo. Tenía que repasarse un poco la barba, su rostro extremadamente pálido estaba ojeroso y los primeros síntomas de la edad se dibujaban alrededor de los ojos. Cada vez se parecía más a su padre y eso le asustaba. Se dio una ducha rápida y cuando regresó al cuarto, vio la cama vacía. No era normal que Victoire se levantase temprano. Le costaba mucho despegarse las sábanas. Llevaban un mes juntos, alguien había tenido la amabilidad de enviarla desde la Universidad de Ámsterdam para que le echase una mano, aunque no parecía muy interesada en el arte y a veces tenía lagunas culturales que le sorprendían.

Se preparó un zumo, un café con leche y se dirigió al despacho. Miró entre los papeles, buscó el manuscrito, pero no lo encontró. Abrió la cartera de cuero, después levantó todos los papeles, no había ni rastro del manuscrito.

—No puede ser. Lo dejé aquí —comentó en voz alta, como si intentase convencerse de que lo que había pasado el día anterior no era un sueño. En su teléfono móvil buscó la foto del manuscrito que había hecho el día anterior, pero tampoco apareció.

Miró el *wasap*, pero no tenía ninguna conversación con su profesora. Entonces, algo preocupado, marcó el teléfono de Chloé. Saltó un contestador y se escuchó claramente la voz de la profesora:

«Ahora mismo no puedo atenderle, estoy disfrutando del sol y la playa. Por favor deje un mensaje e intentaré ponerme en contacto lo antes posible».

Mathis frunció el ceño y volvió a marcar. Le salió el mismo mensaje de voz. Entonces escuchó el sonido del bombín de la puerta. Instintivamente se puso en guardia y se colocó detrás de la hoja, pero enseguida vio que era Victoire con una bolsa de papel entre las manos.

—¿Te has despertado? Qué fastidio, había bajado a por unos *croissants* —dijo la chica mientras dejaba la bolsa en la mesa.

—Victoire, ¿has visto un documento que dejé anoche sobre el escritorio? —preguntó el hombre, mientras no dejaba de atusarse el pelo nervioso.

—No. ¿De qué se trata?

—Algo que encontré ayer en la iglesia.

—Pero no puedes sacar nada de la colegiata sin avisar a la orden religiosa. Todo lo que hay en ella es patrimonio de la Iglesia y del Estado —dijo la chica.

—Estaba examinándolo, pero ha desaparecido. Se lo mandé a Chloé, pero tampoco me contesta.

—No he visto nada, pero puede esperar a que desayunemos, ¿verdad? —preguntó la chica con el ceño fruncido.

El hombre se dirigió hasta la habitación, se puso unos pantalones vaqueros viejos, una camisa a medio abotonar, se calzó unos mocasines, tomó su maletín y un *croissant*.

—¿Te marchas? —preguntó la mujer con un gesto de furia.

El hombre mordió el dulce y dio un portazo. Caminó a grandes zancadas hasta la colegiata. Entró por la puerta principal y se dirigió directamente al reloj.

—Señor Devos, ¿podemos hablar un momento? —dijo una voz aguda, casi infantil.

Escuchó su nombre a su espalda y arqueó las cejas. Era el padre Nicolás.

Cuando se dio la vuelta aún sentía la boca pegajosa del *croissant* y los dedos pringosos, se los limpió en el pantalón e intentó ser amable.

—Padre Nicolás.

—Ya sabe que prometió tener el reloj terminado para finales de mes y apenas ha avanzado. Usted y esa señorita holandesa apenas dedican unas horas al día. El altar mayor está muy avanzado, pero esta parte...

—Terminaré la semana que viene, pero ahora, si me disculpa, tengo un asunto urgente.

—¿Un asunto urgente? Tenemos que tener cerrada la colegiata la mayor parte del tiempo, eso son pérdidas, señor Devos. La iglesia y las hermanas no se mantienen del aire. En la actualidad apenas hay gente piadosa que done dinero. Vivimos del turismo y la colegiata es uno de los edificios más importantes de la ciudad. La reliquia de Valdetrudis es muy importante, miles de fieles vienen todos los años, pero necesitamos tener abierta la iglesia.

—Le entiendo, pero no puedo hacerlo más rápido. No soy un albañil, soy un experto en restauración, cualquier fallo sería imperdonable...

—¡Dios no lo quiera! Esta pobre iglesia ha pasado por muchas vicisitudes, incluida la Segunda Guerra Mundial y el espolio de los nazis —dijo el padre Nicolás.

—Y espero que pase por muchas otras. ¿Puedo continuar con mi trabajo? —preguntó Mathis soltando el maletín de cuero en el suelo.

—Sí, naturalmente. Le pido que usted y la señorita...

—Jussieu.

—... se abstengan de besarse en la capilla. No es muy profesional por su parte.

Mathis le dio la espalda, ya no soportaba ni un segundo más a aquel hombre. ¿Quién se creía que era? Nunca se le habría ocurrido besar a Victoire en el trabajo y mucho menos en una iglesia. La mente calenturienta del sacerdote se había imaginado todo aquello y no estaba dispuesto a seguirle la corriente.

Escuchó los pasos apresurados del sacerdote sobre el suelo enlosado y el sonido de la puerta al cerrarse. Se dirigió al reloj y comenzó a palpar el lateral. Quería

asegurarse de que la apertura se encontraba en el mismo sitio y no se lo había imaginado. Estuvo un momento pasando los dedos por el borde hasta que desistió.

—¡No puede ser! Creo que me estoy volviendo loco.

Escuchó de nuevo unos pasos. Pensó que sería de nuevo el sacerdote, pero era Victoire. Le miró con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Lo siento —dijo el hombre aferrando los brazos de la chica con la mano.

—Te has marchado y me has dejado plantada.

—Lo siento, pero me ha sucedido algo muy extraño.

—¿El qué? —preguntó la chica.

—Encontré algo detrás del reloj, lo llevé a casa, incluso le hice unas fotografías, pero no hay ni rastro de ello.

—Pero ¿de qué se trataba? —preguntó la chica intrigada.

—No lo tengo muy claro. De una carta del siglo VIII, estaba en letra merovingia y un latín muy enrevesado, no se veía muy bien. Pero creo que tiene que ver con el Reloj de la Vida y esta iglesia.

La chica levantó la vista y observó el reloj.

—Esta iglesia está dedicada a Valdetrudis, una descendiente de la casa Merovingia. Su padre sirvió a las órdenes del rey Clotario II y su madre era hija del rey de Turingia. Se hizo monja, fundó esta ciudad y el monasterio. Al parecer la leyenda dice que Valdetrudis no era tan santa y se veía con su primo Ghislain en unos túneles que había entre este monasterio y en el que estaba Ghislain —explicó Mathis.

—Esas leyendas de túneles entre monasterios de monjas y monjes son muy comunes —comentó la chica.

—En algunos casos son ciertas. Aunque nadie lo ha encontrado jamás —dijo Mathis. Pisó sobre la lápida que había leído el día anterior y escuchó algo hueco. Tomó una barra de hierro que había junto a los andamios e hizo palanca.

—¿Qué demonios haces? Si viene el padre Nicolás nos echará de las obras de restauración —dijo la chica mirando nerviosa hacia la entrada.

—Será únicamente un momento.

El hombre logró que se levantara la losa y la apartó, tomó el casco con linterna de entre sus cosas y lo encendió. Había una especie de escalera que descendía hasta un sótano.

—Voy a bajar —dijo mientras comenzaba a descender. Ella corrió hasta las herramientas se puso su casco y le siguió.

—¿A dónde vas?

—¿Tú qué crees? —dijo la chica bajando las escaleras.

Se introdujeron en el túnel, tuvieron que abrirse paso por un pasillo estrecho, pero suficientemente alto para que pudiera caminar de pie. Había telarañas por todas partes. Olía a humedad y cerrado, pero no se veía nada extraordinario; parecían las cloacas de la ciudad. Al final llegaron a un ensanche que parecía una capilla. Mathis calculó que debía encontrarse aproximadamente debajo del altar mayor de la iglesia.

Un altar sencillo labrado en la roca, con unos relieves en la base y encima una copia del relicario de Valdetrudis con sus hijas. El hombre se agachó y revisó lentamente los bajorrelieves. Se trataba de algunas escenas de la vida de Jesús, aunque no parecían muy conocidas, al menos él no las había estudiado. Hizo unas fotos y se centró en el relicario.

—Es de oro —dijo la chica.

—Eso parece. El hombre lo abrió lentamente, en su interior había polvo y lo que parecían los restos de un hueso humano.

Escucharon ruidos y se giraron a la vez. Caminaron hacia la entrada, subieron las escaleras y salieron a la capilla.

—¿Qué era eso de allí abajo? —preguntó la chica.

—Una capilla secreta —comentó el hombre.

—¿Una capilla secreta? —le miró ella.

—Algunos grupos sectarios hacían capillas debajo de las iglesias para continuar con su culto disimuladamente. Puede que Valdetrudis perteneciera a uno de esos grupos —comentó el hombre.

Se quitaron los cascos, cerraron la entrada al sótano y salieron a la calle. El sol del mediodía los cegó por unos momentos.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que ver a Chloé y enseñarle las fotos, pero antes tengo que pasar a ver a un amigo —le informó Mathis.

—Iré contigo —dijo la chica.

Mathis se paró en seco y mirando a los ojos a Victoire le dijo:

—No, todo esto es muy misterioso. Además el padre Nicolás tiene que ver a alguien trabajando, no quiero que llame a mi universidad y perder el trabajo. ¿Sabes lo difícil que es encontrar proyectos de restauración en la actualidad? Por favor, quédate y continúa con el reloj.

—No me atrevo a tocarlo sin tu supervisión.

—Pues simplemente haz que trabajas —el hombre besó a la mujer en la frente y caminó deprisa entre los turistas que a esa hora parecían inundarlo todo. Subió por las calles empedradas hasta llegar a una hermosa casa de ladrillo totalmente cubiertas por enredaderas, únicamente se distinguían las ventanas blancas y parte del tejado de pizarra.

Mathis tocó varias veces el timbre hasta que salió un hombre de unos cuarenta años. Llevaba una camisa con unas calaveras dibujadas, un pantalón corto y unas zapatillas de estar en casa.

—Frank, necesito que me eches una mano.

—Otra vez se te ha bloqueado el ordenador. Ya te he dicho que los Mac son una puta mierda —dijo el hombre rubio de barba larga y unos profundos ojos verdes.

Mathis pasó dentro de la casa. Había trastos tirados por todas partes, latas de cerveza, restos de cajas de *pizza* y otros embalajes de comida rápida.

—Eres un cerdo —dijo Mathis mientras entraba en el salón. Los muebles estaban cubiertos de polvo y en la mesa principal había un gigantesco ordenador y varios monitores.

—Esta semana no vino la mujer de la limpieza, perdone su majestad. ¿Has venido para supervisar la casa?

—No. Me pasó algo muy extraño ayer. Encontré un manuscrito escondido en el reloj de la colegiata.

—¿Ese reloj sicodélico de la catedral?

—Sí, ya sabes que llevo semanas trabajando con él. Encontré un manuscrito, pero ha desaparecido.

—¿Qué quieres que haga yo? Díselo a la policía —dijo el hombre sentándose en una silla.

—Lo más raro es que también saqué fotografías y las mandé por *wasap*, pero no están. Han desaparecido también, como si nunca hubieran existido.

Frank frunció el ceño.

—Bueno, recuperar algo borrado en *wasap* es fácil. Todo deja una pista, aunque creamos que lo borramos. Dame tu cacharro.

El hombre se puso a teclear, después conectó el teléfono con un cable al ordenador. Mathis le observaba fascinado. Unos minutos más tarde apareció una imagen en el monitor más grande.

—¿Eso es lo que perdiste?

—Sí, se ve de pena —se quejó el hombre.

—Eso tiene arreglo.

Frank perfeccionó la imagen y al final se pudieron ver las letras con más claridad. Entre algunas de ellas Mathis identificó un nombre.

—¡Irmína! —dijo en voz alta.

—¡Irmína! —repitió el hombre.

—¿Quién coño es Irmína?

—Una santa, descendiente directa de los reyes merovingios.

—Bueno, no veo qué importancia puede tener este pergamino. Es una carta antigua de una santa. ¡Por Dios! ¿De qué pueden hablar, de multiplicar panes y peces?

—No lo sé, pero al menos ahora lo veo con más claridad. ¿Me prestas tu coche? —preguntó el hombre sonriente.

—¿Te has creído que soy una monjita de la caridad?

—No, pero prometo traerte birra de Bruselas —bromeó Mathis.

—Las llaves están en la entrada. Lo quiero intacto y con el depósito lleno de gasolina —dijo Frank.

—Gracias —dijo Mathis mientras salía corriendo hacia el pasillo.

—¿No quieres saber qué pasó a tu teléfono?

El hombre se paró en seco.

—Estaba jaqueado. Alguien te ha estado vigilando. Será mejor que andes con cuidado.

5. Dinastía merovingia

Mathis tomó la autopista En en cuanto salió de Mons, quería llegar a Bruselas lo antes posible. Aún resonaban en su cabeza las palabras de su amigo Frank. ¿Quién podía estar interesado en vigilar a un restaurador belga de poca importancia? Aquello no tenía ningún sentido. Para muchos, Bélgica era un error histórico y los belgas son franceses de segunda clase. A pesar de tener las instituciones europeas y haberse convertido durante los últimos años en el centro del continente, para muchos seguían siendo los Países Bajos borgoñeses, una parte del Imperio francés o la hermana pobre del Reino Unido de los Países Bajos. No tenía sentido que le vigilaran, pero la verdadera pregunta era: ¿por qué lo hacían?

El pequeño Honda apenas llegaba a los cien kilómetros por hora en zona llana, todos los coches le adelantaban por la izquierda y algunos tocaban el claxon quejándose por su lentitud.

Mathis marcó de nuevo el teléfono de su antigua profesora, pero el contestador volvió a saltar. Colgó el aparato y lo arrojó furioso hacia el asiento. Después aprovechó el viaje para intentar repasar en su mente todo lo que sabía sobre la monarquía merovingia.

Chloé era una verdadera enamorada de la cultura merovingia. Podía pasarse horas hablando sobre su origen, influencia y trágico final. Aún podía imaginársela en clase, con su pelo rojizo, sus trenzas gruesas y sus vestidos a cuadros. Todo el mundo la llamaba la «franca», como si viviera en cierta manera, en aquella época que tanto amaba.

Siempre comenzaba con la misma frase: «los merovingios fueron una familia de estirpe germana que gobernó durante trescientos años un vasto imperio que comprendía los actuales reinos de Alemania, Suiza, Francia y Bélgica».

Mathis sonrió mientras se pasaba una de las salidas, maldijo su suerte e intentó acelerar para cambiar de sentido, pero aquel maldito coche no daba para más.

Unos minutos más tardes se encontraba en el aparcamiento, a muy poca distancia de la Grand Place, el sitio más emblemático de Bruselas. Chloé vivía en un ático, justo en uno de los laterales de la plaza. La fachada del edificio era modesta comparada con el conjunto arquitectónico, que componía una de las plazas más bellas del mundo. Tocó el timbre y esperó, no hubo respuesta. Tomó de nuevo el teléfono y marcó. Esta vez alguien contestó con rapidez, como si estuviera esperando la llamada.

—Chloé. Dios mío, llevo llamándote todo el día.

Al otro lado se produjo un silencio, después se escuchó una voz de hombre.

—¿Quién es?

—¿Quién es usted? —preguntó Mathis angustiado.

—Soy el doctor Arthur Janssen —contestó el hombre.

—Pero ¿no es este el teléfono de Chloé Lambert?

—Sí, está ingresada desde anoche en la Clinique Saint-Jean.

—¿Qué le sucede? —preguntó Mathis, mientras notaba como el corazón se le aceleraba.

—No es nada grave, alguien entró en su casa anoche y la dejó inconsciente. Tiene algunos hematomas, dos puntos en la cabeza y un traumatismo leve. La tenemos en observación, le hemos dado calmantes, pero despertará dentro de una hora.

—Gracias —dijo Mathis.

—¿Es usted un familiar? Necesitamos que rellene unos papeles...

—Voy para allí ahora mismo —dijo Mathis colgando el teléfono. Corrió hacia el aparcamiento y condujo hasta la clínica.

El hombre aparcó el coche y cruzó la calle, preguntó en recepción y subió hasta la segunda planta. Cuando entró en la habitación únicamente estaba Chloé. Permanecía inconsciente, con una venda en la cabeza, una vía para alimentarla y varios aparatos más que parpadeaban por todas partes. El hombre se acercó y le tomó la mano.

La mujer abrió los ojos e hizo un esfuerzo por sonreír, pero una fuerte punzada en la cabeza hizo que su gesto cambiara rápidamente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó impaciente el hombre.

Abrió de nuevo los ojos. Sus inmensas pupilas castañas brillaron bajo la luz de los fluorescentes.

—Bien, me han dado en el único órgano que he cultivado en todos estos años.

—Ya veo, aunque no me engañas. Ya me gustaría estar tan en forma como tú —dijo el hombre intentando forzar una sonrisa.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Después de hablar contigo me fui a dormir. No me apetecía ver la televisión ni hacer otra cosa. En estos meses de vacaciones me siento a veces apática, sobre todo tras terminar las clases. Unas horas después noté un golpe; cuando desperté estaba mareada, toda la casa desordenada, como si alguien hubiera estado buscando algo, y un fuerte dolor de cabeza. Entonces me fijé en la sangre seca sobre la almohada, me toqué el pelo y estaba chorreando de sangre. Me asusté y llamé a emergencias. Me curaron, me dieron calmantes y he estado dormida casi todo el tiempo. Creo que en un rato vendrá algún policía para hacerme unas preguntas.

—Increíble. En pleno centro de Bruselas. ¿Echaste algo en falta?

—Lo cierto es que no. Ya sabes que no me gustan las joyas, no llevo casi nunca, tampoco guardo dinero en efectivo. Lo más valioso que tengo son algunos libros antiguos, objetos de la época merovingia, pero de escaso valor...

—Entonces, ¿no crees que se trate de un robo? —preguntó Mathis.

—No. Puede que entraran al azar, mala suerte, supongo.

—Esas cosas no se hacen al azar, no es como un atraco en plena calle. Te tendrían vigilada.

—¿Quién me iba a vigilar? Creo que has leído demasiadas novelas policíacas —dijo sarcásticamente la mujer.

—Puede que tenga relación con lo que te envié. Alguien me robó el manuscrito y borró la foto de mi móvil. Déjame que vea el tuyo.

El hombre tomó de la mesilla el teléfono, le pidió el pin y miró en las fotos.

—Mira las últimas —dijo la mujer.

—¿Tienes algo que ocultar? —bromeó el hombre.

—Sí, en mi tiempo libre me dedico a los *chats* eróticos. ¿Qué tonterías son esas? Para la mayoría de los hombres soy casi invisible. Una mujer a partir de los cincuenta está fuera del mercado.

—Eso era antes, tú estás fantástica. Nadie diría que tienes esa edad —contestó el hombre mientras ojeaba las fotos.

—Mis huesos no piensan lo mismo —dijo la mujer quejándose mientras se incorporaba en la cama.

—No está la foto, pero afortunadamente un amigo logró recuperar la mía.

El hombre le mostró la imagen en la pantalla.

—Se ve mejor que la que me enviaste ayer —dijo la mujer.

—Mi amigo mejoró la calidad.

Chloé sacó unas gafas de la mesita y se las puso. Estuvo ojeando unos momentos y al final comentó:

—¿Sabes lo que has tenido entre manos?

—Una carta de Santa Irmina —contestó Mathis, como si se tratase de un alumno que había logrado sorprender a su profesora.

—Santa Irmina de Oeren era hija de Dagoberto I, por tanto, hermana de Dagoberto II, el último rey merovingio. Su hermano Clodoveo II en connivencia con el mayordomo de palacio Grimoaldo había asesinado a su padre para hacerse con las tierras de Austrasia. El pobre Dagoberto tenía tan solo cuatro años cuando es enviado a Irlanda, para evitar que su hermano lo asesinase. Su propia madre lo abandonó, algunos creen que se trataba de su madrastra, para apoyar al hijo del mayordomo Childeberto. En Irlanda el niño vivió en un monasterio y más tarde se casó con Mechthilde, una princesa anglosajona. En Austrasia un merovingio había recuperado el trono, Clovis II y había matado al usurpador. Reinó después Childerico II, pero tras ser asesinado en el año 675, se produjo una guerra civil. Muchos nobles querían el regreso de Dagoberto, pero Clovis III fue proclamado rey. Al final el legítimo heredero Dagoberto logró reinar al norte del Rin, pero su reinado no fue muy largo. Fue asesinado en una cacería. Entonces llegó al poder Pipino II, que era mayordomo en Austrasia en ese momento, los merovingios no tuvieron descendencia y perdieron el poder del reino franco.

—Luego llegaron los pipinos y Carlos Martel.

—Sí, aunque Martel era hijo ilegítimo. Este rey sería el primer carolingio, pero siempre se rumoreó que Dagoberto tuvo un hijo, Sigiberto IV. La carta de su hermana Santa Irmina parece confirmar que la dinastía no desapareció con la muerte de Dagoberto II; algunos creen que aún hay descendientes de la casa merovingia —comentó Chloé.

—Bueno, me temo que eso tiene que ver más con las leyendas que con la historia. Lo que no entiendo es qué importancia puede tener en la actualidad. La dinastía merovingia reinó hace unos 1.400 años —dijo Mathis, mientras guardaba el teléfono.

Chloé se incorporó un poco en la cama y fijó sus ojos en los de su viejo alumno.

—Vivimos momentos turbulentos, Europa se deshace como un azucarillo en el café. El nacionalismo ultramontano comienza a renacer de nuevo. Puede que alguien esté interesado en buscar las raíces de Francia, para utilizarlo de alguna manera.

—Pero ¿hasta el punto de robar y golpear a una persona indefensa?

—Querido Mathis, en Francia operan organizaciones secretas desde antes de la Revolución Francesa. Algunas de ellas también tienen poder en Bélgica. Desde tiempos inmemoriales los partidarios de los valores republicanos y la masonería han luchado contra los poderes reaccionarios y las organizaciones patrióticas. Algunas veces han triunfado unos y en otras ocasiones otros.

Mathis no estaba muy de acuerdo con su profesora en sus teorías conspiratorias. No creía que las sociedades hubieran tenido la suficiente fuerza para cambiar el destino del mundo.

—La independencia de los Estados Unidos estuvo orquestada por la masonería. Desde George Washington, el primer presidente del país, pasando por Thomas Jefferson, James Madison, James Monroe o George Bush, de los más de 40 presidentes, al menos 18 practicaban la masonería. Las trece colonias estaban desunidas, no tenían un objetivo claro, se sentían amenazadas por los colonos franceses y los indios. La famosa jornada del té en la ciudad de Boston fue propiciada por la masonería. Una reunión, en la taberna del Dragón Verde el 16 de diciembre de 1773, decidió que los hermanos masones, disfrazados de pieles rojas, destruyeran un cargamento de té para encender la chispa de la revolución.

—Sabes también como yo que hubo otros muchos factores... —justificó él.

—Sin duda, pero las sociedades secretas son las que manipulan a las masas y encienden la mecha. Puede que estén haciendo lo mismo en la actualidad —comentó Chloé poniéndose en pie.

—¿Dónde vas?

—Ya me encuentro mejor. Odio los hospitales, tenemos que pasar por mi apartamento. Después iremos a la abadía de Santa Irmina en coche. Puede que allí logremos desvelar más sobre los últimos merovingios. Llamaré al especialista alemán Helmuth Koffman.

6. El hijo del dragón

La mujer miró el teléfono. Al parecer todo había sucedido como esperaba, aunque le habían informado que el restaurador había abandonado precipitadamente Mons tras visitar a un amigo.

Mandó un mensaje por la línea segura y después se miró de nuevo en el espejo. A sus cincuenta y cinco años aún conservaba mucho de su belleza natural. Sus ojos azules, el pelo rubio espiga a mechas, la piel sonrosada y su sonrisa seductora. Miró de nuevo la pantalla, quedaban apenas un par de minutos para que comenzara el mitin. Respiró hondo y, sin querer, recordó la primera vez que había subido a un escenario en un acto político. Apenas tenía cuatro o cinco años. Su padre era un político tradicionalista y héroe de la Resistencia, todo un patriota en una época de traidores.

Caminó hasta la puerta del camerino. El vestido ceñido, los zapatos de tacón y el carísimo perfume francés no dejaban a nadie indiferente. Su jefe de campaña la acompañó hasta el lateral y la esperó entre bambalinas, mientras ella salía casi corriendo al encuentro de la muchedumbre.

La candidata corrió hasta el centro del escenario. La plataforma estaba prácticamente vacía a excepción de un atril transparente y dos grandes banderas tricolores. En una pantalla gigante brillaba la bandera y la letra de *La Marsellesa*.

La mujer levantó las manos y abrazó el aire, como si con ese gesto deseara atrapar a toda Francia sobre sus maternales brazos. Ella representaba la típica mujer francesa conservadora. Madre, esposa y heroína, casi una Juana de Arco moderna.

—¡Compatriotas, amados franceses! —gritó la mujer mientras se escuchaba de fondo los últimos acordes de *La Marsellesa*.

El público se quedó en silencio, casi aguantando la respiración, mientras la candidata levantó los brazos y dijo:

—Este año tenemos en nuestras manos el destino de Francia. Hoy, más que nunca, la apuesta es muy alta. ¿Dejaremos que nuestro país sucumba en brazos de los socialdemócratas y el centro-derecha? ¿Permitiremos que los musulmanes continúen su avance? ¿Nos arrodillaremos ante Europa? ¡No! Aunque me vaya la vida en ello, no permitiré que nuestra amada República termine convirtiéndose en el vertedero del mundo, al servicio de los intereses alemanes. ¡Nunca más!

El estadio entero se estremeció en una marea de banderas, mientras la candidata saltaba sobre el escenario.

—¡Viva Francia! ¡Viva la nueva República y la Revolución Nacional! ¡Trabajo, familia y patria!

Frank escuchó cómo golpeaban la puerta con fuerza y pensó que su amigo Mathis había regresado para devolverle el coche. Caminó con paso cansado hasta la entrada, abrió la puerta y antes de que pudiera reaccionar dos tipos le arrastraron hasta el salón. Sin mediar palabra comenzaron a golpearle hasta que cayó al suelo.

—Pero ¿quiénes sois?

—Nosotros hacemos las preguntas, basura —dijo uno de los hombres mientras le pateaba la tripa.

El hombre se quedó quieto, intentando esquivar los golpes, hasta que el dolor le dejó sin respiración y estuvo a punto de desmayarse.

—¿Qué te pidió tu amigo?

—¿Qué amigo? —respondió Frank confuso.

—Maldito bastardo, ya sabes de qué amigo hablo.

—No me pidió nada, bueno le presté el coche.

Los dos hombres le golpearon durante un rato ignorando sus quejas, hasta que uno de los dos matones se acercó y permitió que Frank se sentase en el suelo. Tenía un ojo morado y la sangre le corría por la cara.

—No nos costaría nada pegarte un tiro, dejar un ejemplar del Corán o poner un vídeo en internet para que todo el mundo creyera que los islamistas habían atacado a un *hacker* que se había pasado de listo —dijo el gorila mientras soltaba espumarajos por la boca.

—Me pidió que recuperara una imagen que habían borrado de su teléfono. Eso es todo —dijo el joven.

El matón se volvió hacia su compañero y resopló. Eso empeoraba las cosas.

—No debías haberlo hecho —dijo mientras apuntaba a la cabeza de Frank con una pistola negra, parecida a las que utilizaba la policía.

—No diré nada. Por favor —suplicó el hombre.

Un soplido salió del cañón del arma. Frank no se esperaba aquel sutil silbido, por lo que no fue consciente de que la bala le había alcanzado en el pecho hasta un par de segundos más tarde. Después notó otros dos impactos y se derrumbó en el suelo.

Victoire vio salir a los dos hombres de la casa de Frank y corrió hasta su bicicleta, tomó el teléfono y llamó a Mathis. No le cogió el teléfono pero dejó en su contestador un mensaje.

—¡Dios mío! No sé qué está pasando. Frank... Quiero reunirme contigo, tengo miedo —dijo la mujer.

Después se dirigió en bicicleta hasta la estación de tren y tomó el primero que salía hacia Bruselas. Prefería buscar a Mathis, al menos él podría protegerla.

Salieron de Bruselas por la tarde. Los días eran largos y luminosos a pesar de encontrarse tan al norte. El destartelado coche de su amigo apenas superaba los cien kilómetros por hora, pero Mathis disfrutó del trayecto, mientras conversaba con su antigua profesora.

—Estamos atravesando el corazón de occidente. Desde Bruselas pasamos al lado de Lovaina, rodeamos Luxemburgo, Lieja, Maastrich, Aquisgrán hasta Tréveris. Hubo una época que Alemania, los Países Bajos y parte de Italia componían un único imperio. El sueño de una Europa unida siempre ha existido —dijo Chloé mientras miraba la carretera que serpenteaba entre tierras de cultivo, pequeños pueblos y frondosos bosques.

—El corazón de Europa. Aunque últimamente parece que nuestro viejo continente ya no tiene corazón —apuntó con tristeza Mathis.

—Las crisis siempre han producido desajustes en el avance del mundo. El famoso Crack del 29 acentuó los nacionalismos, favoreció al fascismo y nos llevó a la Segunda Guerra Mundial, pero luego el mundo supo sobreponerse —comentó Chloé.

—Es cierto, pero el coste en vidas humanas fue elevadísimo, por no hablar del patrimonio destruido por las bombas o los combates cuerpo a cuerpo. Desde la Segunda Guerra Mundial, Europa perdió el liderazgo mundial.

—Es inevitable. Lo mismo sucedió con las guerras de religión, la conquista de América o la Revolución en Francia y las guerras napoleónicas. Estamos en un continuo cambio y conflicto. Lo importante es que, después de cada enfrentamiento, nos acercamos más al mundo ambicionado por Platón, Descartes o Nietzsche. El progreso de la civilización siempre produce una inevitable ofrenda de sacrificios humanos.

Mathis reconocía en las palabras de su profesora el mismo discurso que había aprendido en la Universidad Libre de Bruselas. Su profesora era una convencida humanista, aunque a veces la realidad pareciera contradecir sus teorías.

—Bueno, es cierto que gracias a la Unión Europea hemos vivido el periodo más largo de prosperidad y paz, pero las cosas están cambiando. La falta de solidaridad entre estados, el abandono de Gran Bretaña de la Unión, las crisis en Grecia, España y Portugal, el ascenso de la extrema derecha en Holanda, Austria y en la misma Francia. Por no hablar del terrorismo islámico, el nuevo presidente de los Estados Unidos, el auge de los populismos marxistas en América y otros lugares. Me temo que el progreso no es tan claro.

—Todavía tienes los resabios de tu educación fundamentalista —dijo la profesora en referencia a la familia de Mathis.

Aquello era un golpe bajo; no le gustaba que le compararan con su familia. Él no era un fanático religioso, pero tampoco se consideraba un optimista antropológico. Su fe en la raza humana era muy limitada y pensaba que se dirigía inexorablemente hacia su autodestrucción, llevando consigo a todo el planeta.

—Puede que los cristianos estén profundamente equivocados, aunque tienen razón en dos cosas: el hombre no es bueno por naturaleza y el mundo vivirá su propio apocalipsis —aseguró él.

—Dos premisas erróneas, querido Mathis, el hombre no es un ser moral, simplemente es un animal que establece reglas de convivencia; por otro lado, es cierto que estamos destruyendo el planeta, pero no sería la primera vez que la Tierra se regenera de la nada, mira el periodo de los dinosaurios —contestó Chloé animada por la conversación. La mayoría de sus colegas no hablaban de estos temas, simplemente se limitaban a cacarear las mismas ideas que el hombre llevaba afirmando en los últimos cien años.

—No me refiero al valor moral, está claro que el hombre, tal y como lo entiende hoy la antropología, es un animal evolucionado con la capacidad de razonar, lo que nos excluye de un estado moral, pero sin duda esa misma idea es profundamente moral. Es cierto que cada civilización crea su propio código ético y que, en algunos casos, estos entran en contradicción unos con otros, pero nos otorgamos algunos derechos e ideas como moralmente superiores como son la igualdad de la mujer, el derecho a la vida, la libertad, la expresión o la dignidad. ¿Acaso esas ideas sí son infaliblemente morales?

Tréveris apareció a lo lejos. Cuando el coche pasó cerca de la conocida Porta Nigra, los dos observaron ensimismados los restos de la muralla romana, más de 1.800 años de historia demostrando al mundo lo perdurable de la piedra y lo efímero del ser humano.

—¿Sabes por qué estudié historia? —comentó Mathis.

—No —dijo la profesora volviéndose hacia él.

—Siempre me abrumó el paso del tiempo, el *tempus fugit*, la sensación de que somos apenas una mota de polvo en el Universo, pero que nuestra historia como especie es algo verdaderamente colosal.

—Virgilio ya lo refirió en su obra cuando dijo: «*Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus*». [Pero huye entre tanto, huye irreparablemente el tiempo].

—Esta ciudad es de esos lugares eternos. Ya los asirios hablaron de ella 1.300 años antes de la fundación de Roma. Vieja Europa, herida de muerte, pero siempre viva —comentó Chloé algo melancólica.

—¿Dónde veremos a tu amigo?

—El profesor Helmuth Koffman nos espera para cenar cerca del mercado justo enfrente de la cruz de la iglesia de San Gangolf —comentó la mujer.

Aparcaron el coche y continuaron caminando hasta la bellísima plaza empedrada. Las fachadas de colores brillaban bajo el intenso sol del verano. Las ventanas de cristales pequeños se asomaban a la plaza, mientras los turistas recorrían las calles despreocupados. Se sentaron a los pies de la cruz esperando al profesor. No pasaron muchos minutos cuando vieron llegar por el fondo de la calle a una figura algo extravagante. Un hombre alto, con gafas, el pelo fino castaño asomaba con una gorra

de caza parecida a la del Sherlock Holmes. Su camisa estampada con frases en latín, con colores chillones, y unos pantalones cortos caquis le mimetizaban con las hordas de turistas.

—¡Querida amiga Chloé! ¡Cuánto tiempo sin verte! Parece mentira que vivamos tan cerca y al mismo tiempo tan lejos.

Los dos se saludaron y Mathis se quedó detrás. No conocía al profesor Helmuth, pero por lo que Chloé le había comentado, era uno de los mayores especialistas en la abadía de Santa Irmina de Oeren.

—Este es mi compañero y restaurador Mathis Devos —dijo la mujer.

—Encantado. Me pareció fascinante lo que me contó Chloé por teléfono. Los veranos aquí son muy aburridos. Únicamente hace un calor asfixiante y la ciudad está invadida por los turistas. Apenas salgo de casa, a no ser para pasear por el campo.

—Encantado.

—Será mejor que cenemos. En una hora todo estará invadido por los turistas. Estoy convencido de que son la plaga del siglo XXI. Cualquier día serán los culpables de extender una epidemia aún peor que la Peste Negra.

Caminaron hasta el restaurante Schlemmereule, un lugar tranquilo. El hombre había reservado una mesa en el interior, junto al piano.

—Dentro no suelen comer los turistas. No los soporto, sobre todo a las familias con esos niños maleducados que no paran de berrear —comentó Helmuth.

La luz entraba a raudales por las amplias ventanas, pero el suelo de madera oscura y los techos pintados con vivos colores convertían el lugar en un sitio agradable.

Pidieron un vino francés, después eligieron unos platos ligeros y mientras esperaban que los sirvieran, Helmuth comenzó a preguntarles sobre todo lo sucedido. Chloé no le contó los pormenores, no quería asustar a su colega, pero sí le habló del misterioso manuscrito, el hallazgo en la colegiata de Mons y su relación con los merovingios.

—Todo esto es fascinante. Uno piensa que ya no van a salir nuevos hallazgos y por una casualidad el destino nos ofrece una carta de la misma Santa Irmina.

—Es cierto, por eso me gusta la restauración. Es mucho más que reparar las obras de arte deterioradas, en algunos casos descubrimos datos muy interesantes —dijo Mathis.

—Además está mejor pagada que la enseñanza. No es que me queje, no tengo familia y mis ingresos son buenos, pero se ha recortado mucho el presupuesto de las universidades para investigación, parece que a nadie le interesa ya el pasado.

—Es cierto, aunque me temo que nunca ha interesado mucho el pasado, ni el recuerdo de quienes somos y sobre todo, pone nerviosos a aquellos que prefieren que se olviden ciertas cosas —comentó Mathis.

—Bueno, ya sabéis que Irmina fue una mujer excepcional. Vivió en una época emocionante. El siglo VII cambió el mundo. Es el nacimiento del islam, el declive del

Imperio bizantino y el Imperio sasánida, el mundo Occidental parecía en sus horas más bajas, pero al mismo tiempo fue el principio de su singularidad —aclaró Chloé.

—Sin duda —comentó Mathis que era un entusiasta de la Edad Media.

—En el año 603 se menciona por última vez al Senado de Roma. Constantinopla soporta los ataques bárbaros y sasánidas, pero el nuevo enemigo musulmán terminará por doblegarla. Los árabes queman la Biblioteca de Alejandría por orden del califa y dos nuevas religiones toman protagonismo, el budismo y el islam. Ya estaban todos los ingredientes para configurar el mundo actual. ¡Es fascinante!

—Pero ¿qué importancia tienen los merovingios? —pregunta Mathis.

—La abadesa es descendiente de un linaje misterioso. Ella vive realmente en el siglo VIII, es hija de Dagoberto y será testigo del fin de su linaje. Los merovingios gobernaron un gran imperio casi 300 años, pero continúan siendo un misterio en muchos aspectos. Muchos creen que los merovingios son de origen judío.

—¿Judío? Bueno eso son leyendas —comentó Mathis.

—¿Leyendas? Como lo era Troya, Creta o Tartessos, pero ahora nadie serio discute su existencia. Los merovingios siempre tuvieron un pasado misterioso, que lograron mantener oculto hasta hace relativamente poco tiempo. Algunos les llaman la dinastía del Dragón.

7. Perseguidos

El teléfono sonó en el apartamento de la candidata en París. Terminaba de cenar con su familia y esperaba relajarse un poco antes de acostarse. Aquel era su único día de descanso desde la precampaña.

—¿Habéis hecho el trabajo? Estupendo —dijo mientras llevaba un cuenco con pedazos de frutas hasta el sillón de piel blanca. Desde el inmenso ventanal podía ver toda la ciudad, las luces nocturnas parecían gemas sobre un gran terciopelo negro.

—¿Estás bien? —preguntó su marido, mientras apoyaba las manos en sus hombros.

—Esta campaña me va a matar —bromeó la candidata.

—Tu padre ha llamado tres veces. Quiere ayudarte en la campaña. Lleva toda la vida preparándote para este día —dijo el hombre intentando parecer razonable.

—Mi padre ha hecho mucho por este país. Nos regaló el partido, la ideología y la fe en nosotros mismos, pero hablar un lenguaje del pasado no quiero que se convierta en el principal obstáculo para el Elíseo.

—Lleva meses callado. No quiere perjudicarte —dijo el hombre comenzando a hacerle un masaje en los hombros.

—Cuando termine todo esto será de los primeros en visitar la sede presidencial. Ya sabe cuánto le quiero. Simplemente es estrategia política. A él le relacionan con el antisemitismo y el fascismo, hemos logrado cambiar la opinión de millones de electores. Ya no somos el partido de la extrema derecha, aunque algunos sigan acusándonos de fascistas.

—Has hecho un gran trabajo. Serás la primera mujer presidente de Francia y, sobre todo, la primera candidata independiente en las cinco repúblicas que ha tenido Francia.

—Eso no durará mucho —comentó la mujer sonriente—: proclamaré la Sexta República, reformaré la constitución y echaré a toda esa chusma de nuestro país; sacaré a Francia de la Unión Europea y cambiaré la cara de este viejo continente. Volveremos a ser fuertes de nuevo —dijo la mujer dejando el cuenco sobre la mesa. Su marido la besó en la mejilla y ella sintió algo parecido a la felicidad, una especie de momento perfecto en el que nada puede salir mal, y es capaz de hacer cualquier cosa para que ese momento no termine nunca.

Mathis y Chloé se incorporaron un poco en la mesa para escuchar las palabras de Helmuth.

—Ya sabéis el origen de los merovingios, para muchos son simples reyes francos. Son descendientes de Merovech o Meroveo, que reunieron la mayor parte del territorio de Francia y parte de Alemania hacia el año 486. Los merovingios eran supuestamente paganos, pero Clodoveo I adoptó la fe de su esposa y se hizo católico. Derrotaron a los visigodos en Toulouse en el año 507, lo que los consolidó en el trono. Pero el rey dividió sus territorios entre sus cuatro hijos, formando más un reinado colegiado que cuatro reinos independientes. Hasta aquí la versión oficial, pero hay otra historia oculta que nadie ha conocido durante siglos y que creo que tiene que ver con el manuscrito que habéis encontrado —comentó el profesor.

—Leyendas, especulaciones, personas que intentan manipular la historia y hacernos creer que las sociedades secretas y el esoterismo ha gobernado el mundo —comentó Mathis.

Helmuth frunció el ceño. No podía hablar de aquellos temas con nadie, dentro del mundo académico eran un tabú, a pesar de que cada vez había más pruebas sobre las sociedades secretas y su capacidad para manipular los hechos.

—Puede que nos parezca todo esto absurdo, pero mirad ahora. Organizaciones como al-Qaeda, Hamás o el Estado Islámico han tenido en jaque a los gobiernos de todo el mundo. Todos sabemos que los financian otras organizaciones secretas tanto en Arabia Saudita como en Irán. Así fue en el pasado con la influencia de la masonería en la Revolución Francesa, la independencia de los Estados Unidos o la Revolución rusa, por citar únicamente tres casos —comentó el profesor.

—Yo no niego que tengan cierta influencia, que puedan inclinar un poco la balanza a un lado o al otro, pero otra cosa es pensar que gobiernan el mundo —dijo Mathis.

—Yo no he dicho que gobiernen el mundo, pero intento explicar que el esoterismo y las sociedades secretas han tenido y continúan poseyendo un gran peso histórico.

Chloé miró a los dos hombres. Ella sí creía en la influencia de las sociedades secretas y que en muchos casos habían contribuido al desarrollo de la humanidad, sobre todo la masonería.

—Mathis, deja que Helmuth termine su disertación y que nos cuente qué relación cree él que tiene con la carta que encontraste en Mons.

El profesor sonrió triunfante, se recostó en la silla y comenzó a disfrutar del postre, como si no tuviera prisa en desvelar su teoría.

—El ocultista francés Jean Robin lo describió muy bien en su libro *Hitler, el elegido del dragón*.

Mathis arqueó las cejas, estaba harto de las teorías sobre nazismo y satanismo.

—Hay una relación profunda entre la sangre y el fuego. La dinastía merovingia parece provenir de una antigua saga. A Meroveo se le considera hijo de un misterioso monstruo marino, un ser arcano, el *Bistea Neptus*. Al parecer el origen de los francos es una mezcla de los pueblos griego y sicambrios, una tribu germana. Los

merovingios se autodenominaban el pueblo de la Nueva Alianza. ¿No os suena esto de algo?

—Sí, el nombre que se dieron los cristianos. La Nueva Alianza después de la que Dios había realizado con Israel —comentó Mathis, que sabía la historia sagrada de memoria.

—También los esenios se denominaban de la misma manera. Ya sabéis, la secta judía contemporánea a Jesús y que muchos creen que fueron sus verdaderos maestros. Sobre todo después de los hallazgos de las cuevas del Qumrán. Los merovingios se consideraban representantes de la bestia del mar, sus primeros símbolos eran marinos. El pez fue uno de los más conocidos, como el de Cristo —apuntó Helmuth.

—Eso es una mera coincidencia —insistió Mathis, interrumpiendo al profesor.

—El *Bistea Neptunis* era el antiguo dios romano Neptuno, o Poseidón en la mitología griega. Ambos eran fundadores de Atlantis, la ciudad castigada por Dios en Génesis 7 y de la que únicamente Noé se salvó. En Apocalipsis 13:1 habla del Anticristo como una bestia marina que sale del mar. La palabra merovingio deriva de la palabra *mer*, «mar» y *ver* que significa «monstruo o gusano». Los merovingios son el resultado de la mezcla de la tribu de Dan, el quinto hijo de Jacob. Desde el principio se consideró a esa tribu como el garbanzo negro, incluso como el arquetipo de la maldad. Su símbolo era la serpiente, otra vez el monstruo del Apocalipsis. Algunos escritores cristianos como Ireneo e Hipólito pensaban que el Anticristo vendría de esta tribu.

Mathis se reclinó en la silla. No creía todas esas majaderías, la mayoría de las veces eran meras coincidencias o especulaciones.

—La tribu de Dan se mezcló con los cananeos, contradiciendo las leyes de Dios. En especial con una de las familias más perversas, los Tuatha de Danann, conocidos como los «señores del dragón», al creerse que eran descendientes de los ángeles caídos que menciona Génesis 6:4. La tribu de Dan es la famosa tribu perdida que emigró primero a Grecia, tras la destrucción del Reino del Norte. Desde allí fue después a Francia y a las Islas Británicas. Se cree que de ellos salieron las dinastías de los pictos en Escocia y los bruithnigh en Irlanda. En Gales se fundó la casa real de Gwynedd y en Inglaterra la conocida como Pict-Sidhe. Cuando el cristianismo llegó a las islas tuvieron que ocultar sus creencias y comenzaron a promover el culto a la diosa madre y las vírgenes negras. Muchas de ellas representan a diosas egipcias y mesopotámicas como Cibeles, Isis, Diana, Hera, Temis o Sibila.

—¿Qué tiene todo esto que ver con lo que hemos encontrado? Y, sobre todo, ¿qué interés puede tener para nadie en la actualidad?

—La colegiata de Mons es muy especial. Los nazis buscaron en ella en 1943 una famosa pista de la reliquia más importante de la cristiandad. Las famosas monjas negras conservaban un misterioso manuscrito en el relicario de San Dagoberto. Precisamente buscaban el manuscrito de Santa Irmina, datado en 708 y en el que se describe el asesinato de Dagoberto II. Pero también cuenta la estancia de su hermano

Sigeberto IV en el monasterio de Oeren y como se ocultó en la ciudad de Rhedae, capital de Razès. Los nazis no encontraron el manuscrito, que también buscó Guillermo II en septiembre de 1914. Se cree que el príncipe de Croÿ lo escondió. Es el mismo que Mathis encontró en el Reloj de la Vida.

—¿Qué piensa del manuscrito? —le preguntó Chloé.

—Me gustaría que visitáramos la abadía esta noche. Nos permitirán la entrada, a partir de las nueve de la noche ya no hay turistas ni visitantes incómodos.

Pagaron la cuenta y caminaron hasta el Honda. Helmuth no era muy amigo de los coches, pero no se quejó. Se quedó en silencio en el asiento trasero, disfrutando de las vistas. Era un trayecto muy corto, pero Mathis y su profesora querían regresar a Bruselas esa misma noche.

Mathis miró un par de veces al retrovisor, después giró la cabeza hacia Chloé y le comentó en voz baja:

—Nos siguen.

Chloé miró discretamente por el retrovisor. Un Audi de color negro de grandes dimensiones estaba justo detrás. Entonces sonó el teléfono de Mathis y lo descolgó, al otro lado escuchó la voz angustiada de Victoire.

—¡Han matado a Frank! ¿No has escuchado mi mensaje? —dijo con voz angustiada.

El hombre notó cómo le daba un vuelco el corazón. Lo había visto solo unas horas antes. En ese momento comprendió al peligro que se enfrentaban. Aquello no era un juego de acertijos y misterios históricos, podía costarles la vida.

8.Un beso

París, octubre de 1887

Saunière entró en la sala a oscuras y tardó medio minuto en ver con claridad. A pesar del silencio el salón estaba repleto de gente. Todos vestían togas negras, lo que apenas los hacía visible a la luz de las escasas velas del altar. El altar, parecido al de una sencilla iglesia, estaba sobre una plataforma de piedra. El librero le animó a pasar más adelante y llegaron hasta la primera fila. El sacerdote había cedido a llevar la toga negra, aunque no dejaba de temblar. Aquello se asemejaba mucho a las leyendas de misas negras que había escuchado en su infancia y más tarde en el seminario. Muchos creían que la masonería no era otra cosa que un culto a Satanás adornado con ideas racionalistas e ilustradas.

La que parecía suma sacerdotisa pidió al grupo que se sentase. Después se giró hacia el altar. En la pared había dibujada una extraña figura que Saunière no logró descifrar al principio, pero más tarde se dio cuenta horrorizado de que se trataba del órgano femenino, aunque parecía una especie de ojo cósmico.

—Hermanos y hermanas. Hijos de la Diosa, príncipes de la luz. Hoy nos reunimos como cada último día de la semana, para permitir que la Diosa Madre nos inunde con su amor. En esta sociedad misógina y varonil, la Diosa Madre sigue mostrándonos el camino. Ella es la que fecunda el mundo y nos acerca al Universo. Nosotros que seguimos a nuestra diosa hasta la Arcadia que destruyó la Cruz; nosotros que practicamos el amor libre, el hogar de los bosques, donde los seres sobrenaturales habitan y nos guían... *Et in Arcadia ego*.

La sacerdotisa entró en algo parecido a un éxtasis, llevaron hasta ella un chivo y tomando un cuchillo curvo lo degolló delante de todos los presentes. Tomó parte de la sangre en un cáliz, lo levantó a la Diosa y lo repartió a los seguidores. Fue pasando de mano en mano hasta llegar a los temblorosos dedos del Bérenger.

—Dios mío —murmuró sin saber qué hacer.

El librero le indicó que bebiera y al final posó sus labios en la copa templada y sintió la sangre por sus labios, boca y garganta. En ese momento tuvo ganas de vomitar, pero se limitó a intentar rezar. Comenzó a sudar y notó cómo su cuerpo se relajaba por fin y seguía el sonido de una música monótona.

La sacerdotisa le señaló con el dedo para que se adelantase. El sacerdote se quedó paralizado por el miedo, pero al final subió al altar y contempló la multitud con ojos aterrorizados. La sacerdotisa le besó en la boca. El sabor de la sangre, la saliva y un gusto amargo le hizo perder el control. Nunca había besado antes a una mujer.

El resto de lo que pasó estaba confuso. Su mente le torturaba devolviéndole con cuentagotas aquellas horas amargas. Se veía con el pecho desnudo, tumbado en el altar y aquella mujer sobre él. Otras veces sentía el aliento de la multitud muy cerca, como si se hubieran aproximado para observarle. En otras ocasiones contemplaba caras de demonios, olor a azufre y la cabeza del macho cabrío, con sus ojos saltones mirándole directamente.

Bérenger se preguntó muchas veces por qué se había sometido a aquel rito pagano y diabólico. Nunca fue el mismo. Su obsesión por los secretos de Rennes-le-Château le llevaron hasta el mismo borde de la locura y más allá, al oscuro paraíso del Diablo.

El terror habitó desde aquel día en su corazón y una frase terrible le golpeó durante toda su vida y no pudo borrar de su memoria: *Et in Arcadia ego*.

9. El último merovingio

París, octubre de 1887

Por la mañana se levantó en una cama que no era la suya. Se sentía confundido y con un fuerte dolor de cabeza. Entonces notó cómo se abría la puerta de aquel cuarto extraño y se giró.

—Hola —dijo un joven entrando por la puerta. Al principio Saunière no le reconoció, pero después supo que se trataba del sobrino del abad Bieil.

—¿Qué hago aquí? —preguntó el sacerdote mientras se miraba el camión.

—Lamento haberos cambiado de ropa. La policía os encontró tirado en la calle. Afortunadamente descubrió vuestra identidad. Llamaron a mi tío, él les dio buenas referencias.

—El bueno del abad Bieil. ¿Continúa como director del seminario de San Sulpicio?

—Naturalmente. Ese seminario es su vida. No quiso alojarle allí, pensó que aquí se sentiría más libre y no tendría que responder a muchas preguntas.

—Gracias por todo, pero en la pensión... —dijo intentando incorporarse.

—No se preocupe, vimos en uno de sus bolsillos una tarjeta de la pensión y a primera hora pasé a recoger su equipaje.

—¡Dios mío! —gritó el sacerdote y corrió hasta la maleta y el maletín. Los examinó con cuidado y comprobó que nadie había tocado los pergaminos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el joven extrañado.

Su mente estaba confusa, apenas recordaba nada de la noche anterior. Pero una frase vino a su mente y no pudo dejar de pronunciarla:

—*Et in Arcadia ego.*

—¿Cómo ha dicho?

—No, lo siento. Es una frase...

—*Et in Arcadia ego.* Veo que le gusta el arte. Es la frase que acompaña el cuadro de Nicolas Poussin, *Los pastores de la Arcadia*.

Saunière se quedó sorprendido. ¿Cómo se había dado cuenta?

—¿Podría llevarme al Louvre? Necesito ver ese cuadro.

—Pero primero debe prometerme que desayunará un poco. No quiero que vuelva a desvanecerse. Mi nombre es Émile Hoffet.

Comieron en el salón principal, el sacerdote devoró todo lo que le pusieron delante, como si llevara días sin probar bocado. Después tomaron sus abrigo y sombreros y recorrieron a pie la corta distancia que los separaba del museo. Fue un

paseo agradable, la temperatura era más suave y el impetuoso sol de media mañana lograba templar el ambiente.

—¿Por qué ese interés por el cuadro? —preguntó Émile.

—Bueno, estoy restaurando mi parroquia. He encontrado unos restos y creo que los cuadros pueden inspirarme —dijo el sacerdote.

—Descubrí una frase misteriosa: BERGERE PAS DE TENTATION QUE POUSSIN TENIERS GARDENT LA CLEF PAX DCLXXXI PAR LA CROIX ET CE CHEVAL DE DIEU J'ACHEVE CE DAEMON DE GARDIENT A MIDI POMMES BLEUES. [Pastora sin tentaciones que Poussin Teniers guarda la llave pax DCLXXXI por la cruz de ese caballo de Dios que aniquilo ese demonio guardián al mediodía manzanas azules].

El joven le miró intrigado. No entendía nada, aunque la primera parte de la frase si podía coincidir con el cuadro de *Los pastores de la Arcadia*.

—El otro pintor que nombra la frase es David Teniers, el pintó el misterioso cuadro de *Los siete pecados de San Antonio*. Podemos ver los dos. ¿Qué piensa que son las palabras CLEF PAX DCLXXXI?

—No lo sé, parece una fecha y unas siglas.

Los dos hombres entraron en el museo y caminaron rápidamente hasta encontrarse enfrente del primer cuadro.

—Maravilloso —comentó el sacerdote.

En el cuadro tres pastores vestidos con túnicas humildes señalan una lápida. Una mujer los observa sonriente mientras posa una de sus manos en el hombro de uno de los pastores.

—¿Sabe que hay otro cuadro hermano? —le comentó Émile.

—No —dijo sorprendido el sacerdote.

—Es más sencillo, aparecen dos pastores solamente. Contemplan la lápida, con la misma frase, sobre ella hay una calavera y un pequeño ratón. Además hizo una versión del segundo cuadro antes de realizar esta. Son muy parecidas.

—¿Cómo sabe tanto de arte?

—Llevo varios años estudiando en la Sorbona, paso casi a diario por el Louvre.

—¿Cómo es el otro cuadro?

—Podríamos decir que más sensual. La mujer enseña un pecho, además de arremangarse el vestido hasta la parte alta del muslo. Dos pastores coronados con laurel miran la inscripción mientras un tercero de espaldas vierte una vasija de agua al suelo.

—Misterioso, pero no entiendo nada —dijo el sacerdote.

—Mi amigo el compositor Claude Debussy es uno de los mayores admiradores que conozco de este cuadro. Él piensa que la frase puede identificar la tumba de Cristo.

—¿La tumba de Cristo?

—Sí, el lugar en el que realmente está enterrado.

10. La casa del herrero

El sol parecía debilitarse por momentos cuando llegaron al monasterio de Santa Irmina. El hospital y la iglesia se encontraban a orillas del río Mosela. Los tres aparcaron en una pequeña rotonda y entraron por detrás, cerca de la iglesia y la antigua torre. Les sorprendió lo moderno que era el complejo a pesar de que el monasterio había sido fundado en el siglo VII.

—Gracias —dijo Helmuth al ujier que les había abierto la puerta.

Caminaron hasta el centro de una especie de plaza con columnas antiguas.

—El edificio original eran unos almacenes del Imperio romano. Se utilizaban para guardar las mercancías que se descargaban en el río. Los edificios pasaron a manos del rey franco y años más tarde Dagoberto I los donó al arzobispo de Modoald. El arzobispo fundó un monasterio benedictino, pero en el 654 se refundó para que vivieran monjas. La primera abadesa lo llamó Oeren en honor del antiguo puerto comercial romano. La llegada de Irmina cambió por completo a la orden. Una princesa merovingia atrajo a otros miembros de la nobleza y consiguió fondos para reformar las instalaciones. El monasterio perduró durante siglos. En el siglo XVIII el arquitecto Joan Antoin lo reformó. Las guerras napoleónicas obligaron a cerrarlo momentáneamente y desde entonces se transformó en hospital y residencia de ancianos. Las bombas arrasaron parte del complejo en 1944.

—Entonces, ¿apenas queda nada del edificio original?

—Se conserva parte de los restos históricos romanos. La iglesia fue reformada al estilo rococó.

—¿Aquí no podemos ver mucho más? —dijo Chloé algo decepcionada.

—Hace un par de años encontré algo muy curioso en el osario. Justo debajo de la actual capilla —dijo Helmuth sonriente.

—Pero no has publicado ningún artículo sobre ese tema —comentó Chloé extrañada.

—No estoy seguro de qué se trata. Aunque tengo mis sospechas.

Entraron en la capilla. Su luminosidad natural estaba envuelta en la penumbra que precede a la noche. Llegaron hasta el altar mayor. Helmuth movió una reja en el suelo y descendieron por una estrecha escalera hasta una sala rectangular, en las paredes había pequeños nichos con restos de huesos.

—Aquí están algunas de las hermanas. Os contemplan casi mil quinientos años de historia.

Helmuth caminó hasta el final de la sala, en uno de los nichos había una madera, el hombre la apartó y, encendiendo una linterna, se introdujo dentro. Le siguieron por el estrecho túnel en el que tuvieron que entrar de rodillas hasta una amplia sala, su

techo abovedado estaba adornado con vivos frescos que aún se conservaban, al fondo había un sencillo altar labrado en la roca.

—¿Qué es esto?

—Uno de los secretos de los merovingios. Ya os comenté que practicaban un culto pagano. Mezcla de sus orígenes judíos y cananeos. Al parecer no lo abandonaron tras la conversión de los primeros reyes. Continuaron practicándolo en secreto.

—Es exactamente igual al que encontré en la colegiata de Mons —dijo Mathis sorprendido.

—Debe haber más de una docena de sitios como este. Creo que están dedicados a Baal y Pan. Muchos creen que la tribu de Dan ya se encontraba mezclada desde la salida de Egipto. Desde el ascenso del cristianismo tuvieron que ocultar sus prácticas. Aquí también se adora a la Diosa Madre, desde el Tercer Concilio Ecuménico de Éfeso en Grecia, en el año 431, se aprobó el culto a la Virgen, se la nombró Madre de Dios, compartiendo la divinidad con su hijo, como el caso de Horus y su madre Isis.

—Pero, aunque todo esto nos parece muy interesante, ¿qué tiene que ver con el descubrimiento de Mathis y que ahora alguien esté interesado en eliminar a todos los que se acerquen a este descubrimiento? —dijo Chloé.

—Tras la extinción de la casa merovingia un grupo continuó practicando secretamente estos cultos. Recientemente he descubierto que hay una organización que ha persistido todo este tiempo en Francia. Se creó una orden, con aspecto y formas cristianas, pero que practicaba estos ritos. Esa orden secreta ha influido en varios acontecimientos políticos y lleva desde el principio del cristianismo luchando contra la masonería. Es posible que sean las personas que os persiguen. No quieren que nadie los descubra —comentó Helmuth.

Escucharon un ruido y pasos que descendían por las escaleras. Chloé se aferró al brazo de Mathis y preguntó al profesor en voz baja:

—¿Hay otra salida?

El hombre dudó por unos momentos. Había comprobado que los merovingios habían construido un sistema de ventilación. Era algo estrecho, pero podían intentarlo.

—Les hizo un gesto y señaló una pequeña abertura en un lateral. El túnel era aún más estrecho que por el que habían entrado en la capilla. Tuvieron que caminar de rodillas y más tarde arrastrarse. Chloé iba la primera, seguida por Mathis y Helmuth.

Después de unos cinco minutos lograron ver algo de luz, intentaron ir algo más rápido, pero apenas tenían holgura para mover los brazos y las piernas. Al final Chloé llegó a la superficie, empujó una reja y salió justo en medio de un seto, le siguió Mathis, pero Helmuth no salía. El hombre intentó meterse de nuevo, pero escuchó la voz del profesor.

—¡Me he atascado! Tengo que volver a bajar.

Escucharon ruidos, como si alguien tirara de las piernas al profesor. Se miraron, no sabían qué hacer.

—Será mejor que nos marchemos cuanto antes. Victoire me comentó lo que le hicieron a Frank. Estamos en peligro.

Los dos corrieron por la orilla del río. El restaurador había quedado con Victoire en el centro de la ciudad. Cuando llegaron se encontraban magullados, asustados y confusos. ¿Qué podían hacer? Una de las opciones era dirigirse a la policía, pero poco podían decirles. No sabían quiénes eran sus perseguidores, ni siquiera los habían visto, para poder identificarlos. Además, su historia de grupos secretos medievales no sería muy convincente.

Victoire los esperaba en una cafetería. Parecía muy nerviosa. Estaba vestida con la ropa de trabajo, despeinada y con apenas una mochila donde llevaba lo imprescindible.

—¡Gracias a Dios! —dijo la chica al verlos y se abrazó al hombre.

Los tres se sentaron en una de las mesas en el interior. A esas horas ya se veían menos turistas por la calle, pero aún había bastante ambiente.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Chloé al hombre, como si él pudiera darle una respuesta.

Mathis se sentía muy confuso, no estaba seguro de lo que le había sucedido al profesor, pero no podían permanecer en la ciudad mucho tiempo. Debían cambiar de transporte.

—El profesor mencionó una ciudad de pasada en la cena —dijo Mathis.

—Es cierto. Comentó que Sigiberto IV se ocultó en la ciudad de Rhedae, capital de Razès —dijo Chloé.

—Eso está en el sur de Francia, cerca de Carcasona —dijo Mathis.

Salieron del café. A esas horas su única opción era alquilar algún coche en la estación. Se dirigieron hasta allí y pagaron en efectivo un pequeño Renault. Les quedaban muchas horas de camino, pero preferían alejarse lo máximo posible de sus perseguidores. Debían viajar al País Cátaro, uno de los lugares más misteriosos de Francia. No sabían bien lo que buscaban, pero tenían que encontrarlo antes de que los localizaran. Su única salvación era descubrir a aquella misteriosa sociedad secreta y qué poder tenía en pleno siglo XXI.

SEGUNDA PARTE

LOS CÁTAROS

11. Los amigos de la República

Rennes-le-Château, octubre de 1891

Aún estaba muy oscuro cuando se dirigió a la capilla. Tenía la costumbre de ir a rezar antes de que llegaran los albañiles. Tomó agua bendita y se santiguó, después se acercó hasta el altar y se puso de rodillas. Aún brillaban las velas que había encendido por la noche. Siempre le gustaba esperar a que el primer rayo de luz entrase por el pequeño rosetón detrás del altar mayor. Después se levantaba y se quedaba un rato mirando a María de Magdala. Le atraía su rostro pensativo, observando el infinito, como si en su mirada escondiera el mayor de los secretos.

Aquella mujer le fascinaba. Había dedicado su vida a su estudio, sobre todo tras el descubrimiento de los manuscritos. Era una de las seguidoras de Jesús, fiel hasta la muerte del Mesías. Era natural de una ciudad en la costa occidental del mar de Galilea. Su nombre significaba torre elevada, fue una de las más fieles servidoras de Jesús. Los cuatro evangelistas la mencionan, pero también muchos de los evangelios apócrifos. Para la Iglesia católica siempre fue la fulana endemoniada; de hecho los evangelios mencionan que Jesús la liberó de siete demonios. Estuvo al pie de la Cruz y fue la primera que acudió al sepulcro y descubrió que el Mesías había resucitado.

Bérenger había estudiado en el seminario que María Magdalena era la prostituta que había lavado los pies del Maestro y los había secado con sus cabellos. Aunque la Iglesia ortodoxa creía que aquella mujer no era prostituta, simplemente era una de las mujeres que acompañaban a los discípulos y recibían las enseñanzas de Jesús. En el siglo XII varios abades como Hugo de Semur o Peter Abelard la llamaban *apostola apostolorum*.

Los albañiles llegaron y el sacerdote se acercó hasta ellos y les pidió que tomaran una barra de hierro.

—Tenéis que levantar esa losa.

Los hombres le miraron sorprendidos. La losa parecía muy pesada, incluso una barra como aquella podía doblarse por el peso. Los dos albañiles hicieron palanca y la levantaron con todas sus fuerzas. Debajo había una piedra grande decorada con un relieve. El sacerdote se puso de rodillas y quitó la tierra que había sobre la piedra. En una de las partes se veía a un caballero con una copa y en la otra otro caballero sobre su montura con un escudo redondo.

—¡Dejadme solo! —dijo el sacerdote a los dos hombres. Después los llevó hasta la puerta del templo y la cerró. Se acercó de nuevo a la losa y comenzó a examinarla de cerca, la golpeó con una pala y notó que sonaba hueco.

Tomó la barra, movió la losa y esta cedió. Sintió un aire húmedo que ascendía por el hueco.

—¡Dios mío! —gritó, mientras tomaba un candil, se arremangaba la sotana y descendía por unas estrechas escaleras. Caminó unos pasos y un poco más adelante apareció ante sus ojos un centenar de destellos que le dejó sin palabras. Lo había encontrado.

12.Luchando por la verdad

Rennes-le-Château, 1937

El hombre vestía un sombrero de ala ancha algo ladeado, su expresión era irónica, como si no se tomase nada en serio y todo fuera un juego para él. Caminaba junto a René Nelli, que le había ayudado como traductor en su viaje cinco años antes. En aquel momento Nelli se había convertido en un experto en la cultura cátara y había fundado el Centro de Estudios Cátaros en Carcasona. Le acompañaban dos guardaespaldas que con sus guardapolvos de cuero no dejaban de mirar a un lado y al otro. El pueblo parecía en calma, el sonido de sus botas sobre la grava era el único sonido de aquella mañana. Llegaron a la entrada de la iglesia y Otto volvió a quedarse extasiado al estar de nuevo ante aquel misterioso edificio.

—Pase, por favor —le invitó Nelli.

Los dos gorilas se quedaron en la puerta vigilando mientras ellos entraban en la pequeña iglesia. Otto miró cada detalle de la capilla hasta que su acompañante comenzó a hablar.

—El tesoro encontrado por el sacerdote Saunière debió ser fabuloso, ya que desde ese momento vivió en la abundancia y construyó la torre de Magdala, el invernadero y el mirador. Además llegó a tener una piscina y una jaula con monos. Todo un lujo para un sacerdote de pueblo. Aunque lo más interesante es la capilla. La ventana redonda representa la cena en la que María Magdalena lava los pies de Jesús. Aunque en la fachada de la iglesia ya se encuentran algunas claves misteriosas que el sacerdote fue colocando por todas partes. No sé si ha leído la frase «Mi casa se llamará casa de oración». Aunque la que realmente me parece curiosa es «Este es un lugar terrible». Imagino que se refiere a cuando el pueblo de Israel se encontró con Dios en el Monte Sinaí y tuvo temor al encuentro de Jacob con Dios y la famosa escalera al cielo. Toda la reforma costó lo que hoy serían 3.500.000 de francos. Una verdadera fortuna.

—Es increíble. Sin duda tenía algún tesoro escondido —comentó Otto.

—El suelo es un tablero de ajedrez, como podrá ver. Sus lados apuntan a los cuatro puntos cardinales. Mire esta pieza curiosa.

El alemán se acercó y se aproximó a la pila del agua bendita.

—Es la estatua del diablo Asmodeo —comentó el francés.

—¡El diablo Asmodeo! —dijo sorprendido el alemán.

—Veo que lo conoce. Se habla de él en el libro de Tobías, pero sobre todo se le describe en el Talmud, en los tratados de demonología. Al parecer su origen se

encuentra en el zoroastrismo, en la religión mazdeísta. En el libro de Tobías el diablo Asmodeo se enamora de Sarah, la hija de Raquel y mata tras la boda a todos los hombres con los que ella se intenta casar. Sarah se promete a un hombre llamado Tobías. El joven recibe la ayuda del arcángel Rafael para librarse del demonio.

—Es un símbolo masónico. Se dice que ayudó a Salomón en la construcción de su templo. Se ha representado como un dragón, con tres cabezas, una de toro, otra de hombre y la tercera de carnero. Creo que nuestro sacerdote se pasó al lado oscuro —comentó con una malévola sonrisa Otto.

—Bueno, parece que los ángeles y la leyenda «Con este símbolo le vencerás» están para aplacar al diablo —dijo el francés.

—No lo creo, la famosa frase de Constantino era «con este símbolo vencerás», parece como si fuera al revés, que este diablo vencerá a la Cruz cristiana —dijo Otto, mientras se agachaba para observar mejor al demonio pintado de un color rojo.

—Los detalles del altar son muy significativos: José lleva a un niño y María a otro, como si el sacerdote quisiera hablar de los hermanos de Jesús.

—Son detalles muy curiosos. Cuénteme lo del viacrucis —dijo Otto al francés.

—En la escena dos del viacrucis Jesús lleva una túnica roja y un muchacho recoge del suelo la punta de una lanza...

—La lanza de Longinos —comentó el alemán.

—Exacto, la famosa lanza sagrada, pero no tiene sentido, ya que Jesús todavía no había sido crucificado. En la séptima escena un soldado franco aguanta la túnica roja de Jesús, mientras al lado hay una viuda con un niño envuelto en una tela escocesa. Simboliza al famoso hijo de la viuda —señala Nelli.

—Curioso, otro símbolo masónico —apunta Otto.

—En el número once del viacrucis Jesús está siendo clavado en la cruz, pero es de noche y en realidad fue crucificado de día. Por último, en la escena catorce no se representa la resurrección, como manda la tradición, sino que parece que a Jesús se lo llevan vivo del sepulcro.

—Toda la iglesia habla de que Jesús no murió en una cruz, además está dedicada a María Magdalena. Hay pocas dudas, lo que nos está señalando es la supervivencia de un linaje. Un linaje que de alguna manera llegó a Francia —comentó Otto.

Los dos hombres se miraron. Llevaban años intentando atar los diferentes cabos que unieran todos los lados de aquel misterio. Parecía que todo comenzaba a tener sentido. Otto Rahn se sintió satisfecho, estaba seguro de que en cuanto informara a Himmler de sus descubrimientos, aprobaría un nuevo proyecto de excavaciones. Al final encontraría el Grial y se convertiría en el arqueólogo más famoso de la historia.

13. Un viaje accidentado

Jean-Pierre miró el teléfono. Se trataba de su hija la candidata, como últimamente era el nombre que le daban cuando alguien le preguntaba por ella. A él no le gustaba llamarla así; él había sido candidato por más de treinta años. Él era el verdadero corazón de Revolución Nacional. Apretó el botón con desgana y esperó escuchar la voz de su hija, pero quien estaba al otro lado era su yerno.

—Hola. Gracias por contestar.

—¿Qué sucede? ¿Se encuentra bien Monique?

—Sí, se encuentra bien. Algo nerviosa y estresada, estamos a una semana de las elecciones generales.

—Ya lo sé, aquí en Marsella estamos haciendo lo que podemos. Que no piense que dejaré que gane ese comunista chalado —dijo Jean-Pierre enfadado.

—Te lo agradecemos, pero hay unos cabos sueltos sobre el pasado.

—¿Qué cabos sueltos? Yo ya no soy candidato, maldita sea —bramó el anciano. Se echó para atrás la melena plateada y estuvo a punto de colgar a su yerno.

—Tiene que ver con tu pasado, cuando formasteis el partido, sabes bien de lo que hablo. Alguien está removiendo cosas y pienso que puede llegar hasta ti. He hecho lo que he podido en el norte, pero ahora tú tendrás que hacerlo en el sur. Te lo digo por teléfono porque esta es una línea segura. Los nuestros los han seguido hasta el sur, te mandaré las coordenadas y la descripción de los individuos. Por favor, no te tomes esta llamada a broma, estamos muy cerca Jean-Pierre y esta victoria es tan tuya como nuestra.

—No sé de qué me hablas, pero cumpliré con mi obligación, como siempre —contestó el patriarca de la familia. Después colgó y miró por la ventana de su residencia. El clima Mediterráneo le sentaba de maravilla, a excepción del mes de agosto que se trasladaba a los Alpes. Su dorado retiro era relativo. Desde su sede en Marsella continuaba informado de todo lo que hacía su hija. Al fin y al cabo, él era el fundador del partido. Por lo que había dicho su yerno sería necesario convocar a los padres fundadores y enviar a algunos de sus mejores hombres a Carcasona.

14. Hacia una villa en el sur de Francia

Llegaron a Carcasona a primera hora de la mañana. Mathis estaba agotado, había conducido casi todo el tiempo y apenas había echado una cabezada en una estación de servicio a medio camino. Entraron hasta el aparcamiento principal. Caminaron hasta la entrada a la ciudad medieval y, a pesar de saber que aquella joya se debía más a Eugène Viollet-le-Duc, el famoso arquitecto, que a los constructores medievales, eso no le quitaba mérito ni belleza a la hermosa Carcasona. Eugène era un romántico y había reconstruido la ciudad con su ideal estético. Aquellos tejados cónicos no pertenecían a los castillos del sur de Francia, más bien era algo característico del norte. En la carrera casi todos los profesores habían criticado la obra del arquitecto, pero sin ella, a lo mejor no habría ninguna ciudad que contemplar en ese momento.

Atravesaron la entrada principal. Todas las tiendas se encontraban cerradas; era demasiado temprano para las legiones de turistas que invadían cada día la ciudad, convertida en parque temático, donde se podía comer bien, disfrutar de un poco de historia e imaginar que vivías en la Edad Media; pero Carcasona era mucho más.

—¿Crees que estará en casa? —preguntó Mathis a su profesora.

—Sí, Michel Vial nunca deja la ciudad. Le revientan los turistas, pero intenta vivir en las horas que desaparecen los visitantes. Su casa se encuentra en una calle apartada, si quiere, no tiene ni que verlos.

Caminaron por una de las callejuelas laterales hasta la proximidad de la muralla. La fachada estaba enfoscada con cemento, las contraventanas descoloridas apenas recordaban el color gris plomo original. Michel Vial llevaba años sin tocar la casa, pues para él simplemente se trataba de un lugar donde vivir.

Chloé llamó a la puerta con fuerza, sabía que su antiguo colega estaba un poco sordo. Él había sido su profesor en la Sorbona, nunca habían perdido el contacto, aunque en los últimos años apenas se hablaban.

Escucharon cómo alguien descorría varios cerrojos y después vieron la melena desgreñada y casi blanca del hombre. A pesar de rondar los setenta años, Michel no había perdido ni un ápice de su atractivo.

—¡Dios mío! La hermosa Chloé. ¿A qué se debe el honor? Pasad —comentó mientras observaba a sus acompañantes.

—Tenemos que hablar de algo importante —comentó Chloé algo nerviosa.

El hombre los llevó hasta el salón, que daba a un amplio ventanal con vistas a la muralla.

—¿Estáis haciendo turismo? No es propio de ti. Siempre prefieres la playa, ya ves suficientes monumentos todo el año.

—No, Michel. Estamos algo preocupados. Hemos hecho una serie de descubrimientos y parece que hemos molestado a alguien.

—En los tiempos que corren no es algo muy difícil. Al final nos gobernará la hija de ese cabrón, ¡malditos fascistas! Espero que gane la extrema izquierda, aunque únicamente sea para pararles los pies —dijo el hombre mientras se dirigía a la cocina.

—¿Dónde vas? —preguntó la mujer.

—Tengo café recién hecho. Imagino que os vendrá bien tomar un poco, ¿no, chicos? —dijo sonriendo a Mathis y Victoire.

—Gracias —contestaron a coro.

Cinco minutos más tarde llegó con el café en una bandeja y cuatro tazas, la colocó sobre una gruesa mesa de madera y se sentó en uno de los viejos sillones.

—No os lo vais a creer, pero llevaba más de una semana sin hablar con nadie. No es que me importe mucho, pero a veces esta cabeza... En verano salgo temprano a por la comida y me paso el día leyendo; paseo por la noche, cuando todo el mundo se ha marchado y veo un poco la televisión. Vida de ermitaño.

—¿Ya no tienes pareja? —preguntó Chloé, pues el profesor siempre había estado rodeado por jovencitas muy atractivas.

—Mi época de casanova terminó. Ahora mi único vicio es el café y un buen vino —dijo el hombre sonriente, dejando que se le hicieran dos hoyuelos en las mejillas.

—Este es mi viejo alumno Mathis y su ayudante Victoire. Están restaurando la colegiata de Mons, en Bélgica.

—La conozco perfectamente, es una pequeña joya del arte —comentó el hombre.

—Han encontrado un pergamino de Santa Irmina, una carta dirigida a un familiar. En ella le habla de la dinastía merovingia. Alguien nos robó el documento y nos persiguió. Una pista nos trajo hasta esta región, al parecer puede que el último merovingio se refugiara en esta zona.

—El Mediodía francés siempre ha sido una tierra turbulenta. En esta zona se mezclan los acentos vascos, provenzales, occitanos y catalanes. Tierra de herejes y de rebeldes. Esta parte es conocida como el País Cátaro. Está repleto de vestigios de estos grupos, pero también de protestantes y de todo tipo de herejes.

—¿Pudieron vivir aquí los últimos merovingios?

—Bueno, los merovingios siempre han sido considerados una dinastía maldita. Bajo el reinado de Carlomagno se inventaron todo tipo de mentiras para legitimar a la nueva dinastía. Para el Imperio carolingio los merovingios eran las últimas reminiscencias de su pasado bárbaro, veían a sus antecesores como salvajes, vagos y pependancieros. El último rey merovingio recibió la tonsura eclesiástica, para poder inhabilitarlo como rey, pero sobre todo para que perdiera su fuerza, como el viejo Sansón. Se cree que el último merovingio murió encerrado en un convento en el año 755, pero otros piensan que escapó y se escondió en estas tierras.

—¿Pero es posible? ¿Por qué se ocultó? —dijo Chloé mirando directamente al anciano.

—No quería que su descendencia fuera borrada de la Tierra. El papa Zacarías autorizó a Pipino para que depusiera al último rey merovingio. El rey fue encerrado en la abadía de Saint Wandrille, en Normandía, pero logró que un hijo suyo escapara hasta esta zona. La familia Merovingia no detentaba el poder directo, pero muchos nobles de las mejores casas de Francia, Alemania, Flandes e Inglaterra tenían su sangre. Su dinastía siguió en todas esas ramas, además de la principal, que muchos piensan que se encuentra en Rennes-le-Château —comentó el hombre.

—¿En la iglesia misteriosa del sacerdote Bérenger Saunière? —preguntó Chloé.

—Sí, exacto. En la iglesia del misterioso Saunière. Aquel sacerdote provenía de una familia burguesa, pero siempre se creyó el salvador de Francia. En muchos sentidos era un pobre diablo, pero encontró algunas cosas curiosas en el interior de su iglesia tras realizar una reforma. Una lista con la genealogía de los descendientes de Dagoberto II entre los años 681 y 1244, que llevaba el sello de Blanca de Castilla.

—¿Blanca de Castilla? —preguntó Victoire, que nunca había escuchado ese nombre.

El anciano frunció el ceño. Le parecía mentira que las nuevas generaciones no tuvieran una noción mínima de cultura.

—Blanca de Castilla era nieta de Leonor de Aquitania, se casó con Luis VIII, por eso ella estaba emparentada con la antigua dinastía merovingia.

—¿Cuáles eran los otros documentos? —preguntó Mathis.

—Un testamento de Francois-Pierre Hautpoul del año 1644, en él está la genealogía merovingia de 1200 hasta 1644. El tercer documento es el testamento de Herny Hautpoul, fechado el 16 de abril de 1695, que invoca justo a los cinco santos que Saunière tenía en los altares de su iglesia. Por último, un documento de 1753, escrito por el párroco de Rennes-le-Château, Antoine Bogue. El documento tiene advocaciones al Antiguo Testamento.

—¿Cómo llegaron esos documentos hasta nosotros? —preguntó Chloé.

—Al parecer la biblioteca de Bérenger fue adquirida por La Liga Internacional de Libreros Antiguos. Desde los años sesenta estos documentos han levantado mucha polémica. Algunos creen que son falsificaciones, pero otros piensan que son reales. Que los merovingios habitaron el castillo de Rennes-le-Château. Algunos hablan de nueve nobles que rigieron el castillo hasta finales del siglo IX.

Mathis y Chloé habían escuchado algo sobre el misterio, sobre todo por algunos polémicos libros a principios del siglo XXI, pero desconocían casi todo sobre la parte histórica.

—¿Cuáles fueron esos libros polémicos? —preguntó Victoire.

—*El oro de Rennes* de Gérard de Sède o *El tesoro maldito* fueron de los primeros, en la actualidad hay cientos. Aunque la mayoría de ellos falsos o con grandes errores —dijo Michel.

—¿*El oro de Rennes*? Por eso todo el mundo está interesado, hay un tesoro misterioso —dijo Chloé, como si aquel dato le hiciera entender el interés por el

misterio y por qué alguien estaría dispuesto a matar.

—El tesoro es muy atractivo, sobre todo si añadimos que esos señores merovingios se cree que apoyaron a los cátaros y muchos de ellos, siglos más tarde, fueron los primeros en viajar a Tierra Santa para luchar contra los infieles —comentó Michel.

—Nos gustaría ver ese lugar —dijo Mathis.

—Podemos ir mañana temprano. Conozco a la gente que lleva el museo, nos abrirán antes de la hora para que podamos hacer una visita privada.

—Estoy agotada —comentó Chloé.

—Nosotros iremos a ver Carcasona —comentaron Mathis y Victoire.

—Yo prefiero quedarme con Michel y ponerme un poco al día —dijo Chloé.

Salieron a la calle y caminaron hacia la plaza. Ya no parecía la ciudad plácida de unas horas antes. Los tenderetes y turistas lo habían invadido todo, olía a comida y se escuchaban los gritos de los niños y se veían a familias enteras acercarse hasta la fortaleza. Entre la multitud dos hombres los seguían de cerca.

15. El Grial

—Yo creo que deberíamos avisar a la policía —dijo Victoire.

—¿A cuál? ¿Quieres avisar a policía de Francia, a la de Bélgica o la policía de Alemania?

—Han matado a Frank, no sabemos lo que le pasó al profesor Koffman. Todo esto es muy peligroso —contestó Victoire inquieta.

—Nadie te pide que nos ayudes. Puedes volver a Ámsterdam.

—Ellos saben todo sobre mí. No creo que me dejen en paz tan fácilmente —dijo Victoire.

—No nos han seguido.

—¿Estás seguro? Además, saben nuestros nombres, pueden buscarme en Holanda.

—Si no fueras tan ciega, sabrías que puede que estemos ante el mayor descubrimiento histórico de los últimos siglos. Imagina. Hemos descubierto el lugar en donde se refugió el último merovingio, puede que encontremos hasta el Santo Grial...

—¿Crees que eres Indiana Jones? Por favor, no existe el Santo Grial —dijo la chica.

—¿No? ¿Puedes explicarme dónde bebía Jesús el vino en la última cena? Durante milenios han buscado el Grial —dijo el hombre.

—¿No viste la película? Será una copa de carpintero, de madera tosca que pasó desapercibida y se destruyó con el tiempo —dijo Victoire.

—Eso es absurdo. El Santo Grial no era la copa de un carpintero, en aquella época Jesús llevaba tres años sin ejercer como tal. Aquella casa no era suya, pero su valor real no es el material con el que está hecha la copa.

—Entonces, ¿cuál es?

Llegaron hasta la basílica de Saint-Nazaire y se sentaron cerca de la puerta principal, sobre un banco de piedra.

—El Santo Grial es mucho más que una copa. En el siglo XII Robert de Boron habló sobre su importancia en el libro *Joseph d'Arimathie*. Detrás de la copa se encuentra toda la leyenda del rey Arturo —dijo Mathis, que siempre había sido un enamorado de las leyendas medievales.

—El rey Arturo es otra invención para hacer películas norteamericanas —comentó la chica.

El hombre frunció el ceño y estuvo a punto de no continuar, pero aquel escenario medieval le fascinaba, se sentía en medio de una gran aventura. Por fin, su vida

anodina y sin sentido parecía emocionante. Ya no era un simple restaurador, era un historiador buscando un increíble misterio.

—La primera vez que se menciona el Santo Grial en la literatura es el *Perceval* de Chrétien de Troyes. Es un poema inacabado que data del año 1190, pero el gran artífice de la leyenda fue Robert de Boron. Él fue el que unió la figura de José de Arimatea a la leyenda del Grial.

—Pero ¿por qué es tan importante una copa?

—En ella se depositó el tesoro máspreciado, la sangre de Cristo. Para los cristianos la sangre de Jesús fue la que salvó al mundo. Él derramó su sangre por la humanidad. La palabra *Graal* o Grial proviene del francés antiguo, algo un poco extraño, ya que debería proceder del latín o el griego. Significa «taza o tazón de madera», se cree que la palabra es occitana o catalana. Alguien inventó esa palabra para calificar la santa copa justo en esta zona.

—¿Por eso crees que puede esconderse aquí? —preguntó la chica.

—La copa lleva miles de años desaparecida, por eso ha pasado por muchas manos. Chrétien de Troyes describió la copa como un platillo ancho y oscuro, algunos decían que era una piedra, una gema preciosa, llamada *lapis exillis*, que habían poseído los ángeles neutrales en la rebelión de Lucifer. En el *Lancelot-Graal* se interpreta al Grial como la Gracia Divina —dijo Mathis.

—¿Qué es la Gracia Divina? —preguntó Victoire. Ella no era ni atea ni agnóstica, simplemente, como muchos miembros de su generación, no había recibido la menor educación religiosa.

—La Gracia es un regalo inmerecido, la sangre sería un regalo que nos justifica ante Dios, como una especie de aval. En esta leyenda el hijo de Lancelot y Elaine tuvieron un hijo ilegítimo llamado Corbenic, que buscó el Grial como una forma de buscar la pureza espiritual. Su leyenda fue reproducida por sir Thomas Maroly en la obra *La muerte de Arturo*.

—¡Increíble! —comentó la mujer.

—En el *Percival* de Chrétien de Troyes, la historia se centra en la morada del Rey Pescador, donde Percival verá la Lanza Sagrada, unos candelabros y una joven portando el Grial. Aunque la leyenda más completa es la de José de Arimatea.

—¿Quién era José de Arimatea?

—Fue el encargado de enterrar a Jesús. Pidió su cuerpo y le enterró en una tumba recién labrada. Era uno de los hombres más importantes de Jerusalén y un seguidor secreto del Mesías. Al parecer José de Arimatea fue encarcelado como muchos de los seguidores de Jesús, y a él le darán la copa, la guardará y viajará al Oeste con parte de su familia. Desde entonces formará una dinastía de Guardianes del Grial. Varias iglesias dicen poseer la verdadera copa desde la mención de Arculfo, un peregrino anglosajón que en el Siglo VII fue a Jerusalén y habló de que en la ciudad se rendía culto a la copa sagrada. Aunque el más famoso está en la catedral de Valencia en España. Se menciona por primera vez en el siglo XII, otra copa está en la catedral de

Génova, que se cree que llegó allí desde Tierra Santa en el 1101. Aunque la valenciana siempre se ha considerado la más fiable. Yo creo que no es ninguna de ellas. Los nazis estuvieron buscándolo durante años, pero no lograron encontrarlo.

—¿Piensas que está en esta zona?

—Puede que se encuentre cerca. Mañana veremos qué secretos esconde la capilla de Rennes-le-Château.

16. Otto Rahn

Eiberg, Soll, Tirol de Austria, 13 de marzo de 1939

La montaña aún se encontraba cubierta por la nieve. La luz del sol se reflejaba con fuerza sobre el impoluto manto blanco. Un hombre se movía solo en medio de la nada, no había querido que nadie le acompañase en ese viaje. En unos días celebraría su boda, pero antes de regresar a Berlín tenía que encontrar la última pista. Parece que al final el puzle termina por encajar; llevaba toda la vida detrás de ese fabuloso misterio. Su zancada era fuerte y los dos bastones le ayudaban a afirmarse sobre la nieve que, en algunas partes, se encontraba helada. Sentía que le perseguían, aunque su psiquiatra le había advertido de esas intuiciones que podían llevarle a la más absoluta demencia.

Él sabía que lo que había descubierto era verdadero, aunque muchos estudiosos le negaran toda credibilidad. Los verdaderos secretos del Grial estaban en los escritos del trovador alemán Eschenbach del siglo XIII. Perceval es un personaje real, un miembro de la perseguida secta cátara, la única que guardaba todos los secretos de Jesús y que fue exterminada por la Iglesia de Roma. Wagner, el músico al que tanto admiraba, había construido su famosa ópera a raíz de este escrito.

Rahn había encontrado muchas coincidencias entre la historia de Perceval y lo que había descubierto en el Languedoc. El castillo del que habla el protagonista se parece en la etimología y la forma al famoso castillo cátaro de Montsegur. El gran líder de los cátaros es el vizconde de Carcasona, Raimundo Roger Trencavel, que significa lo mismo que el nombre del eremita encontrado por Perceval Trevrinzet, «cortador o tajador». En la zona había escuchado muchas leyendas de los locales que hablan del Santo Grial, como la de Antonin Gadai, que le relató el testimonio de un pastor, que sabía que los cátaros guardaban el Grial en una cueva, para salvarlo de manos del Papa de Roma. Él sabía que había realmente dos gemas en dos copas, una estaba en el Cáliz Sagrado, pero la otra seguía oculta, era la que poseían los cátaros. El Grial de los cátaros no podía ser la copa de la Santa Cena, ellos creían que Jesús era espíritu y nunca fue un hombre de verdad.

El hombre se aproximó a la cueva, encendió su linterna y comenzó su búsqueda. Apenas llevaba media hora cuando escuchó un ruido. Se giró y contempló a cinco hombres. Le extrañó su vestimenta, aunque sin duda eran los Guardianes del Grial.

—¿Habéis venido a acabar conmigo?

Los hombres no contestaron, pero comenzaron a acercarse.

—Yo siempre he buscado la verdad. ¿Estoy muy cerca de encontrar la última pista? Por eso debéis matarme —dijo el hombre mientras buscaba disimuladamente su pistola.

—Eres un siervo de Lucifer. Él ha puesto en el poder a tu amado Adolf Hitler, pero no se hará con el secreto ni con la joya milagrosa.

—Vosotros sois los traidores. El Grial es mucho más que la Iglesia, es la prueba de la mentira que habéis contado a lo largo de la historia —dijo el alemán mientras retrocedía.

—¡No te muevas!

El hombre no hizo caso, corrió hacia adentro hasta que perdió la linterna, después caminó en silencio, intentando escuchar a sus perseguidores. Vio luces a su espalda, se giró y tropezó con una roca. Se golpeó en la sien y se quedó inconsciente.

Los Guardianes del Grial llegaron hasta él. Uno se inclinó para examinarlo, hizo un gesto a los otros y salieron de la cueva. Otto se quedó tendido, en silencio, con un aspecto plácido. Su búsqueda había terminado.

17. La tumba

La noche se hizo muy corta, como si el tiempo se hubiera acelerado de repente. A primera hora partieron para Rennes-le-Château, después Michel quería visitar varias fortalezas cátaras y regresar a Carcasona para la cena. El pueblo no se encontraba muy alejado, apenas a unos 45 kilómetros al sur. El camino era tranquilo al menos hasta las cercanías del pueblo, después había que ascender por una carretera curvada hasta la cima. El paisaje montañoso —típico del Prepirineo francés, con sus valles verdes algo agostados por el calor— ofrecían unas vistas inmejorables. A aquellas horas apenas subían turistas, por eso la carretera se encontraba despejada y el pueblo prácticamente desierto. Cuando bajaron del coche sintieron el frescor de la mañana. Victoire comenzó a temblar y Mathis pasó uno de sus brazos sobre sus hombros. Michel y Chloé caminaban unos pasos por delante.

Torcieron a la izquierda y llegaron enfrente de la capilla. En forma de triángulo vieron un pórtico dorado, con el anuncio de la dedicación de la iglesia a Santa María Magdalena. Leyeron brevemente las dos sentencias: «Este es un lugar terrible» y «Mi casa será llamada casa de oración».

—Es... ¡increíble! —exclamó Victoire al entrar en la capilla.

Michel les explicó los misteriosos mensajes de cada símbolo, después se pararon ante el altar y lo contemplaron largamente.

—¿Cómo pudo emprender una reforma tan costosa? —preguntó Mathis.

—Sin duda encontró alguna especie de tesoro —dijo Victoire.

—Todo es muy misterioso, pero si nos atenemos a los hechos... Ya os comenté que Saunière llega a Rennes-le-Château en 1885. Comienza con la restauración de la iglesia dos años más tarde, aunque el proceso fue lento y duró hasta 1900, aproximadamente. Descubrió varios pergaminos durante las obras, algunos hablan que hacia 1887 y otros creen que fue en 1890. En el año 1891, Saunière levanta la losa de los Caballeros y encuentra una tumba. Saunière encuentra algo dentro y por eso mandó a los albañiles que le dejaran a solas y pasó tres días trabajando en la tumba. Puede que sacando el tesoro encontrado. A partir de ese momento continúa con el proyecto de reformar su casa, construye todo el complejo como la torre de Magdala, gastando grandes cantidades de dinero. En 1895 descubren que ha estado buscando algo en el cementerio, como si pensara que en otro lugar había más tesoros o algo valioso —explicó Michel.

El grupo salió de la iglesia y se dirigió hasta el cementerio. El profesor señaló una de las tumbas y dijo:

—El sacerdote se centró en esta tumba, la de la marquesa Marie de Nègre D'Ables. Él creía que la lápida encerraba un enigma. Miren.

Los cuatro miraron la lápida, había una frase con letras mayúsculas escrita en latín, con abreviaturas.

Chloé se agachó y comenzó a leer mientras pasaba los dedos por las letras grabadas en el mármol.

—El típico *REQUIESCAT IN PACE* está mal escrito, pone *REQUIES CATIN PACE*.

—¿Qué significa? —preguntó Victoire.

—¿No os enseñan latín en la carrera? —preguntó sarcástico Mathis.

La joven frunció el ceño y Chloé sin hacerles mucho caso tradujo:

—*Catin* en francés es «prostituta». Además, el apellido del marido está mal escrito, traducido significa *Dhaupoul*, *Dautpoul*, que es similar y significa «gran prostituta».

—Parece como si secretamente quisiera nombrarse como sacerdotisa de la Madre Tierra, muchos de estos cultos ejercían la prostitución sagrada —dijo Michel.

—Aquí hay otro error —dijo Mathis señalando con el dedo.

—Sí, en lugar de *D'ABLES*, pone *D'ARLES*. En esta localidad había un conocido culto antiguo a *ISIS*.

—Mirad. Pone en latín *ET IN ARCADIA EGO*, pero lo hace con alfabeto griego —comentó Michel.

—La frase del cuadro de Nicolas Poussin, la de *Los pastores de Arcadia* —dijo Mathis.

—Parece como si indicara una tumba o lugar sagrado.

—Bérenger compró copias de los cuadros de Poussin. Para él esta lápida era importante. Alguien la cambió de sitio, por eso no sabemos el lugar exacto donde señalaba —dijo Michel.

—¿Qué podía indicar la tumba? —preguntó Chloé.

—El lugar en el que fue enterrada María Magdalena —dijo Michel, mientras el resto de sus compañeros le miraban asombrados.

18. El plan

El señor Fortier frunció el ceño al verlos llegar, llevaba casi quince minutos esperando a los visitantes. No le gustaba la impuntualidad, pensaba que era un síntoma de falta de respeto y profesionalidad. Aunque viniendo de Michel no les extrañaba. Aquel hombre era un historiador del Arte avezado, posiblemente un genio, pero no guardaba las mínimas formas de comportamiento.

Michel sonrió al hombre a la espera de una reprimenda, pero sus amigos no habían dejado de hacerle preguntas sobre la supuesta tumba de María Magdalena y lo que podía contener. Él les había explicado que las referencias a una gran prostituta podían aludir al pasado de María Magdalena. Además la gente de la zona siempre había relacionado la tumba de Arlés, como el lugar del último descanso de María Magdalena. No era casualidad que la iglesia estuviera dedicada a su culto.

—Señor Fortier ha sido muy amable al recibirnos a estas horas —comentó el profesor.

—No le puedo negar nada a usted. Un prestigioso historiador interesado en Rennes-le-Château entre una legión de charlatanes. Tantos libros con teorías absurdas y fantásticas han terminado por desprestigiar a nuestro pueblo y su hermosa iglesia.

—Sin duda, pero también les asegura beneficios notables. Cientos de miles de personas vienen aquí todos los años —añadió Michel.

—Sí, pero más que por amor al arte y para conocer la vida del padre Saunière, para seguir la estela de la novela de ese norteamericano.

—Bueno, eso dio fama internacional a este lugar y todos los misterios que encierra —dijo Mathis, que, aunque no había leído la novela, había visto la película unos años antes.

—Antes de esa novela se publicaron las de Jacques Rivière, Jean-Michel Thibaux, Tim Powers o Marco Buticchi que ya habían tratado el misterio de Rennes-le-Château. Yo siempre prefiero que sea un autor francés el que hable de nuestra historia. La mayoría de los autores extranjeros no entiende nuestro «genio», nuestro «hado» —dijo el anciano después de sonreír. Unas arrugas marcadas se acentuaron en las mejillas caídas y por un segundo sus ojos grises brillaron.

Michel, que conocía perfectamente al hombre, se giró hacia sus amigos y comentó:

—Aunque lo que más le gusta el señor Fortier es la película *El oro del Diablo* del año 1988. ¿Me equivoco? —preguntó pícaramente Michel, intentando que el hombre se relajara.

—Aunque está repleta de datos falsos y errores, al menos pretende acercarse a la verdad, pero lo que han hecho últimamente es una verdadera basura.

En la entrada principal había una librería, la pasaron de largo y se introdujeron en la primera parte de la exposición. En un salón estaba reproducida a tamaño natural la figura del sacerdote y su criada.

El señor Fortier miró la estatua de cera y después les dijo:

—Aquí tienen al sacerdote Saunière. Se llevó a la tumba muchos de sus secretos, pero otros se desvelaron gracias a él. Les habrán hablado de los merovingios, de que aquí vivieron sus descendientes escapando de la muerte y la persecución de los carolingios. Sin duda es verdad, pero justo aquí sucedieron otros hechos misteriosos. Como si Dios o el Diablo se hubieran fijado en este lugar del mundo para derramar su ira.

—Eso hace mucho más interesante la región —bromeó Michel.

—No estoy bromeando. En esta zona del país hay una especie de magia, algo que impulsa a los hombres a cometer locuras. Una cierta inclinación hacia lo misterioso, ¿cómo diría?, lo esotérico.

—Los cátaros sin duda lo eran —comentó Chloé.

El anciano la miró con desprecio, como si con sus palabras estuviera cometiendo algún tipo de sacrilegio. Después señaló una cruz cátara.

—No sabemos a ciencia cierta el origen del catarismo, pero lo que sí sabemos es que los monjes que llegaron del oriente lo hicieron desde el Imperio bizantino. Las cruzadas fueron más que una guerra para recuperar los lugares sagrados de Jerusalén, sobre todo abrieron de nuevo la comunicación entre Oriente y Occidente. A partir de ese momento, el comercio floreció, pero también el intercambio de ideas.

—¿Por qué arraigó precisamente aquí? —preguntó Victoire.

—El Languedoc era en ese momento la zona más rica de Occidente. Aquí florecía el comercio y la cultura, cuando otras zonas de Europa todavía permanecerían aisladas varios siglos más. En todo el Midi francés las ideas cátaras prendieron con fuerza, como un campo seco en medio de un incendio en pleno verano. El catarismo, con sus doctrinas dualistas, tiene sus raíces en el zoroastrismo. Su profeta Zaratrustra, mucho antes que Jesús, fundó una religión monoteísta; bueno en cierto sentido dualista, en la que el bien y el mal se enfrentaban eternamente. La llegada de los musulmanes terminaría con varios siglos de floreciente religión zoroastrista. Aunque sus ideas no desaparecieron, simplemente se transformaron en otras nuevas y se introdujeron en diversas religiones y regiones del mundo.

—¿Cuáles fueron esas variantes?

—En Egipto fue Mani, el fundador del maniqueísmo, hacia el siglo III. Recuperó muchas de las ideas anteriores: dos dioses, uno el de la Luz y el bien, frente al de la Oscuridad y el mal; uno espiritual y etéreo, otro carnal y físico. Cuando el cristianismo lo persiguió y casi logró extinguirlo, volvió a mutar. En la zona de la actual Bosnia y Hungría nació el bogomilismo, heredero del maniqueísmo. En esta nueva religión estaban ya todos los elementos del catarismo: dualismo, antimaterialismo, igualitarismo, respeto a la naturaleza e incluso la ceremonia de

ascendencia de los creyentes cátaros hasta el *consolamentum*. Para ellos Jesús tenía un hermano llamado Satanael. Los dos eran partes de Dios, pero el segundo se reveló a Dios y atrajo a muchos de los ángeles celestiales.

—Nunca había escuchado algo así —dijo Victoire.

—Cuando los búlgaros conquistaron la independencia de Bizancio hacia el año 1054, ya quedaba un último paso para que se convirtieran en lo que nosotros conocemos como cátaros. La llegada de los otomanos terminó con el grupo en algunas zonas, pero en Bulgaria se hicieron fuertes hasta que el catolicismo se impuso en el 1450 —comentó el señor Fortier.

—Entonces, ¿lograron ser la religión oficial en Bulgaria? —preguntó Mathis.

—Sí, pero también lo fueron aquí. Aunque su influencia se extendió más allá, desde el sur de Italia hasta Europa del Este, Grecia y Turquía. En el momento que llegaron los cátaros, además de la riqueza económica, se dio una fuerte división política. El Imperio carolingio se había derrumbado y no existía un poder político centralizado. En esta zona, durante los siglos X al XIII, los verdaderos gobernantes fueron los condes de Toulouse. Otras familias poderosas como los Foix, Albert o el Trencavel, entre otros, dominaban el Gran Sudoeste. Por eso se recibió tan bien a los cátaros en esta zona. Los primeros aparecieron en Lemosín hacia el año 1020 y fueron ejecutados en la ciudad de Toulouse hacia el 1022. La Iglesia de Roma los percibió como peligrosos, por su gran éxito evangelizador. En los sínodos de Charroux y Tolosa se condenaron sus ideas. A partir de ese momento se envió predicadores para luchar contra la herejía.

—¿Por qué triunfaron de una manera tan rápida? —preguntó Victoire.

—Su mensaje era sencillo, pero sobre todo contrastaba su austeridad y pobreza con una iglesia rica y que oprimía a los más pobres. Creían en la reencarnación, el dualismo, eran antimaterialistas. A partir del papa Eugenio III, en el año 1147, se comenzó una política de presión, pero no funcionó. Se condenó a los cátaros en varios concilios, pero en el 1198, el papa Inocencio III aprobó destruir al movimiento cátaro de raíz. Se intentó un acuerdo entre los condes de Tolosa y los reyes de Aragón, por vía matrimonial, con la condición de una conversión pacífica, pero al final se optó por una fórmula más radical. Se realizó una cruzada contra los cátaros en el año 1207. La guerra fue muy dura, los enemigos de los cátaros eran muy numerosos. Tras la batalla de Bézier, muchas ciudades se rindieron, pero a Carcasona la tuvieron que sitiar hasta que los habitantes se quedaron sin agua. Simón de Monfort atacó por orden del rey, que le dio el título de conde de Tolosa. Al final los cátaros se rindieron y firmaron la paz de París en el año 1229; todos los títulos fueron otorgados a vasallos católicos y la Inquisición se instaló en la zona. El único bastión que resistió fue la ciudadela de Montsegur, tras su rendición en marzo de 1244, todos fueron quemados —dijo con voz dramática el señor Fortier.

—Pero ¿qué tienen que ver con Rennes-le-Château? —preguntó Chloé, que hasta ese momento había escuchado con atención lo que decía el hombre. Aunque aquella

historia la hubiera escuchado cien veces.

—Se cree que pudieron traer a esta zona el Santo Grial o al menos que lo encontraron y protegieron, para que no se apoderara de él la Iglesia católica. En la Navidad de 1243, durante el asedio de Montsegur, dos perfectos cátaros, Pierre Bonnet y Mateo, lograron escapar con el Grial. Su secreto fue revelado en el poema épico de *Perceval* de Chrétien de Troyes, en el siglo XII, poco antes de estos sucesos, pero terminado por el templario alemán Wolfram von Eschenbach, que incluyó la historia de Arturo y el Círculo de Bretaña. En su libro se inspiró Wagner para su famosa ópera en el siglo XIX. El Grial se perdió, se creó que terminó en otro lugar, pero es mentira, se encuentra aquí, en esta zona —comentó el señor Fortier.

—Pero ¿cómo puede estar tan seguro? —preguntó sorprendida Chloé.

—Aquí lo buscó el arqueólogo nazi Otto Rahn en los años treinta, después mandaron una expedición en los años cuarenta, pero no lograron encontrar lo que buscaban, el Grial —comentó el señor Fortier.

—Es cierto. Sabemos que hasta Wagner fue a Montsegur a buscar inspiración para su ópera —dijo Michel.

—Pero ¿cómo llegó el Grial a manos de los cátaros?

—Hay dos explicaciones posibles: la primera es por medio de los merovingios situados en esta zona. El emperador Tito saqueó Roma en el año 70 después de Cristo, llevó sus tesoros a Roma, puede que entre esos tesoros estuviera el Grial. Alarico, rey visigodo, asaltó Roma en el año 410 llevándose sus riquezas. Los visigodos llegaron a la Galia y crearon un reino desde Toulouse a Toledo, pero los merovingios lograron quedarse el tesoro. El último merovingio lo trajo a esta zona y lo protegió durante generaciones, hasta que los cátaros se hicieron con el tesoro.

—¿Qué sucedió después con el tesoro? —preguntó Mathis.

—Los templarios lograron descubrir dónde se ocultaba —dijo Michel.

—¿Cuál es la otra posibilidad? —preguntó Victoire.

—Que lo trajera hasta aquí María Magdalena —dijo Fortier.

El hombre terminó de enseñarles el resto del museo. Después fueron hasta la torre de Magdala, donde el sacerdote tenía su biblioteca personal y el invernadero.

—Todo eso debió de costar una fortuna —dijo Mathis.

—El sacerdote parecía tener una fuente de riquezas inagotables. Tuvo visitantes muy ilustres como Jean-Népomunène, que era un miembro de la familia Habsburgo, pero también el secretario de Estado en Bellas Artes Henri Charles Étienne Dujardon-Beaumetz, conocido masón de la Amistad Celeste.

—¿Por qué un sacerdote de pueblo tenía esa influencia? —preguntó Chloé.

—El dinero y una sociedad secreta, dicen que milenaria, a la que pertenecía y que le favoreció. El Priorato de Sion —comentó el señor Fortier.

19. El Priorato de Sion

Salieron de Renne-le-Château algo confusos. Al parecer aquella apartada villa de Francia había estado en el centro de la historia del país desde los tiempos más remotos. Era difícil creerse la secuencia de acontecimientos, por la que de manera continua el misterio del Grial y su supuesto tesoro había pasado de unas manos a otras. Lo que no tenía una clara explicación eran los contactos y fortuna del sacerdote Bérenger Saunière.

El coche continuó descendiendo por la montaña hasta que llegaron a los frondosos valles y sintieron de nuevo cómo el calor los aprisionaba.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó Chloé.

—Vamos a Montsegur. En nuestra visita se ha nombrado dos veces, fue la última fortaleza cátara y de donde, supuestamente, se sacó el Grial. Está a unos cincuenta kilómetros al oeste. No tardaremos más de una hora —comentó Michel.

No charlaron mucho durante el trayecto, llevaban horas recorriendo Rennes-le-Château, pero, sobre todo, en los últimos días, habían escapado de unos misteriosos perseguidores y todavía no estaban seguros de qué buscaban.

—Creo que deberíamos ir a la policía —comentó Victoire.

Los tres la miraron sorprendidos; ya había hablado con Mathis, pero él no había querido comentarlo con el resto del grupo.

—Ya te comenté que no es buena idea. No tenemos nada sólido que comentarles. ¿Qué podemos hacer? Ni siquiera sabemos aún lo que estamos buscando. ¿A quién le interesa en la actualidad la supervivencia de los merovingios? —comentó Mathis.

—Francia está pasando un momento de incertidumbre: el terrorismo islámico, el crecimiento del racismo y la extrema derecha, la posibilidad de que llegue al poder un partido con ideología fascista. ¿No habéis visto las noticias? Se está gestando una nueva república, la actual parece a punto de derrumbarse. Los valores de De Gaulle parecen papel mojado. La Francia de después de la Segunda Guerra Mundial ha desaparecido, ya no somos una gran potencia, nos hemos disuelto en la Unión Europea, por eso muchos nostálgicos son capaces de cualquier cosa —comentó Michel.

La montaña se empinaba cada vez más y la carretera comenzaba a curvarse más aún. Llegaron a un punto, en el que a un lado tenían una pared de roca y al otro un profundo precipicio.

Escucharon un motor acelerando y, apenas Mathis tuvo tiempo para mirar por el retrovisor, un Mercedes negro, con los cristales tintados, comenzó a adelantarles a gran velocidad. Cuando llegó justo a su altura dio un volantazo y los empujó a las rocas.

—¡Qué hace ese loco! —gritó Mathis.

Las mujeres comenzaron a gritar y Michel se agarró al sillón. El coche rozó la pared de roca, se escucharon chasquidos y saltaron algunos chispazos. Mathis giró contra el coche, pero este adelantó en ese momento y el coche se precipitó hacia el precipicio. En el último momento logró controlar el giro y regresar al estrecho camino.

El coche negro se alejó a toda velocidad y Mathis frenó y se puso a un lado.

—¿Qué pretendía ese tipo? —gritó Michel.

—Sacarnos de la carretera —dijo Mathis.

—Pero ¿por qué? —preguntó Chloé.

—Son ellos. Los mismos que nos ha seguido todo el tiempo. No los hemos despistado y tienen intención de matarnos —dijo Victoire algo nerviosa.

—No te pongas histérica. Simplemente ha sido un loco —intentó tranquilizarle Mathis.

Arrancó de nuevo y cuando llegaron a la cima, vieron una docena de coches aparcados junto a las ruinas del castillo, pero ninguno se parecía al que los había embestido.

Mathis salió furioso y golpeó el capó del coche, Victoire temblaba, mientras Michel intentaba parar la sangre que brotaba de una pequeña herida en la frente. Chloé le dio un pañuelo de papel e intentó calmar los ánimos.

—Está claro que no nos enfrentamos a una aventura arqueológica, alguien está interesado en guardar el secreto en la actualidad. No podemos perder la calma. Será mejor que nos tranquilicemos y pensemos fríamente. Estoy de acuerdo con Victoire, hay que acudir a la policía.

—Sí, será lo mejor —comentó Mathis, que por primera vez era consciente de la gravedad de lo que había sucedido.

—Lo que es importante es que sepamos a quién nos enfrentamos. El señor Fortier nombró al Priorato de Sion. ¿Quiénes son? —preguntó Chloé mientras caminaban hacia las ruinas del castillo.

Michel se quitó el pañuelo de la frente y comprobó que ya no le sangraba.

—El Priorato de Sion es una organización muy curiosa, pero dejarme que os ponga en antecedentes. El siglo XIX fue un siglo de revoluciones. Las masas obreras, totalmente sojuzgadas por la burguesía durante la etapa de la Revolución Industrial, se rebelaron contra la burguesía. Surge la Internacional, la lucha obrera y el desafío al sistema parlamentario tradicional. La sociedad burguesa también se radicaliza y utiliza el nacionalismo como fuerza aglutinadora. A principios del siglo XX surge el fascismo y más tarde el nazismo; en Francia no se logra crear grupos tan compactos ni encuentran a un líder carismático que los lidere, pero se crea L'Action Franquies.

—¿L'Action Franquies? —preguntó Victoire, que había logrado recuperar la calma, mientras Mathis la abrazaba.

—Es una organización de corte fascista, es subversiva con respecto a algunos valores de siglos anteriores, pero se apoya en una visión romántica de la vida, sobre todo en la época medieval, simulando a las antiguas órdenes de caballería. Los movimientos fascistas se ponen en guardia contra el mundo obrero, pero a su vez desconfían en parte del gran capitalismo burgués. Algunos reivindicaban la vuelta de la monarquía a Francia y otros el nacional sindicalismo. Estos grupos se extendieron por toda Europa: Falange en España, la Guardia de Hierro en Rumanía... Nuestro experimento patrio fue la L'Action Franquies. Uno de sus fundadores fue Charles Maurras. El fundador quería abolir la República, a la que denominaba de jacobina, ineficaz y tirana. Buscaba la entronización de Henri de Orléans, conde de París y duque de Francia. Este era descendiente de un primo de Luis XVI que apoyó la Revolución Francesa y abandonó sus títulos.

—Pero ¿dónde se encuentra la conexión con el priorato? —preguntó Chloé impaciente.

—Un momento, todo llegará. El símbolo de L'Action Franquies es una paloma que porta en el pico una corona de espinas y de ramas de olivo, flotando sobre una flor de lis, con dos espadas cruzadas. Tiene los tres símbolos o principios de este grupo: religión, monarquía y caballería. Estos grupos eran racistas y naturalmente antisemitas, estaban en contra de la globalización y acusaban a los mercados de todos los problemas de Francia.

—Justo lo que está sucediendo ahora mismo en Francia con la candidata de la extrema derecha —comentó Mathis interrumpiendo al profesor.

—Lo mismo sucede en Holanda —le explicó Victoire.

—Exacto, también acusaban al comunismo de ser la otra cara de la misma moneda, creado también por un complot judío internacional. En ese momento surge un personaje, Peter Argent, un joven que publica una revista llamada Victoire. Este joven desea crear una nueva orden de caballería que luche a favor de la causa. El joven creará el Priorato de Sion, pero hará al mismo tiempo un anuncio sorprendente. La sociedad existe desde hace más de dos mil años y ha mutado en varias ocasiones. Entre sus maestros estarían los más ilustres artistas e intelectuales de todos los tiempos. Según Peter Argent, el Priorato de Sion fue creado por discípulos de Juan el Bautista, en desacuerdo con su maestro, que les había pedido que siguieran a Jesús —dijo Michel.

Llegaron hasta el otro lado de la muralla y observaron el inmenso valle a sus pies. Se quedaron extasiados por unos momentos por el paisaje que desde aquella altura parecía sosegado, casi perfecto.

—¿Quiénes fueron esos supuestos maestros del Priorato de Sion? —preguntó Mathis.

—Godofredo de Bouillon, Hugo de Payen, Brissaud de Saint Omer, Hugo de Champagne, Charles Nodier, Victor Hugo, Maurice Leblanc, Claude Debussy o Jean Bronze.

—Pero esos son algunos de los personajes más importantes de la historia de Francia —dijo Chloé.

—A la hora de atribuirse, ¿por qué quedarse cortos? No les cuesta nada —comentó Michel.

—¿Entonces piensas que son falsos maestros? —preguntó Victoire.

—Falsos o ciertos, el Priorato quería darse importancia y transcendencia. Lo que sí importa es que algunos de los miembros del Priorato pudieron estar en grupos como la Cagoule, un grupo de extrema derecha que intentó tomar el poder de forma violenta en el 1936 y que, tras el hundimiento de la República, controló Francia durante el gobierno de Vichy. La Acción Francesa, Cagoule y el Priorato de Sion tenían el mismo cometido y algunos de sus miembros estaban en las tres organizaciones. Peter Argent comentó en los años sesenta que los documentos encontrados por Bérenger Saunière eran del Priorato de Sion. Todo esto lo avaló un intelectual llamado Armand de Sauveterre. El famoso Peter Argent se va autoproclamar el último descendiente de los merovingios. Los cátaros serían también seguidores de su causa, una nueva fe, un nuevo reino y un nuevo mundo —comentó Michel.

Mathis se giró hacia los muros.

—¿Aquí es donde ocultaron el Grial?

—Sí, ya hemos hablado que pudo ser traído por María Magdalena. Esa fue una de las obsesiones del padre Bérenger, también por el último merovingio, que como toda su dinastía era de origen judío y había ocultado un oscuro secreto —comentó Michel.

—¿Qué oscuro secreto? —preguntó Chloé.

—Los merovingios habrían nacido del seno de María Magdalena —dijo Michel.

—¿No creará esa absurda idea de la relación entre María Magdalena y Jesús? —preguntó Mathis, que despreciaba todas esas absurdas especulaciones. Podías creer o no creer que Jesús era el Mesías, pero cualquiera que comentara que un hombre como él habría mantenido una relación secreta con una mujer no conocía el carácter de Cristo.

—Los Evangelios Apócrifos lo afirman —dijo Michel.

—Los Evangelios no canónicos no tienen validez doctrinal —dijo Mathis.

—Sí, pero algo de verdad histórica puede que tengan —comentó Michel.

—Ninguno de ellos habla de que Jesús sobreviviera a la Cruz, tampoco de que tuviera una relación con María Magdalena, lo máximo que dicen es que era una discípula amada por Jesús y que la besaba. Los únicos besos reales son los que María Magdalena dio en los pies de Jesús tras lavarlos con sus lágrimas y un rico ungüento. Nunca un judío besaba a una mujer en público, por eso sus discípulos no pudieron decir lo que no vieron. Jesús no estaba en contra del matrimonio, pero no era su misión...

—Ya salió tu vena fundamentalista —comentó Chloé.

—¿Por qué? No me parece justo lanzar todo eso sobre uno de los hombres más importante de la historia —dijo enfadado Mathis.

—¿Qué tiene de malo? Supera tu moral judeocristiana —dijo Chloé.

—Mi moral judeocristiana es la que me dicta qué está bien y mal, la que pone la vida de cualquier ser humano en un plano de inviolabilidad —dijo Mathis con vehemencia.

—Eso se lo debemos a la Revolución Francesa y los derechos del hombre —comentó la profesora.

—Disculpadme, pero no vamos a llegar a ninguna conclusión. En parte los dos tenéis razón. Sin la influencia del cristianismo no habiéramos adquirido ciertos valores, aunque en la práctica la Iglesia persiguió a cualquiera que se le opusiese, convirtiéndose en opresora, más que en un elemento liberador —dijo Michel, intentando acercar ambas posturas.

—La Iglesia creada por Constantino, no la verdadera Iglesia que seguía a Cristo —especificó Mathis.

—Volvamos a centrarnos en el tema. ¿Pensáis que el Priorato de Sion puede estar detrás de todo esto? —preguntó Michel.

—No podemos asegurarlo, pero es el más interesado en descubrir lo que oculta Rennes-le-Château. Puede que todo lo que han dicho durante estos años sea una gran mentira y no deseen ser descubiertos —comentó Victoire.

—Pero llegar a matar para ocultar sus mentiras, me parece excesivo —dijo Michel.

—Iremos a la gendarmería y saldremos de dudas. Regresemos a Carcasona —comentó Chloé.

Regresaron al coche y se encaminaron de nuevo hacia Carcasona. Viajaron en silencio, contar el caso a la policía era en cierto sentido renunciar a continuar investigando.

20. El misterio de la villa

La comisaría parecía desbordada a aquella hora. Estuvieron esperando una hora y media hasta que los atendió uno de los gendarmes que tomaba los atestados. Era un hombre bajo, con el pelo canoso y un gran bigote negro. En cuanto vio que los cuatro entraban en el pequeño despacho anticuado, con muebles desgastados y paredes descoloridas, frunció el ceño y les pidió que se sentaran.

—Normalmente no dejó entrar a más de dos personas, pero imagino que tendrán una buena razón para invadir mi despacho.

—Señor, es necesario que estemos los cuatro. Cada uno de nosotros ha sido testigo de una parte de lo que le vamos a relatar y el profesor Michel Vial tiene información relevante sobre el tema —dijo Chloé.

El hombre tomó sus datos personales, después comenzó a teclear lentamente en un ordenador obsoleto y cuando todos estaban a punto de perder la paciencia les dijo:

—¿Me pueden relatar los hechos?

Victoire le contó lo que había visto en Mons: la supuesta muerte del amigo de Mathis; Chloé le narró el ataque que había sufrido en el apartamento y Mathis la persecución y desaparición del profesor Otto Helmuth. Por último, les contaron el incidente de la carretera y el profesor le desgranó las sospechas que tenían.

El gendarme apuntó todo de una manera parsimoniosa y cuando terminó dio a la tecla para imprimir.

—El caso es muy complicado, sucede en tres países y están hablando de supuestos homicidios, robos, intento de secuestro, entre otros delitos. En un caso de esta envergadura tiene que intervenir la Interpol, pero antes de poner en marcha un protocolo de esa magnitud, debemos comprobar los datos.

—Entonces, ¿no van a hacer nada? —preguntó Michel sorprendido.

—Primero tengo que informar a mis superiores y contrastar la información. Después se pondrán en contacto con ustedes —comentó el gendarme.

—Pero nuestras vidas pueden encontrarse en peligro —dijo Victoire.

—Les recomiendo que se queden todos juntos en la residencia del señor Vial. Será lo mejor. Mañana mismo se pasará un inspector por su casa.

Salieron de la gendarmería confusos y enfadados. No entendían por qué la policía no había tomado al menos alguna precaución.

—Será mejor que cenemos algo. Seguro que una buena comida nos levanta el ánimo —dijo Michel, intentando relajar el ambiente.

Se encaminaron a un asador cercano a la casa del profesor. El dueño era un viejo conocido de Michel y, a pesar de que el local estaba prácticamente lleno, les buscó

una mesa en un pequeño cuarto aislado para que tuvieran la mayor privacidad posible. Pidieron vino tinto, un buen asado de cordero y ensaladas para ir picando.

El ambiente estaba cargado, el sonido de las voces del resto de los comensales amortiguaba el silencio del grupo, como si ninguno de ellos se atreviera a comenzar a hablar.

—Todo irá bien. Mañana vendrá el inspector e imagino que os pondrán escolta o algo así. Tal y como está en la actualidad Francia no se van a tomar esto a la ligera —dijo Michel.

—Yo no estoy tan segura, la verdad es que nuestra historia parece absolutamente descabellada —comentó Chloé.

—¿Descabellada? Mucho peor, parece una maldita broma. Una institución milenaria que quiere guardar un secreto... parece el argumento de una película norteamericana —dijo Mathis.

—Pero no lo es. Ya os he comentado que el Priorato de Sion existe y que en la actualidad tiene mucho poder. Políticos, empresarios, jueces y multimillonarios pertenecen a ese selecto club. Además, son los que mueven los hilos del gobierno y del país —dijo Michel muy serio.

—Pero ¿actúan también en Alemania y Bélgica? —preguntó Victoire.

—Para ellos todos los antiguos territorios del Reino Franco y del Imperio de Carlomagno constituyen una única nación. No creen en Europa, pero sí en una especie de unidad franco-germana. Son antisemitas, antieuropeístas, odian la OTAN y a los Estados Unidos. Algunos historiadores piensan que inspiraron los Protocolos de los Sabios de Sion para acusar a los judíos de un gran complot internacional —dijo Michel.

El dueño del restaurante trajo la cena. El asado desprendía un aroma exquisito y durante unos minutos regresó el silencio.

—Los famosos Dosieres Secretos no dejan a lugar a duda de sus intenciones —comentó Michel.

Mathis paró de comer y miró intrigado al profesor.

—¿Qué son los Dosieres Secretos?

—Bueno, al parecer el actual presidente del Priorato de Sion aireó unos papeles en la década de los sesenta, para demostrar el origen merovingio de su presidencia, pero también la lista de los grandes maestros del Priorato de Sion.

—¿Dónde se encuentran ahora esos papeles? —preguntó Chloé.

—Desaparecieron hace unos años y se desconoce su paradero. Algunos investigadores creen que pueden desvelar datos sobre María Magdalena, la ubicación del Santo Grial y otros hechos relevantes —les explicó Michel.

Terminaron la cena y salieron a la calle estrecha que llevaba hasta la casa del profesor. Apenas habían caminado unos pasos por la calle casi desierta, cuando escucharon ruido a sus espaldas. Tres hombres los seguían.

El grupo comenzó a caminar más deprisa, para poder llegar a la casa de Michel antes de que los tres hombres los alcanzaran, pero justo delante de la puerta había otros dos hombres.

—Profesor, por favor, abra la puerta. Tenemos que hablar con sus amigos —dijo un hombre con un ligero acento alemán.

Todos se quedaron paralizados, no tenían escapatoria. El profesor abrió y el grupo entró en la casa. Escucharon cómo se cerraba la puerta a su espalda y no pudieron evitar que un escalofrío les recorriera la espalda.

21. Huida desesperada

Los sentaron en los sillones, mientras registraban toda la casa. Dos hombres los apuntaban con pistolas, mientras el que parecía el jefe del grupo encendía un cigarrillo.

—¿Alguien quiere fumar? —preguntó.

Mathis levantó la mano. Hacía tiempo que lo había dejado, pero pensó que al menos un pitillo le relajaría un poco.

—¿Saben dónde se han metido? Entiendo que al principio fue mera casualidad, pero ahora están jugando con fuego. Les pido que sean razonables y me entreguen todo lo que tenga que ver con Rennes-le-Château, a mi jefe no le gusta que nadie esté husmeando en sus cosas —dijo el hombre con su acento áspero y su voz grave.

—No tenemos nada. El documento que tenía me lo robaron en Mons —contestó Mathis.

—Lo sabemos, pero han logrado recuperar una de las fotos. Por eso la pista los ha traído hasta aquí. Será mejor que dejen todos los teléfonos sobre la mesa —ordenó el hombre.

Dejaron los cuatro aparatos en la mesa de madera y uno de los secuestradores los recogió y se los entregó al hombre.

—¿Qué puedo hacer con ustedes? Ya han ido a la policía. Se ve que no pueden mantener la boca cerrada. Es mejor que los haga desaparecer —dijo el jefe de los secuestradores con una frialdad pasmosa.

—Por favor, hemos acudido a la policía porque estábamos asustados. Si nos dejan, retiraremos la denuncia —dijo Chloé.

—Las cosas no son tan simples. La policía no dejará de husmear, estamos hablando de varios casos de asesinato y un robo —comentó el hombre.

—Les diremos que se trataba de un error —dijo Victoire suplicante.

Mathis le pasó el brazo por la espalda y la apretó contra su pecho para que se tranquilizara y la joven comenzó a llorar.

—Tranquila.

—No quiero morir, Mathis. Soy muy joven para morir —dijo la chica entre sollozos.

—No puede matarnos sin levantar sospechas. La gendarmería y la policía los perseguiría por el país —dijo Michel.

—Ellos perseguirán a los culpables y, esos no seremos nosotros. Un grupo de musulmanes radicales ha comenzado una oleada de asesinatos a intelectuales y profesores universitarios por blasfemar contra el islam. En todos los sitios en los que

hemos actuado se han dejado las pruebas que inculpan a terroristas musulmanes. Es perfecto, más aún en plena campaña electoral. ¿No creen?

Se hizo un largo silencio hasta que el jefe de los secuestradores les ordenó que se pusieran en pie.

—No podemos hacer mucho ruido a estas horas. Será mejor que bajen en silencio al sótano. Hemos preparado una bomba con suficiente goma dos para que todo este edificio vuele por los aires. En una hora se difundirá un vídeo del ISIS, anunciando la autoría. Nadie relacionará el caso con nosotros. De esa manera matamos dos pájaros de un tiro. Acrecentamos el odio hacia esos malditos islamitas y terminamos con un problema.

Los secuestradores empujaron al grupo por las escaleras hasta el sótano. Encendieron la luz y una nube de polvo orbitó alrededor de una bombilla amarilla de poca potencia. Ataron las manos de todos a la espalda con unas bridas de plástico y los obligaron a sentarse. Uno de ellos trajo una bolsa, sacó su contenido de color vainilla y lo dejó sobre una mesa de carpintero.

—Bueno, me despido de ustedes. No se preocupen, será muy rápido y no sentirán ningún dolor.

Los secuestradores subieron las escaleras y salieron a la calle. En el sótano los cuatro prisioneros miraban fijamente la bomba. Al final Mathis se puso de pie y caminó hasta la mesa.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Chloé asustada.

—No me voy a quedar de brazos cruzados. Puede que no sobrevivamos, pero tenemos que intentarlo.

Mathis comenzó a cortar las bridas con un lateral de la mesa, la endeble superficie de madera se sacudía y la bomba parecía deslizarse a un extremo. Los demás le observaban expectantes y aterrorizados. Al final el hombre logró liberarse las manos y se dirigió directamente a la bomba.

—¿Qué pretendes? —preguntó Victoire, cuando cogió la bomba y la metió de nuevo en una bolsa.

Mathis no contestó, corrió escaleras arriba y salió a toda prisa a la calle, se dirigió a la carrera hasta la muralla y pasó por una de las puertas. Se paró ante la segunda muralla y lanzó con fuerza la bolsa, después se tiró al suelo y se tapó los oídos. Un estruendo ensordecedor hizo vibrar el suelo, cientos de pequeños fragmentos volaron a su alrededor y una nube de polvo lo cubrió todo. Cuando levantó la cabeza estaba completamente cubierto de polvo, con un pitido agudo en los oídos y el corazón acelerado. Caminó confuso de vuelta a la casa. La gente corría hacia las salidas de la ciudad, mientras él luchaba contra la marea de gente. Entró de nuevo en la casa y vio a sus amigos. Estaban cabizbajos, como si ya se hubieran hecho a la idea de morir y la vida pareciera algo insoportable.

—Tenemos que resolver esto nosotros solos —dijo Mathis con un tono seco. Después se derrumbó en el suelo y perdió el conocimiento.

22. Papeles antiguos

Michel tomó todos los papeles y los guardó en un viejo maletín de cuero. El resto buscó sus bolsas de viaje y unos minutos más tarde se encontraban los cuatro en el quicio de la puerta.

—No tienes por qué venir —dijo Chloé a su viejo amigo.

—Creo que me necesitaréis. No he abandonado esta guarida desde hace casi una década, un poco de acción no me vendrá mal.

El anciano parecía rejuvenecer por momentos, se había hecho una coleta en su pelo largo y canoso.

—Podemos ir en mi Mercedes, está un poco viejo, pero es sólido como el cemento —comentó Michel.

—¿Estás seguro de venir con nosotros a París? —preguntó Mathis.

—Odio París. No soporto las grandes ciudades, además ahora la ciudad parece un gran escaparate, se ha perdido el viejo encanto de los barrios, pero conozco muy bien al director de la Biblioteca Nacional de Francia.

—¿Él nos podrá ayudar a localizar al Priorato de Sion? —preguntó Mathis.

—Si el director no lo sabe, creedme, nadie podrá dar con ellos. Se esconden como sabandijas.

Estaban a punto de atravesar la puerta cuando escucharon el timbre. Se quedaron paralizados, se miraron unos a otros y al final Michel soltó el maletín y abrió muy despacio, dejando apenas un resquicio para ver quién era.

—Señor Michel Vial, soy el inspector Dominique Fabelt. Tengo que hacerle unas preguntas.

El anciano dudó unos segundos, estuvo a punto de cerrar la puerta, pero al final la abrió de par en par y observó al hombre que tenía delante. Alto, muy alto, complexión normal, algo caído de hombros, con abundante pelo castaño peinado a un lado, llevaba unas gafas grandes y cuadradas, su expresión era bondadosa y siempre parecía sonriente.

—Tenía que hacer un viaje con mis amigos.

—¿No son ustedes los que han puesto una denuncia esta tarde en la gendarmería? —preguntó el agente.

—Sí, pero ha surgido algo. ¿Será rápido?

—Bueno, estas cosas pueden demorarse —contestó el agente sacando una libreta y un bolígrafo.

—Nos dijeron que vendría mañana —comentó Chloé.

—El atentado nos obliga a aumentar la vigilancia. Claro, su caso no es corriente. Según ustedes una organización criminal está asesinando a gente por varios países.

Tenemos que investigar todas las hipótesis. Por favor, tomen asiento.

Los cuatro se sentaron de mala gana.

—¿Se puede retirar la denuncia? —preguntó Michel.

—Naturalmente, pero de todas formas tendré que hacerles algunas preguntas. Comprendan que sus denuncias son graves, además la bomba ha explotado muy cerca de aquí, lo que no deja de ser sospechoso —dijo el agente enfatizando la última palabra.

—Mera casualidad, se lo aseguro —comentó Michel con total tranquilidad.

—Serán unas pocas preguntas —insistió el agente.

El hombre se tomó su tiempo, leyó algo en la libreta y comenzó a hablar.

—Todos ustedes son doctores en arte, ustedes dos profesores universitarios. Dos son belgas, una holandesa y usted francés. ¿Es eso correcto?

—Sí, agente —comentó Michel.

—Los supuestos crímenes se han cometido en Bélgica, Alemania y aquí, muy cerca de la ciudad.

—Es correcto —dijo Chloé impaciente.

—He comprobado las fechas, los lugares y el nombre de las personas. Lo que he descubierto no coincide con sus versiones. En primer lugar, el incidente en Mons sí es real, al parecer la persona de la que hablan era un conocido *hacker*, que ha aparecido muerto. La policía belga aún investiga el caso. Están barajando la hipótesis de un ajuste de cuentas. Aunque también un comunicado terrorista ha reivindicado el asesinato. Todo esto hay que medirlo muy bien, cualquiera puede decir que es un acto terrorista para desviar la atención —dijo el agente.

—¿Un ajuste de cuentas? Eso es absurdo —se quejó Mathis.

—Son hipótesis, conjeturas. Con respecto a lo sucedido en Alemania, en Tréveris. La policía alemana no sabe nada. Intentaron localizar al profesor Otto Helmuth, pero al parecer se encuentra de vacaciones —dijo el agente.

—Vimos cómo le capturaban —dijo Victoire.

—¿Lo vieron realmente?

—Bueno, yo no me encontraba en ese momento.

—¿Lo vieron ustedes? —preguntó el agente a Mathis y Chloé.

—No —dijo Chloé.

—Con respecto al incidente del coche, pudo ser un accidente o unos gamberros. He buscado información sobre el Priorato de Sion. Hay muchos datos, pero todo parece tratarse de un grupo inventado, creado por un hombre excéntrico y megalómano. No hay nada que sostenga sus suposiciones —dijo el agente.

—Bueno, entonces ¿podemos marcharnos ahora? —preguntó Michel.

—No están detenidos, pueden irse en cualquier momento. Pero, a pesar de lo que les he dicho, creo que tienen algo que ver con lo sucedido hace una hora —dijo el agente.

Todos se miraron sorprendidos, no se esperaban aquella acusación.

—No tenemos nada que ver —dijo Michel.

—Un testigo vio a un hombre correr con una bolsa en dirección a la muralla unos segundos antes de la explosión, después dice que regresó con la ropa sucia de polvo.

—Bueno, eso no tiene nada que ver con nosotros —dijo Michel.

—Ese hombre entró en esta casa. Al parecer, por la descripción era como el señor Mathis Devos.

Mathis se puso tieso en el sillón. Intentó pensar una respuesta, pero su mente se encontraba en blanco.

—Es una mera invención. Es cierto que salí con una bolsa, estaba buscando unas cosas en mi coche, entonces se produjo la explosión cerca de mí y regresé a por mis compañeros.

—Parece razonable, pero entenderán que no puedo dejar que se marchen.

—Pero hace un momento comentó que no estábamos detenidos —dijo Michel.

—Es cierto, pero si abandonan la ciudad, pediré una orden de búsqueda para su amigo. Es el principal sospechoso en un atentado terrorista —dijo el agente.

—Pero eso es absurdo. Yo no soy un terrorista, soy un restaurador belga. ¿Por qué iba a poner una bomba en Carcasona?

—Las motivaciones de los terroristas son muy variadas. Desde creencias religiosas, pasando por todo tipo de ideologías, por no hablar de razones estéticas o simple afán de protagonismo. Estén localizables. A la puerta dejaré un agente, me informará de todos sus pasos. Lo lamento, pero es cuestión de protocolo. Puro protocolo.

23. El libro

Jean-Pierre miró los mensajes, parecía que sus hombres habían logrado deshacerse de los molestos curiosos. Ahora que se encontraban tan cerca de gobernar Francia, un puñado de historiadores comunistas no iban a chafar todo, se dijo mientras colgaba el teléfono. Después se dirigió a su despacho y encendió el ordenador, en cuanto lo puso en marcha le saltaron varios avisos de noticias. Abrió el periódico digital y buscó el atentado de Carcasona. Mientras lo leía detenidamente no pudo evitar fruncir el ceño.

—¡Malditos inútiles! —bramó mientras marcaba el número de su jefe de seguridad.

—Señor Proucx, ¿en qué puedo ayudarle?

—¡Malditos inútiles! No hay víctimas, los historiadores continúan vivos —dijo el viejo político fuera de sí.

—Eso es imposible, yo mismo vi cómo activaban la bomba. Después observamos la explosión a lo lejos —contestó confuso el jefe de seguridad.

—La bomba no explotó en la casa, al parecer alguien la lanzó fuera de la muralla.

—Pero, estaban atados, apenas tenían un par de minutos. Es prácticamente imposible —dijo aturdido el jefe de seguridad.

—Han escapado y ahora mismo estarán siendo interrogados por la policía. Maldita sea, espero que las pistas que han dejado por todas partes no los lleven hasta nosotros. Sería un maldito desastre. Sería el caos, el final...

Por unos segundos el jefe de seguridad se quedó en silencio, como si estuviera pensando.

—No creo que hablen con la policía. Los dejé muy asustados, simplemente regresaremos y terminaremos el trabajo. Ya se ha difundido el vídeo, todo el mundo piensa que se trata de un atentado del Estado Islámico.

—La policía los estará custodiando, ya sea como sospechosos o como víctimas de un atentado. Vigílenlos y en cuanto puedan neutralícenlos. Quedan muy pocos días para las elecciones, cuando estemos en el poder será más fácil solucionar este tipo de problemas —comentó el anciano. Sentía el corazón acelerado y su rostro estaba completamente morado. Se puso una mano en el pecho y trató de respirar más hondo.

—¿Se encuentra bien, señor Proucx? —preguntó el jefe de seguridad al sentir los jadeos del anciano.

—Sí, pero me sentiré mejor cuando terminen su trabajo —dijo antes de colgar y apoyar la espalda sobre el respaldo de la silla de piel.

Cerró los ojos y recordó aquella época. Aún la tenía tan nítida en la memoria como si hubiera sucedido el día anterior. Los alemanes eran los señores de Francia y él sentía una mezcla de indignación y admiración por ellos. Algo que le había

sucedido a muchos franceses. Odiaban a Hitler y todo lo que representaba como señor de Europa, pero admiraban su genio, su capacidad para unir a su nación y el poder de un pueblo dueño de su destino. Desde la pérdida de sus padres durante la guerra, su única familia era Francia, su única aspiración era gobernar el país y su único sueño, que su nación recuperara la gloria perdida. En aquel febrero de 1944 se alistó en las filas de la Fuerzas Francesas de Interior; durante aquellos últimos meses de guerra no pudo hacer mucho para la liberación de Francia, pero al menos puso su grano de arena para echar a los *boches*.

Su llegada a París no pudo ser más providencial, mientras estudiaba Políticas en La Sorbona, conoció a Peter Argent, aquel hombre le iba a cambiar la vida. Él y solo él sabía lo que necesitaba Francia. Todo estaba escrito en su libro.

24. El secuestro

Mathis miró a través de los visillos la calle y pudo contemplar sin dificultad a los dos agentes apostados a pocos metros. Después se giró y observó a sus amigos. Todos parecían cabizbajos y confusos. Las maletas y las bolsas descansaban amontonadas al lado de la puerta.

—¿Qué es toda esta mierda? ¿En qué se está convirtiendo Francia? Esto parece más un estado policial que una democracia. No estamos acusados de nada, pero somos sospechosos; no nos han detenido, pero no podemos salir de la casa.

—No te quejes, podía ser mucho peor —dijo Chloé.

—Tienes razón, con las nuevas leyes antiterroristas pueden detenerte e incomunicarte sin que un juez lo autorice y sin que puedas llamar a tu abogado —comentó Michel.

—El terrorismo está consiguiendo lo que no pudo el fascismo: amordazarnos, asustarnos, para que nos escondamos como ratas. Cada vez que se produce un atentado islámico, ¿a quién favorece? Los radicales son los únicos favorecidos, ya sea de extrema derecha, de extrema izquierda o los terroristas islámicos.

—Puede que tengas razón, pero no podemos irnos. Seríamos tratados como terroristas fugados y todas las sospechas caerían sobre nosotros —comentó Victoire.

—Claro, una célula terrorista de historiadores del arte y restauradores. No parece muy creíble —dijo Mathis.

—En los tiempos que corren, la gente es capaz de creer en cualquier cosa, sobre todo si se hace una campaña mediática lo suficientemente potente —comentó Chloé.

Mathis volvió a mirar y después se dirigió a las escaleras de la casa.

—Podéis quedaros de brazos cruzados mientras regresan los que intentaron asesinarlos, pero yo intentaré aclarar todo esto y llegar al fondo del asunto. ¿Pensáis que dos agentes os pueden proteger de esos tipos? Nada los detendrá. ¿Entendéis? Nada.

El hombre subió de dos en dos los escalones, dejando que el sonido de la madera retumbara por toda la casa. Victoire se puso de pie y lo siguió. Michel y Chloé se miraron confusos. Después encogieron los hombros y les siguieron.

Llegaron a la buhardilla, la ventana estaba abierta y Mathis tenía medio cuerpo fuera, mientras Victoire le sujetaba por las piernas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Michel.

—Todos los tejados están conectados hasta el fondo de la calle. No hay vallas ni nada que impida pasar de uno a otro. ¿Dónde está tu coche?

—Bueno, está cerca de la plaza del fondo, en un aparcamiento para residentes, no es sencillo aparcar dentro de una ciudad medieval.

—Estupendo, de esa manera podremos escapar sin que se den cuenta. Viajaremos por carreteras secundarias hasta París, para hablar con tu amigo, pero nos desharemos del coche antes. Por la mañana comenzarán a buscarnos por todas partes.

—Pero un viaje a París en coche son algo más de siete horas —dijo Chloé.

—Entonces, sí podemos llegar a la ciudad, pero será mejor que aparcemos el coche en algún suburbio, para que cuando lo encuentren no sepan por donde nos movemos —comentó Mathis.

El hombre sacó las piernas con cuidado y ayudó a salir a Victoire. Cuando todos estuvieron sobre el tejado de pizarra, comenzaron a caminar lentamente, para no hacer ruido y no caerse abajo.

Tras unos diez minutos lograron llegar al final de la calle.

—¿Ahora cómo bajamos de aquí? —preguntó Michel.

Mathis miró a un lado y al otro hasta que vio un cubo de basura abierto.

—Bajaremos por el canalón y nos tiraremos dentro del cubo. Las bolsas amortiguarán la caída.

—Me romperé la cadera —se quejó Michel.

—Apenas son tres metros de altura y caerá en blando —dijo Victoire.

El primero en lanzarse fue Mathis, se levantó, salió del cubo y esperó al siguiente. Uno a uno todos se lanzaron, hasta que llegó el turno de Michel.

—No puedo —dijo en voz baja.

—Salte —le pidió Mathis.

—Llamaré al director de la Biblioteca Nacional de Francia, él los atenderá como si fuera yo mismo.

—Tiene que saltar —insistió Mathis.

Michel contempló el vacío, comenzó a sudar y notó cómo se le secaba la boca. Recordó su etapa en el ejército, cuando aún era obligatorio. Siempre había odiado las maniobras y todo lo que supusiera poner en peligro su vida. Al final cerró los ojos y saltó al vacío. Notó el aire circulando entre sus brazos y después el impacto en blando y el mal olor de los restos de comida de los restaurantes de la zona. Le ayudaron a salir y caminaron a paso rápido por las solitarias calles de Carcasona. A esa hora todos los locales permanecían cerrados, sobre todo tras la alarma creada tras la explosión.

Entraron en el garaje, un pequeño descampado cerrado con una barrera eléctrica, subieron al coche y se dirigieron hacia la salida.

—Espero que no vigilen la entrada —dijo Michel mientras cruzaba el arco de la muralla.

Un coche se interpuso y los hizo parar en seco.

Salieron tres hombres del vehículo, estaban fuertemente armados, no vestían uniforme, pero les enseñaron unas placas.

—¿Dónde se dirigen a estas horas? —preguntó uno de ellos, mientras le enseñaba la placa.

Michel bajó la ventanilla y estaba a punto de hablar cuando observó por el retrovisor que se acercaba un cuarto hombre por detrás, llevaba un subfusil y su figura le recordó de inmediato a la del hombre que les había amenazado en su casa. Por unos segundos dudó. No sabía qué hacer. El coche le impedía seguir hacia delante y detrás tenía la muralla de la ciudad.

El hombre que venía por detrás se aferró al tirador de la puerta trasera, antes de que él pudiera apretar los seguros. La puerta se abrió, el hombre metió el brazo y sacó a rastras a Victoire. La tiró de los pelos y la dejó en el suelo.

Michel puso la marcha atrás y golpeó con la puerta al hombre, después giró, pasando muy cerca de Victoire y pisó el acelerador a fondo. El motor rugió, las ruedas comenzaron a echar humo y el Mercedes salió como una bala de allí.

—¡Victoire! ¡No podemos dejarla con ellos! —gritó Mathis, que se encontraba sentado en la parte trasera.

—¿Estás loco? Si regresamos nos atraparán a todos. Es mejor que escapemos, no le harán nada, intentarán ponerse en contacto con nosotros —dijo Chloé—. Mathis intentó tomar el volante y el coche derrapó en la salida de la ciudad. Michel recuperó el control y el vehículo tomó la autopista. Mientras Carcasona se alejaba a sus espaldas, los tres amigos intentaron tranquilizarse. Debían mantener la mente fría, era la única forma de que Victoire saliera con vida. Ya no podían confiar en nadie, en unas horas los informativos de toda Francia los convertirían en los fugitivos más buscados del país. Justo en el momento en el que las cercanas elecciones presidenciales habían convertido a la capital en un búnker inexpugnable.

25. Viaje a París

Viajaron durante toda la noche, únicamente hicieron una breve parada en una gasolinera y pagaron en efectivo. La entrada a París comenzaba a llenarse de coches cuando llegaron al primer cinturón de la ciudad. Dejaron el coche en un aparcamiento público y tomaron el tren. Una hora más tarde, a las nueve de la mañana, ya se encontraban enfrente del portalón del edificio Richelieu de la Biblioteca Nacional. Michel se sorprendió al ver el buen estado del edificio. Su fachada ennegrecida por la contaminación y el paso del tiempo brillaba bajo la intensa luz del verano. Pasaron el control de seguridad y el profesor preguntó por el director Noel Delacroix. Esperaron unos minutos y el guardia de seguridad recibió una llamada.

—Pueden pasar. El señor director está en su despacho. Uno de los ujieres los acompañará.

—No hace falta, conozco el camino —dijo Michel, mientras se dirigían al edificio principal.

Subieron la escalinata y se adentraron en el edificio. Los tres observaron por unos segundos los artesonados y frescos de los techos.

—Este lugar es maravilloso, además han logrado que recupere su frescura primitiva —comentó Michel sin dejar de observar las paredes y el mobiliario del siglo XIX.

—Ya no se hacen edificios tan bellos —dijo Chloé.

Llegaron a la zona administrativa y la secretaria del director les comentó que los recibiría enseguida. Se sentaron en un sillón Luis XVI y esperaron algo más de quince minutos en la sala.

El director abrió las dos hojas de la puerta y salió con los brazos abiertos.

—Michel Vial. ¿A qué debo el honor? Me habían contado que hacía años que no salías de tu retiro en Carcasona.

—¡Querido Noel! El único lugar en el mundo en el que me gustaría estar a excepción de la viaje Carcasona es en esta espléndida casa. La restauración ha rejuvenecido la biblioteca, aunque antes también tenía su encanto.

—La decadencia siempre tiene su encanto, nos recuerda que todo pasa, que el tiempo no perdona ni a la belleza ni a la vida.

—Permíteme que te presente a mis amigos: la doctora Chloé Lambert y el doctor Mathis Devos.

—Encantado, señora Lambert y señor Devos.

Entraron en el amplio despacho, la luz de la calle penetraba hasta las estanterías del fondo del salón.

—Aquí guardo algunos tesoros, es uno de los pocos privilegios de ser el director. No sé qué tiempo duraré en el puesto después de las elecciones —comentó el hombre.

Mathis se sorprendió por su rostro extremadamente pálido y sus profundas ojeras negras. El director parecía un ratón de biblioteca, cuya única pasión eran los libros.

—Perdona que te molestemos, pero nos ha traído un asunto urgente —comenzó a explicarle Michel; después le explicó el hallazgo de Mathis y lo que les había llevado hasta allí, omitiendo los episodios más violentos y peligrosos.

—El Priorato de Sion. No podía imaginar que ese tema te traería aquí de nuevo —dijo el director.

—¿De nuevo? —preguntó extrañada Chloé.

—Bueno, tuve cierto interés hace unos años. Me pasaba muchas horas en la biblioteca, en especial en la sala de manuscritos, allí conocí al director, que en aquel momento era uno de los conservadores de la casa.

—Sí, qué tiempos aquellos. A veces los echo de menos. Bueno, ya te comenté que aquí guardo alguno de los temas que más me interesan y sin duda ese es uno de ellos —comentó el hombre mientras se dirigía a las estanterías. Introdujo la mano entre los libros y tiró de una pequeña palanca, una de las estanterías se desplazó y apareció otra oculta con algunos centenares de libros y archivos.

—Aquí guardo el famoso archivo Lobineau, también llamado el Secret Files o Los registros del Priorato de Sion. Alguien los ingresó en la biblioteca en 1964 como documento 4. 1m 249.

—Ya les expliqué cuáles eran y en qué consistían, también la historia de su último maestro el señor Arcent. Lo que queremos saber es si se encuentra en activo en la actualidad y quién es el actual maestro —dijo Michel.

—Bueno, es difícil saber quién es el actual maestro de la orden. Es una sociedad secreta, que intenta evitar cualquier tipo de publicidad —contestó el director.

—¿Tú sabes dónde se reúnen? ¿Conoces a algún miembro? —preguntó Michel.

El director se puso algo nervioso, miró hacia la puerta y se aproximó a su escritorio. Escribió algo en un pequeño papel y se lo entregó a Michel. El hombre observó un símbolo misterioso que componía la palabra ORMUS.

—¿Qué es esto? —dijo frunciendo el ceño. Michel parecía desconcertado.

—El Priorato de Sion fundó la Orden del Temple o la Orden de los pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón. Su fundador Godofredo Bouillón y otros cruzados franceses la crearon durante la Primera Cruzada. Godofredo fue defensor de Jerusalén y el Santo Sepulcro. Su trágico final a manos de Felipe el Hermoso, le llevó a ser ejecutado en la hoguera el 18 de marzo de 1314; tras la persecución de la orden de los Templarios se fundó ORMUS. Es un juego de palabras que significa *Ursus*, «oso» en latín, el símbolo de los merovingios y Dagoberto II y *Urmus*, que significa «ahora» y la letra «M» del signo zodiacal de Virgo, es decir Nôtre Dame. Un grupo de templarios se instaló en Orléans cuando Jerusalén cayó en

manos de los sarracenos. El lugar fue apoyado por Luis VII en 1152, los hugonotes lo destruyeron en el siglo XVI, pero fue reconstruido.

—Pero ¿qué tiene todo eso que ver con el actual Priorato de Sion? —preguntó Chloé.

—El símbolo de ORMUS os llevará hasta ellos —comentó el director.

—¿ORMUS? —dijo en alto Mathis.

—Claro, ORMUS. ¿Cómo no lo he visto antes? Esas palabras se encuentran en Nôtre Dame, en la catedral —dijo Michel.

Chloé y Mathis le miraron sorprendidos.

—Tenemos que ir a la catedral —dijo Michel dirigiéndose a la salida.

—Pero, estará muy vigilada y... —intentó advertirle Mathis, pero el profesor estaba decidido. Salió del despacho sin despedirse, parecía haber recuperado una fuerza inesperada.

Sus amigos le siguieron, parecían asombrados por su repentino presentimiento.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Chloé.

—Lo hacían delante de nuestras narices. Dios mío, a veces las cosas más evidentes son las más ocultas. No hay mejor lugar para esconder un secreto que delante de la vista de todos —dijo enigmático el profesor.

—No te entiendo —dijo la mujer.

—Delante de la fachada quemaron a los últimos templarios. Justo delante. Felipe el Hermoso debía saberlo, por lo menos lo imaginaba.

—¿El qué imaginaba? —preguntó Mathis impaciente.

—El secreto del Priorato de Sion y los Templarios, su gran secreto.

TERCERA PARTE

EL GRIMAL

26. Las puertas del Infierno

Rennes-le-Château, 1 de enero de 1917

El padre Saunière se levantó a duras penas de la cama y se puso el abrigo sobre el camisón. Logró atravesar el corto pasillo en mitad de la noche y salió al frío invernal para dirigirse a la torre de Magdala. Mientras caminaba con pasos cortos y torpes, vio una pequeña luz por las ventanas. Notó un escalofrío que le recorría la espalda. Recordó la trágica muerte del párroco de Coustaussa, su amigo Jean Antoine Gelis que había sido brutalmente asesinado un par de años antes. En los últimos días dos sacerdotes de Rennes-les-Bains habían corrido la misma suerte. Los inspectores de policía habían ido a verle unas semanas antes, aunque él no les había contado nada. ¿De qué serviría abrir su corazón ahora que su muerte estaba tan cerca? Había traicionado todo lo que amaba y respetaba. Había fallado a su fe, a su familia y a su país, ¿qué más podía traicionar? Su alma ya no descansaría en paz. Estaba destinado al fuego eterno, el Diablo no tardaría mucho en reclamar su alma.

La Gran Guerra había destruido su esperanza del nacimiento de una Francia nueva, decente y con orden. Por el contrario, parecía que los teutones terminarían por dominar el mundo. Llegó a las escaleras y subió con torpeza los peldaños, empujó con fuerza la puerta helada y entró en la sala forrada de madera. Alguien había encendido las velas y los libros brillaban en las estanterías de madera como pequeñas piedras preciosas. Miró hacia arriba, parecía que se escuchaba pasos en las almenas. Se remangó el abrigo y ascendió hasta la parte más alta del edificio. En cuanto salió de nuevo al exterior notó el aire gélido. La nieve aún cubría el suelo de piedra y al fondo, en medio de las sombras, pudo observar una figura fantasmagórica. Intentó retroceder y volver al interior, pero la sombra se acercó hasta él. No podía moverse, se encontraba paralizado.

—Buen siervo, dentro de poco te reunirás con tu señor. Es el momento de que otros tomen tus trabajos —dijo una voz ronca, casi gutural.

—Pero...

—Ahora que los cruzados están de nuevo en Tierra Santa y han expulsado a los turcos, las profecías se están cumpliendo y tu propósito ha terminado.

—No puedo, todavía tengo una última misión. Debo entregar nuestro legado al próximo gobernante de Francia —dijo el anciano párroco.

La figura se aproximó y por fin el sacerdote pudo ver sus ojos rojizos, su cuerpo negro apenas se distinguía en medio de la oscuridad.

—¡No! —gritó la sombra con una voz tan estridente que resonó en todo el valle.

El sacerdote se escurrió hacia atrás y cayó escaleras abajo. Cuando su cuerpo llegó a la biblioteca, parecía un saco de huesos arrojado en medio de la sala.

27. La búsqueda

Mathis fue el primero en contemplar la hermosa fachada de Nôtre Dame, Chloé y Michel le seguían a pocos pasos. Ya era casi de noche y su fachada completamente iluminada brillaba en medio de la isla de la ciudad. Justo en ese punto había nacido la ciudad medieval. En aquella pequeña isla en medio del Sena habían convivido el poder real y poder religioso durante siglos. Los merovingios lo habían elegido como el centro de su imperio, en la actualidad apenas vivía nadie en ella, casi todos los edificios eran administrativos, pero allí había nacido la bella ciudad de París. Los galos construyeron en la isla una pequeña aldea en el año 52 antes de Cristo, justo en el momento en el que Julio Cesar intentaba dominar toda la Galia. Aquella pequeña tribu llamada Parissi, para protegerse de los invasores, edificó la aldea y una empalizada de madera. Los romanos instalaron años más tarde en esas mismas tierras su primer campamento al mando de Tito Labieno, aunque la ciudad terminó de construirse en la orilla izquierda del río, sobre una colina próxima.

—¡Qué bella es! —exclamó Michel.

Chloé alzó la vista y contempló la catedral y los edificios cercanos.

—¿Cómo no lo hemos pensado antes? Aquí fundó su palacio Clodoveo I, que convirtió la ciudad en capital de los merovingios del reino de Neustria. Odo, en el siglo IX utilizó la ciudad para protegerse de los ataques vikingos y un siglo más tarde se construyó la primera catedral —comentó Chloé.

—Sí, pero este es el edificio posterior del siglo XII, cuando el obispo de París, Maurice de Sully, decidió construir este hermosísimo edificio —explicó Michel.

—Pero lo más interesante es que en este mismo lugar se construyó mucho tiempo antes un templo dedicado a Júpiter; también una basílica dedicada a San Esteban; después reconstruyeron la catedral tanto merovingios, como los carolingios, incluso la obra actual, se levantó con las mismas piedras del edificio más antiguo. Lo curioso es que en pleno año 1160 la advocación de la iglesia cambió por completo. Ya no se dedicó al primer mártir de la Iglesia, San Esteban, sino a Nuestra Señora de París —dijo Michel.

Los tres se acercaron al portal y observaron por unos momentos las figuras que representaban el Apocalipsis. Era una de las fachadas más hermosas del mundo.

—Mirad los muertos saliendo de sus tumbas, los ángeles los están despertando con sus trompetas. ¿No observáis nada extraño? —preguntó Michel señalando con el dedo el tímpano del pórtico.

—Bueno, son guerreros, nobles, damas, caballeros y profetas levantándose de sus tumbas —comentó Chloé.

—¿No lo veis? —insistió Michel.

Los tres amigos miraron fijamente las esculturas durante unos segundos.

—En aquel extremo hay un hombre negro —dijo Mathis.

—Además es el único que observa al frente, mientras los demás miran al ángel. Sin duda tiene un mensaje codificado, como si nos quisieran advertir algo, que la verdadera fe no viene de la Iglesia —comentó Michel.

—La escena de arriba es mucho más tétrica. Los demonios se llevan a los suyos al infierno y los ángeles al cielo. Un diablo intenta manipular la balanza que sostiene el arcángel San Gabriel. Cristo reina en su trono, en toda su majestad, pero no María, la Virgen, que en este portalón parece desplazada —dijo Mathis.

—Observad ahora el portal de la Virgen. ¿Qué veis? —preguntó Michel.

—Los dos están sentados en el trono —dijo Chloé.

—Sí, mientras un ángel corona a María y parece que es ella la que está dando órdenes a Jesucristo —comentó Mathis.

—Al fin y al cabo es su madre —dijo Chloé.

—Sí, pero para los cristianos la Virgen está en poder y autoridad por debajo de Cristo. Ella misma se llamó la sierva del Señor, pero en esta representación la coronan como reina. Una Diosa Reina —dijo Mathis.

—Exacto, abajo están los profetas y los reyes y en el centro un cofre cerrado —comentó Michel.

—Es cierto. Un cofre cerrado —dijo Chloé.

—Un tesoro, el tesoro que encontró el padre Bérenger —dijo Michel.

Michel se fue a grandes zancadas hasta el otro portalón. Se detuvo en seco y señaló de nuevo la fachada.

—Esta parte está dedicada a Santa Ana —dijo Michel.

—La madre de María —dijo Chloé.

—Exacto. Es la exaltación suprema de la Virgen, se la iguala e incluso se la pone como superior al propio Jesús. Incluso está en su regazo como un niño pequeño. Es el triunfo del culto a la Diosa Madre, frente al Hijo de Dios.

—«Culto de hiperdulía», de esa manera llama la Iglesia católica el culto a la Virgen María —comentó Mathis.

—¿Hiperdulía? —preguntó Chloé, que hacía mucho tiempo que había estudiado ese tema y no era experta en esos temas.

—Sí, según la teología católica *dulia* es la veneración a los santos, no a sus imágenes sino a sus vidas. Tomás de Aquino afirmó que no era comparable con la *latría* o veneración por Dios, pero la *hiperdulía* es diferente. María recibe un culto superior al de los santos. Textualmente *hiperdulía* significa la mayor disposición a la servidumbre. Aunque como hemos visto en los portalones, la iconografía la pone al mismo nivel de Cristo. La primera vez que se representó a la Virgen fue en el siglo II en las catacumbas de Roma —dijo Mathis.

—Bueno ella es la *Stella Maris*, la *Domina* y *Regina*. En el Primer Concilio de Éfeso del año 431, se nombró a María como Madre de Dios, aunque los nestorianos

afirmaban que Dios y Cristo eran eternos y María únicamente había transportado a Jesús en su embarazo. A pesar de todo, en el concilio se permitió pintar los primeros iconos de la Virgen María y el Niño. Fue en la Corte de Constantinopla en el siglo VI donde se dio mayor impulso al culto, aunque en Occidente su culto no se extendió hasta siglos más tarde, hasta que el papa Sergio I lo introdujo en él a finales del siglo VII y principios del VIII —comentó Michel.

—Hace unos años estudié el famoso culto a las vírgenes negras. Lo introdujeron los templarios, Bernardo de Claraval era un ferviente servidor de la Virgen y tras las cruzadas extendió su culto por Europa occidental. Muchas de esas vírgenes negras representan realmente a María Magdalena, como pasa en la capilla de Rennes-le-Château, aunque en este caso no sea negra —dijo Mathis.

—Creo que realmente se trataba del culto egipcio a Isis en una isla llamada Philae. De hecho, cuando se ve una estatua de la diosa egipcia junto a una virgen negra ambas son casi iguales —comentó Chloé.

—Por eso las capillas subterráneas. Desde hace dos mil años se ha rendido un culto paralelo a esa Diosa del Cielo o Diosa Tierra en muchas iglesias. Primero fue lo que quedó de la tribu perdida de Dan, más tarde los merovingios, siglos después el renacer cátaro y la aceptación del culto a la Virgen María. Comenzó todo nombrando a María con el título de Madre de Dios, después proclamando su virginidad perpetua, más tarde la Inmaculada Concepción, defendiendo que María nunca tuvo pecado original, como Cristo; por no añadir el dogma de Pío IX, por el que la Virgen ascendió a los cielos como Jesús en cuerpo y alma —comentó Mathis.

—Entonces, en la catedral debía haber otra capilla escondida —comentó Michel.

—Y en ella podremos encontrar la prueba que necesitamos para descubrir el tesoro y dónde se reúne el ORMUS, el grupo principal del Priorato de Sion —dijo Chloé mientras los tres entraban en la bellísima catedral. A aquellas horas apenas había público y pudieron acercarse al altar mayor sin llamar mucho la atención.

28. ORMUS

Michel había estado muchas veces en Nôtre Dame, pero no sabía por dónde empezar. Después de recorrer varias veces el templo Mathis se detuvo frente al mausoleo del conde de Harcourt. Sus amigos le miraron extrañados.

—¿Por qué te paras delante de ese mausoleo? —preguntó Chloé extrañada.

—Estamos buscando la entrada a una cripta e imaginamos que será en una de las partes más antiguas de la catedral, pero en el caso de Mons, la señal para llegar a la capilla secreta estaba en un reloj. Mirad, este mausoleo es muy parecido al de Mons.

Los tres se detuvieron frente al espectacular conjunto del siglo XVIII. Una tumba realmente asombrosa. Claude-Henry, conde de Harcourt, pertenecía a una de las familias nobles más antiguas de Francia. Había muerto en el año 1769, siendo teniente general del Rey y su tumba era espectacular.

—Mirad cómo el ángel levanta la lápida para mostrar el cuerpo del conde, su cuerpo famélico intenta salir del sarcófago, pero al otro lado está la muerte con un velo, que sostiene en una mano un reloj de arena. Es muy parecida la iconografía a la de Mons —comentó Mathis.

—Es cierto, abajo está la condesa velando las armas de su marido —dijo Chloé señalando a la mujer.

Los tres se aseguraron de que se encontraban a solas y Mathis comenzó a tocar las figuras para intentar descubrir algún tipo de apertura, pero fue inútil.

—No hay ninguna forma de bajar —comentó el hombre.

Escucharon pasos y decidieron ocultarse detrás de un confesionario. Poco a poco un pequeño número de hombres y mujeres fue entrando en la iglesia y dirigiéndose a la parte de la sacristía. Esperaron unos momentos y después caminaron hasta allí. Entraron con cuidado en la habitación, pero no encontraron nada extraño.

—¿Por dónde han entrado? —preguntó en un susurro Chloé a su antiguo alumno.

El hombre miró por cada rincón de la sala, al final abrió el gran armario en el que los sacerdotes guardaban sus túnicas sagradas. Mathis las apartó a un lado y examinó el fondo del armario. Al final tocó una pequeña hendidura, dentro había una palanca, la bajó y parte del fondo de madera se abrió.

Un aire fresco le golpeó en la cara, encendió su teléfono y miró en el interior. Había unas escaleras de piedra que descendían hasta un fondo oscuro.

—Será mejor que volvamos en otro momento —dijo Michel.

—Ahora mismo están reunidos. ¿Qué mejor momento que este? —preguntó Mathis.

—Pero nos descubrirán.

—No haremos ruido —dijo Mathis comenzando a bajar las escaleras.

Sus amigos le siguieron después de titubear unos instantes. Las escaleras parecían interminables, pero al final llegaron a una sala amplia, en una pared colgaban un banderín de terciopelo con la palabra ORMUS, al otro lado había unos hábitos rojos con capucha, con el filo bordado en oro. Se los pusieron y comenzaron a caminar por un pasillo estrecho. Escucharon voces al fondo. El pasillo estaba iluminado por antorchas, pero la gran sala de reuniones tenía unas grandes lámparas circulares con velas colgando del alto techo.

Al llegar al borde de la sala les sorprendió ver a casi dos centenares de personas. No habían visto a tantos miembros del Priorato entrar por la puerta principal, por lo que habría otras maneras de llegar a la capilla secreta.

Se colocaron en la última fila de las bancadas, con el rostro gacho para que las sombras taparan su cara. El grupo estaba cantando una especie de himno, después el Gran Maestre levantó las manos y todos se sentaron.

—Hermanos y hermanas, nos hemos reunido en esta noche para rendir culto a Nuestra Señora. Ella es el origen de todas las cosas, por ella surgió el mundo y nosotros somos sus siervos —dijo el hombre levantando los brazos.

Escucharon una letanía repetida por el resto de los miembros y después se hizo de nuevo el silencio.

—Hemos permanecido ocultos cientos de años, pero dentro de muy poco podremos salir a la luz. Llevamos preparando el camino desde hace tiempo, el proceso ha sido lento, pero ya llega a su fin. A lo largo de los siglos hemos cambiado de nombre, cada vez que éramos perseguidos y casi destruidos, volvíamos a resurgir con más fuerza. La fuerza de Nuestra Madre nos ayudaba siempre, cuando parecía que los impíos nos iban a derrotar. Nosotros somos los verdaderos Hijos de la Luz, los descendientes de la tribu de Dan, de nosotros vino la salvación y nuestros antepasados fueron reyes poderosos.

Una nueva letanía lo invadió todo y dos hombres se aproximaron con dos antorchas, cuando el hombre se retiró vieron una cruz en forma de X y una mujer atada a ella. Vestía una túnica blanca y tenía la cabeza hacia abajo, como si estuviera inconsciente.

—Nuestra Señora necesita saciar su sed, ella se alimenta de la vida. Ella que tiene sangre real, tiene que recibir sangre para despertar —comentó el Gran Maestre. Después una mujer le dio una gran copa dorada y el Gran Maestre sacó de su cinto una daga bañada en oro y se dirigió hacia la mujer.

Mathis apretó los puños. No podían permitir que hicieran nada a la chica. Miró a ambos lados y vio dos sogas que sujetaban las grandes lámparas redondas con velas.

El Gran Maestre se acercó a la chica y alzó el cuchillo al cielo. Después pronunció unas palabras en latín y levantó el rostro de la chica. A pesar de la distancia Mathis distinguió perfectamente que se trataba de Victoire.

—Dios mío —dijo en voz baja. Después pegó un salto y con una pequeña navaja cortó la cuerda. Una de las lámparas redondas se cayó sobre el público, fue hacia el

otro lado y cortó la otra cuerda. La sala quedó a oscuras, la gente comenzó a huir, pero él se dirigió pegado a la pared hasta el altar mayor. Los dos hombres con antorchas aún alumbraban al Gran Maestro y a la chica. Intentaron cortar el paso, pero Mathis arrebató a uno la antorcha y prendió la túnica del otro. El guarda salió corriendo como una antorcha humana, mientras el otro le miraba confuso. Mathis logró derrumbarle y se dirigió al Gran Maestro. El fuego se había extendido por la plataforma de madera y los cortinajes con el emblema de ORMUS.

Michel y Chloé llegaron hasta la chica y comenzaron a desatarla, mientras el Gran Maestro se dirigía hacia él con el cuchillo. En ese momento aparecieron dos hombres y agarraron al Gran Maestro por los brazos y le sacaron de allí. A Mathis apenas le había dado tiempo a reaccionar.

El fuego se comenzó a extender por todas partes, no podían salir por donde habían entrado.

—¿Por dónde podemos huir? —preguntó Michel que sostenía a duras penas a la chica con la ayuda de Chloé.

—Tiene que haber otra salida —dijo Mathis.

—Observó las llamas y el humo, sin duda una corriente las movía, podía tratarse únicamente de algún tipo de ventilación, pero debían buscar cuanto antes una vía de escape o morirían asfixiados por el humo o consumidos por las llamas.

29. Libertad

El humo comenzaba a asfixiarlos cuando observaron que uno de los miembros de ORMUS intentaba escabullirse por el fondo de la sala. Mathis logró capturarlo y ponerle una navaja en el cuello. El hombre los llevó hasta un túnel disimulado en el fondo y caminaron por una galería oscura algo más de quince minutos, alejándose del humo y las llamas. Al final llegaron hasta una escala de hierro en la pared. Michel y Chloé subieron primero, intentando sacar a Victoire, que seguía semiconsciente. Después Mathis obligó al hombre a subir. Se encontraban en la parte trasera de Nôtre Dame, justo en los jardines de Jean XXIII. En cuanto recuperaron un poco el aliento, Mathis obligó al hombre a sentarse y quitarse la capucha.

—¿Qué significaba la ceremonia que hemos presenciado? —preguntó al hombre.

El miembro del ORMUS se quedó callado. Le miró con sus ojos pequeños de color claro y agachó de nuevo la cara.

—No tengo mucha paciencia. Estabais a punto de asesinar a mi novia. Te aseguro que no dudaré en cortarte el cuello, después de amputarte uno a uno todos los dedos de las manos —dijo amenazante Mathis.

El hombre tocó su cabeza calva y sudorosa. París era un infierno en medio del verano, pero la temperatura en los túneles de la cripta había subido mucho y todos estaban cubiertos de sudor.

—No le iba a hacer daño. Simplemente iban a tomar un poco de su sangre para bendecir la ceremonia —comentó el hombre.

—¿Un poco de su sangre? —preguntó Michel.

—Sí, forma parte del rito de la fertilidad. Primero se vierte la sangre y más tarde comienza nuestra ceremonia del amor. Llevamos practicando este rito durante cientos de años y no se mata a la víctima.

—¿Qué era esa copa de oro? —preguntó Mathis.

—Una imitación del Santo Grial, la verdadera copa de Cristo. Nuestros antepasados la perdieron, llevamos siglos buscándola —dijo el hombre.

—¿Vuestros antepasados? —preguntó Mathis.

—Bueno, han tenido muchos nombres, pero el último fue el de los templarios. El último gran maestre logró esconder parte del tesoro que custodiamos durante siglos, pero el siglo pasado lo descubrió un sacerdote —comentó el hombre.

—¿Fue Bérenger Saunière? —preguntó Michel.

—Sí, él lo descubrió en su capilla de Rennes-le-Château, aunque lo más importante no fue el dinero, lo más importante era el Santo Grial y lo que simbolizaba. Algunos de nuestros hermanos lograron convencerle para que se uniera

a nuestra causa, pero no quiso desvelar dónde estaba el Santo Grial. Se llevó ese secreto a la tumba.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Michel.

—Las profecías señalan que cuando el Grial aparezca regresará el reino del último merovingio y las palabras escondidas serán reveladas. Por fin el cristianismo será destruido tal y como lo conocemos, resurgiendo la verdadera fe —dijo el hombre totalmente extasiado.

Victoire comenzó a recuperar la consciencia. Parecía que el efecto de la droga con la que la habían dormido empezaba a remitir.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Michel.

—Necesitamos saber algunas cosas más —comentó Mathis.

—Pero, mira el humo. Dentro de poco todo esto se llenará de policías y ambulancias —dijo Chloé.

Quitaron al hombre la túnica y la escondieron entre los arbustos. Después, en medio de la oscuridad, pasaron la orilla del Sena hasta un lugar más discreto.

—¿Qué es ORMUS? —preguntó Mathis al hombre.

—ORMUS es una palabra similar a *Orme*, es una expresión que existe desde el principio. Cuando Dios creó al hombre, mientras vivía feliz en Edén. La Serpiente o *Erom*, que significa «sutil o astuta», tentó a los hombres con conocimiento del Bien y del Mal. Esa serpiente era la representación del dios Enki, también conocido como el astuto. Dios quería mantener esclavo al hombre, pero Enki quería que fuera libre. Muy pocos sabios han conocido ORMUS, el verdadero paraíso perdido. John Milton lo describió en su famoso libro, ese reino está a punto de resurgir: el reino de la cruz y de la rosa o conocido como el Priorato de Sion. La copa o Santo Grial encierra el secreto de la inmortalidad. Jesús reunía la divinidad y la humanidad en sí mismo, Dios prohibió a Adán y Eva acercarse al Árbol de la Vida, pero Cristo era el nuevo Árbol de la Vida. La sangre que contiene ese cáliz nos da la inmortalidad y cuando la alcancemos, el resto de la humanidad nos verá como dioses —dijo el hombre.

—Eso es una locura —comentó Chloé.

—He escuchado antes cosas como esta. Los alquimistas buscaban la fórmula para fabricar oro, pero sobre todo porque creían que este les daría la inmortalidad. Los hombres que posean este poder dominarán el mundo. El deseo del hombre desde el principio ha sido alcanzar la inmortalidad, ser como Dios —dijo Mathis.

Chloé frunció el ceño. Aquellas fantasías se escapaban de su idea sobre el mundo. No creía ni una palabra.

—No lo entendéis. No estoy hablando de magia, hablo de ciencia, una fórmula para alargar la vida, que haría al hombre inmortal. Es la verdadera libertad —dijo el hombre.

—Será mejor que nos marchemos. Si tenemos que encontrar el lugar en el que se encuentra el Santo Grial, cada minuto que pasa es importante —comentó Michel.

—¿Buscar el Grial? Yo no voy a buscar nada —comentó Chloé.

—Pero... si no lo buscamos, ellos lo encontrarán —dijo Michel.

—No creo que exista y si realmente hay una copa antigua, dudo que tenga ninguna de esas propiedades. Es mejor que hablemos con la policía.

Dejaron al hombre al lado del río y los cuatro amigos se dirigieron de nuevo hacia Nôtre Dame. Una gran multitud contemplaba el despliegue policial. En una pantalla gigante cercana vieron una advertencia de atentado terrorista, después aparecieron sus cuatro fotografías. La voz del presentador relacionaba el atentado de Carcasona con el incendio de París y la muerte de varias personas.

30. La última oportunidad

La candidata miró las últimas encuestas y después repasó las noticias. Un nuevo atentado en Carcasona y el incendio de Nôtre Dame le habían dado una ligera ventaja. Cuatro años antes había perdido las elecciones por un margen muy grande, pero esta vez no se le escaparía el trofeo. Estaban demasiado cerca de la victoria. El partido de centro había sido el último intento de la socialdemocracia para sobrevivir, pero ahora nadie podía arrebatárle el poder, ni siquiera el candidato de la derecha.

Cuando su esposo apareció, lo último que imaginaba era que su padre y la organización tenían algo que ver con los atentados.

—Bueno, ¿has visto las encuestas? —preguntó la mujer eufórica.

—Sí —contestó el hombre.

—¿Por qué estás tan serio? —le preguntó la candidata algo extrañada. Llevaban más de cuatro años soñando con ese resultado. En tres días lograrían una aplastante victoria y cambiarían el mundo por completo. El hundimiento de la Unión Europea, el euro y Alemania favorecerían el resurgimiento de una nueva era. Por fin el Priorato de Sion lograría su objetivo y ellos se convertirían en los futuros gobernantes de los países más importantes del continente, aunque ese proceso aún duraría años, simplemente debían sentarse y esperar al fracaso de las democracias.

—Le pedí a tu padre que se ocupara de varias personas que estaban husmeando sobre el Priorato de Sion y habían descubierto una serie de cosas, pero han escapado. El incendio de Nôtre Dame se dio en la capilla inferior. Hemos mandado a nuestros hombres para que no se descubra lo que se hace allí, pero esos molestos investigadores están demasiado cerca de la verdad.

—¿Por qué le encargaste algo así a mi padre? Sabes que él es de la vieja escuela, no entiende de sutilezas ni de matices. Si fuera gracias a sus opiniones radicales y su falta de corrección, nunca llegaríamos al poder —dijo la mujer molesta.

—Pensé que al estar por el sur, sus hombres se encargarían de todo sin hacer mucho ruido —dijo el hombre.

—Encárgate tú. Es mejor que termines el trabajo.

—Gracias a Dios, ahora todos creen que los intrusos son un grupo terrorista radicalizado; introducimos algunos elementos en los escenarios de los atentados y la policía ha mordido el anzuelo. Ahora todo el mundo está obsesionado con el extremismo islámico y es sencillo que cualquier cosa parezca un atentado —comentó el hombre.

—Está bien, pero los quiero muertos. Mientras puedan contar a alguien lo que saben son un peligro.

El hombre tomó el teléfono y marcó.

—Buenas noches, por favor eliminen a esos sujetos en cuanto los tengan a tiro. No puede quedar ninguno con vida, aunque antes comprueben si llevan algún objeto importante. Gracias.

Después dejó el salón y se dirigió a su despacho. El comisario Faure era muy efectivo. Ya había cumplido con su deber en varias ocasiones. Era una de las ventajas de tener a los hermanos de Priorato de Sion en todas partes. ORMUS, la élite del Priorato, era muy poderosa, llevaba siglos buscando ese preciso momento y nadie podría robárselo. Aunque él estaba más interesado en el Santo Grial que en el poder. El poder siempre era temporal, el inexorable paso del tiempo podía destruir hasta al rey más poderoso. Se dirigió a la entrada y tomó las llaves del Ferrari. Él estaría presente mientras sacaban la información a esos malditos fisgones. Sería el primer hombre inmortal y entonces ya nada volvería a ser lo mismo.

31. El anciano

Se encontraban en un estado de nervios lamentable. La policía sospechaba de ellos y para colmo los perseguían los miembros de una de las sociedades secretas más poderosas de Europa. ¿Qué podían hacer dos profesores universitarios y dos restauradores contra aquel grupo tan poderoso? Se dirigieron hasta el Barrio Latino. Michel aún conservaba un par de amigos en aquella zona, llevaba años sin contactar con ellos, pero confiaba que los pudieran ocultar hasta que aclararan sus ideas. Primero se encaminaron hacia la rue de la Harpe. En poco más de diez minutos estaban frente a la gran puerta de madera tocando el timbre, pero nadie les respondía.

—Estamos en pleno verano. Seguro que mis amigos están de vacaciones. París puede ser un infierno los meses de julio y agosto —comentó Michel.

—Pues se nos están terminando las opciones —dijo Mathis.

Victoire había recuperado en parte el color, pero apenas hablaba y caminaba con la ayuda de Chloé.

Caminaron hasta la rue de la Parcheminerie, pasando junto a la iglesia de Saint-Séverin. Un anciano mendigo se puso delante de ellos para pedirles algo de dinero, pero lo ignoraron.

—Señores, vosotros que buscáis la verdad, puede que la tengáis enfrente de vuestros ojos.

Michel se giró al escuchar aquellas palabras. El mendigo sonrió, su rostro estaba limpio y su dentadura perfecta brillaba en medio de la noche.

—¿Quién sois? —preguntó el hombre.

—No es una pregunta fácil de responder, pero podéis llamarme el anciano. Creo que la policía no tardará mucho en dar con vosotros si continuáis vagabundeando por la calle. Vuestra cara está en todas las pantallas y televisiones de Francia.

El grupo se detuvo y se giró hacia el hombre.

—En mi casa tendréis refugio. Sé quiénes sois de verdad y qué estáis buscando.

Los cuatro se miraron.

—Soy el Gran Maestro de los Guardianes del Grial. Será mejor que me acompañéis antes de que alguien nos descubra.

Cruzaron la calle y se dirigieron directamente a la iglesia de Saint-Séverin. Entraron en la capilla y el hombre los llevó hasta la rectoría. Allí les dio algo de bebida y les permitió descansar un poco.

—¿Por qué nos ayudáis? —preguntó Michel.

—Tenemos un enemigo común: el Priorato de Sion. Hace siglos nos arrebataron el Santo Grial, durante la Primera Cruzada, cada vez que hemos intentado recuperarlo hemos fracasado, pero ellos llevan desde el siglo XIV buscándolo. Nuestra misión es

que no lo encuentren, hay cosas que es mejor no llegar a saber o descubrir —dijo el anciano, que, tras quitarse las ropas de pordiosero, parecía mucho más joven y fuerte.

—He oído hablar de su orden. ¿Cómo pueden estar tan próximos a Nôtre Dame y que no los hayan descubierto? —preguntó Mathis.

—Aquí se construyó la ermita de Saint-Séverin en el siglo VI, pero los vikingos la destrozaron en el siglo XI. En los siglos posteriores los caballeros hospitalarios se alojaron aquí, Isaac Coustin está enterrado aquí. Desde entonces nos instalamos secretamente en la iglesia, para vigilar de cerca Nôtre Dame. Sabíamos que esos impíos se reunían dentro de la catedral. Ellos siempre han actuado en secreto, pero no para nosotros. Nadie había estado tan cerca de descubrir la ubicación del Grial desde la Segunda Guerra Mundial.

—Pero ¿cómo es que ningún investigador lo ha encontrado hasta ahora? —preguntó Michel.

—No hay nada peor que buscar en el lugar equivocado —dijo Mathis.

Mathis se fijó en un cuadro de la pared con la pintura de *Los pastores de la Arcadia*. Miró la tumba, a los pastores.

—¿Cómo dijo antes? —preguntó al Gran Maestre.

—Comenté que no hay nada peor que buscar en el lugar equivocado. Siempre hemos buscado lo evidente. Los pastores, la tumba, pero que sucede con las montañas. Ese paisaje puede ser en el que se oculta el Grial —dijo Mathis.

»Se ha logrado descubrir la ubicación de las tres montañas. Realmente, aunque el pintor las dibujó juntas, están distantes unas de las otras. La de la derecha se encuentra en Le Cardou, la del centro en La Pique Grosse en Bugarach y la última es parte de la montaña en la que está el castillo templario de Bezú.

»¿No os dais cuenta? Tres picos, tres pastores, la trinidad. ¿Desde que sitio se puede observar estas montañas desde el mismo ángulo en el que fueron pintadas? Las tres montañas forman un triángulo.

»Miren el acantilado de Bezú y el castillo están representado desde de Pike en Bugarach. El Cardou desde el castillo de Tipliés y el pico Grande de Bugarach está representado desde Cardou.

Mathis dibujó un triángulo en un mapa con las tres montañas.

—El triángulo da el cociente del oro —dijo sorprendido Mathis.

—¿Cómo? —preguntó Michel.

—Sí, la cifra es 1,618. El Triángulo de oro es un triángulo rectángulo. Si tomamos las distancias tenemos el castillo templario de Cardou 6,45 kilómetros, castillo templario de Piqué Grosse 5,56 kilómetros y el pico de Cardou a 8,53 kilómetros. Si aplicamos el teorema de Pitágoras, nos da 72,5 - 72,8. Eso nos da que el tesoro tiene que estar el castillo de Bezú. Es la clave —dijo Mathis.

—Es uno de los lugares que hemos buscado. No hay nada en el castillo —comentó el Gran Maestre.

—El Grial tiene que estar allí —insistió Mathis.

—El castillo fue edificado por los celtas, después ocupado por los romanos, visigodos y musulmanes. Los merovingios lo reconstruyeron y en la Edad Media, hacia el siglo XI, perteneció a los condes de Razès, que también dominaban Carcasona. El castillo durante el siglo XI perteneció a Bernard Sermon. El señor barón de Hautpoul poseyó el castillo en el siglo XVIII, el mismo que era señor de Rennes-le-Château.

—El mismo que aparece en los misteriosos documentos encontrados por Bérenger —dijo Michel.

—Bueno, si el tesoro se encontraba allí Bérenger Saunière lo supo y seguramente lo sacó de su escondite —comentó el anciano.

—Eso nos deja como al principio —comentó Chloé.

—¿Qué otras tumbas pueden darnos alguna pista? —preguntó Mathis.

—La tumba de Marie de Nègre D'Ables, que estudiamos —comentó Victoire.

—Una tumba muy similar fue la del propio sacerdote. ¿No la vieron? —preguntó el anciano.

—Yo la vi en una ocasión, pero cuando estuvimos hace unos días apenas nos dio tiempo —comentó Michel.

—Lo más significativo es que la losa de la tumba está partida en dos. Algunos han creído que una de las mitades pertenece a la tumba de Marie de Nègre D'Ables —comentó el anciano.

—El Grial no puede estar allí. Sería el primer sitio en el que todos buscarían —dijo Mathis.

En ese momento escucharon un golpe fuerte y pasos que se dirigían hacia la sacristía.

—Creo que nos han encontrado. Por favor, síganme —dijo el anciano mientras dejaban la habitación por una de las puertas y se dirigían a los jardines. El calor de la noche y el silencio se tornó de repente en caos. Varios Guardianes del Santo Grial salieron armados de varios edificios y comenzaron los zumbidos de los fusiles con silenciador y los fogonazos de las balas, mientras todos se tiraban al suelo.

32. Los herederos de los merovingios

Rennes-le-Château, 22 de enero de 1917

Bérenger Saunière se decidió a salir al jardín. La nieve cubría la mayor parte del suelo. Sentía una profunda tristeza, como alguien que se acerca a su destino y descubre que ha traicionado todo lo que amaba y daba sentido a su vida. Caminó torpemente hasta el murete y subió con dificultad por la escalera. Después miró al horizonte enturbiado por las nubes grises que parecían devorar el paisaje matinal. Se sentó sobre la nieve, sintió el frío que calaba su abrigo y camisón, pero frío le alivió, como si su cuerpo ardiese.

Marie Dénarnaud se acercó a grandes pasos apretando su chal de lana. Se paró enfrente de su señor y frunció el ceño, como una madre que acaba de pillar a su hijo haciendo una travesura.

—Hace un día de mil demonios. No tiene que estar aquí.

—No nombre a ese maldito ser, mucho menos en este lugar sagrado —se quejó el sacerdote en un último alarde de fuerza.

—Lo siento, padre, pero este frío le matará.

—No tardaré en morir de todas formas. No es eso lo que me preocupa en este momento. He preparado el testamento, usted cuidará de todo esto hasta que el tiempo inexorable destruya tanta vanidad, pero le ruego un último servicio —dijo el hombre colocando su mano derecha sobre el pecho.

—Señor, no será el último servicio que os haga. Apenas habéis cumplido sesenta y cinco años. Aún os quedan muchos años de vida.

—Dios no te oiga, es mejor morir en gracia que vivir enseñoreado por el pecado —dijo el hombre que comenzó a toser.

—¿Pecado? Sois un santo, todo el pueblo os tiene por un mártir de la fe, ese maldito obispo os odia y ambiciona todo esto.

—Dejadme hablar, me encuentro muy fatigado.

La mujer se quedó con las manos aferradas delante del cuerpo, mostrando una tensión que no sabía disimular.

—He dejado un paquete en la entrada de la casa, junto al perchero. Tiene que llevarlo hoy mismo a correos. Está escrita la dirección en el paquete. Si alguien le pregunta por él, nunca lo ha enviado y no sabe de qué le hablan. ¿Entendido?

—Sí, padre. Por favor, volvamos dentro.

El hombre se levantó con dificultad y se aferró al brazo de la mujer, pero apenas había dado un par de pasos cuando un fuerte dolor en el pecho le dejó completamente

paralizado. Cayó de rodillas y la mujer intentó volver a levantarlo sin éxito.

—¡Dios mío! —comenzó a gritar.

El hombre se quedó tendido sobre la nieve con la vista perdida. Parecía una sombra sobre la alfombra blanca. Comenzó a llorar mientras rezaba al cielo por su alma.

—¡Dios mío, ten piedad de mí! Ellos han intentado ocultar la verdad, que el tiempo muestre al mundo la luz que pretenden apagar. Que mi muerte no sea en vano.

La criada corrió hacia la casa pidiendo ayuda. Béranger se quedó solo, siempre lo había estado. El hombre nace del seno de su madre, para convertirse en un ser solitario en busca de sí mismo. El padre Saunière observó cómo en medio del cielo gris surgía un pequeño rayo de sol y cerró los ojos mientras le invadía un profundo sueño.

33. El tesoro

La pequeña batalla campal del jardín parecía una escena de película a la que se le hubiera quitado el sonido. Los miembros del Priorato de Sion disparaban desde la puerta de la sacristía a los Guardianes del Grial, los zumbidos les pasaban por encima de la cabeza y de vez en cuando alguno de los miembros de uno y otro bando caía al suelo negro de la noche.

Mathis intentó reptar hasta los arbustos, pero no quería abandonar al resto de sus amigos que parecía paralizado por el miedo. Victoire comenzó a seguirle, pero apenas había avanzado un par de metros cuando sintió un impacto en la espalda.

—Me han dado —dijo la joven con los ojos llorosos.

Mathis retrocedió e intentó ayudarla a moverse, pero sangraba copiosamente. El hombre la aferró, como si su simple abrazo pudiera frenar la hemorragia y evitar su muerte.

—Mathis —dijo la mujer llorando. Sentía que la vida se le escapaba poco a poco, como si se deslizara por una pendiente hacia el abismo.

—¡Victoire! —gritó el hombre. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo que sentía por ella. Siempre había intentado esquivar los sentimientos, como si fueran un lastre que necesitaba soltar para seguir a flote.

La mujer tosió y después se quedó con los ojos fijos en la nada. Mathis la abrazó con más fuerza, pero su vida se había escapado en aquel mismo instante, dejando únicamente un cuerpo inerte.

Vio cómo los pocos Guardianes del Grial que quedaban con vida huían por la puerta de la tapia que daba al exterior. Los dejaban solos ante el peligro. Cuando logró girarse una docena de soldados del Priorato de Sion los apuntaban con sus armas.

Un hombre se adelantó y los miró con desprecio.

—Póngase en pie. Ya es hora de que terminemos con todo esto —dijo el hombre mientras los apuntaba con un arma.

Se pusieron en pie delante del cuerpo de Victoire. Mathis se tapaba la cara con las manos, mientras sus lágrimas recorrían sus dedos hasta las muñecas. Se los llevaron a la fuerza hasta la entrada de la iglesia y los subieron a dos coches cuatro por cuatro de color negro. Después salieron de la calle a gran velocidad. París parecía dormida a aquella hora, como si el terror de los atentados hubiera anestesiado su corazón asustado.

Los coches atravesaron las calles solitarias y salieron por el oeste de la ciudad. Tras un par de horas se detuvieron frente a una gran verja y entraron en las tierras de

una hacienda. Durante algo más de diez minutos los vehículos circularon por una estrecha carretera de asfalto recién echado.

La única luz en medio de la oscuridad brillaba a lo lejos. Tras unos minutos brillando entre el bosque, comenzó a crecer hasta tomar la forma de una mansión versallesca; pararon frente a la puerta principal y los soldados del Priorato de Sion los hicieron bajar con premura, empujándolos hasta la puerta principal.

Los tres entraron confusos a un inmenso recibidor y los guardas los condujeron hasta el salón principal. Allí, un anciano sentado en un sofá los esperaba. Vestía un traje azul oscuro, una camisa blanca y una corbata oscura. Les miró a través de sus gruesas lentes e hizo un gesto para que se sentasen. Mathis se resistió y uno de los hombres le forzó hasta que se derrumbó en el sillón de enfrente.

—Bueno, creo que ya han armado suficiente revuelo.

—¿Por qué no nos mató en la iglesia? —preguntó Mathis desafiante.

—No me hubiera importado demasiado. No es la primera vez que ensucio el suelo de una iglesia con sangre. Al fin y al cabo el cristianismo se basa en la sangre. ¿Cuánta gente ha muerto y matado por la fe? —preguntó cínicamente el anciano.

—Usted es... —dijo sorprendida Chloé.

—Sí, Jean-Pierre Proucx. Veo que se sorprenden; bueno llevo toda la vida detrás de ese misterio. La presidencia de Francia a su lado es un maldito juego de niños.

—No lo entiendo —dijo confundida Chloé.

—De qué sirve a un hombre gobernar el mundo si pierde su alma, otra cosa sería si viviéramos inmortalmente. ¿No cree?

Michel adelantó un poco el cuerpo, le miró directamente a los ojos.

—No creerá todas esas estupideces de que en veinte años vamos a ser inmortales. Me temo que ni usted no yo estaremos aquí para verlo. Es la ambición de los seres humanos.

—No ha leído las tesis de José Luis Cordeiro, ingeniero mecánico de MIT, MBA por Insead. Al parecer el secreto de la inmortalidad se encuentra en las células cancerígenas. Esas mismas, que asesinan a millones de personas cada año, tienen el secreto de la vida eterna. Las células cancerígenas no mueren, su mutación las hace eternas. El envejecimiento no es algo irreversible. El ser humano se convertirá en Dios muy pronto, lo único que nos falta es alcanzar la inmortalidad. ¿No lo entienden? El mito del Edén cambiado para siempre. Puede que algunos no acepten este cambio por sus prejuicios religiosos. Pobre infelices. Unos pocos elegidos evolucionaremos porque el ser humano no es el fin de la evolución, es el inicio de una evolución consciente, una evolución creada por diseño —dijo Jean-Pierre.

—¿Qué tiene todo eso que ver con el Grial y Cristo? —preguntó Michel.

—Él fue el primer hombre evolucionado, por alguna razón o mutación genética, Dios lo creó sin ese gen de la mortalidad. Si consigo su sangre, podré encontrar la inmortalidad que el ser humano lleva anhelando durante siglos.

—Nosotros no sabemos dónde está el Grial —dijo Michel.

—Estamos informados de que el sacerdote Bérenger mandó un paquete el mismo día de su muerte. Sabemos que lo envió a París, pero desconocemos el destinatario. Aunque tenemos una sospecha. Usted, señor Michel Bel, podrá ayudarnos a encontrarlo —dijo Jean-Pierre mientras ordenaba a sus hombres que encerraran a los tres en una celda en el sótano.

34.El precio del Elíseo

Durmieron toda la noche. Se sentían tan agotados que en cuanto recostaron sus cabezas sobre los camastros cayeron en un profundo sueño. Un guardia los despertó a primera hora de la mañana y les dio un desayuno liviano. Después los llevaron de nuevo ante Jean-Pierre.

—Espero que hayan descansado, hoy les espera un día largo y complicado. Les prometo liberarlos en la frontera de Alemania si me sirven de intermediarios. Hace poco más de un año uno de nuestros investigadores, que lleva casi una década buceando en los archivos sobre Rennes-le-Château y el Dossier Secreto que se encuentra en la Biblioteca Nacional, encontró una vieja ficha de ingreso. La ficha con los documentos del Priorato de Sion y, lo que es más importante, tres objetos bajo el nombre de piezas de Rennes-le-Château. Por más que ha investigado no ha encontrado dichas piezas. Pudiera ser que alguien las enviase a un museo, pero no hay ni rastro de ellas. Me inclino a pensar que el director de la Biblioteca Nacional si conoce su paradero.

—¿Cómo es posible? Somos amigos desde hace años y nunca me ha contado nada de esas reliquias enviadas por Saunière —dijo Michel sorprendido.

—A veces nunca uno termina de conocerse por entero a un hombre —dijo Jean-Pierre.

—Pero ¿cómo nos aseguraremos de que después nos dejará libres? —preguntó Michel.

—Tienen mi palabra. Cuando consiga el Grial me importará muy poco lo que puedan contar. Pero para asegurarme de que me traerán la pieza, su amiga se quedará conmigo hasta que regresen.

—¡Ni hablar! —gritó Mathis.

—¿Prefieren que mate a los tres? Puede que me resulte más difícil entrar en la Biblioteca Nacional sin levantar sospechas, pero no duden que lo haré. Aunque tenga que mover hasta el último papel. Queda un día para las elecciones, mi hija muy pronto estará en el poder y seré totalmente inmune. Con unos meses de investigación encontraré la fórmula y seré inmortal —comentó el hombre.

—Será mejor que hagamos lo que dice —dijo Chloé a sus amigos.

—No me fío de su palabra —contestó Mathis, sin importarle lo que pudiera pensar aquel hombre.

—Será mejor que hagamos lo que pide —dijo Michel.

Jean-Pierre extendió la mano y le dio un teléfono.

—Está programado para únicamente permitir llamadas al director de la Biblioteca Nacional y a mi número personal. No se desprenda de él, no intente hacer otro tipo de

llamadas. No podrá y además el teléfono me enviará un mensaje de advertencia.

—De acuerdo.

—Ahora llame y quede con él. Coméntele que irá con su amigo Mathis, que han descubierto algo importante. Dígale que necesita verle hoy mismo, esta noche, cuando no haya muchos curiosos, justo unos minutos antes del cierre.

—Pero ¿qué sucederá si no sabe de lo que hablo? —preguntó Michel.

—Lo sabrá —contestó secamente Jean-Pierre.

—¿Y si no quiere entregarlo? —preguntó Mathis.

—Tendrán que tomarlo por la fuerza. Nuestro vehículo los espera en la puerta, si sospechamos que han avisado a la policía o han escapado, su amiga morirá. Además, no descansaremos hasta encontrarlos a los dos.

Michel tomó el teléfono y llamó al director de la Biblioteca Nacional. Esperó aguantando la respiración hasta que por fin el hombre contestó.

—Didier, soy Michel. Necesito contarte algo urgente. Hemos descubierto lo que buscábamos. ¿Podríamos vernos esta noche?

—Estimado Michel, tengo dos entradas para la ópera. No es normal que haya funciones en verano, pero hay una compañía italiana...

—No te robaré mucho tiempo. Seré breve, te prometo que podrás ir a la ópera.

—Está bien. Todo sea por los viejos tiempos.

—Estaré allí con mi amigo Mathis justo media hora antes del cierre de la biblioteca —dijo Michel.

—De acuerdo, buen amigo. Te espero. Estoy impaciente por lo que me puedas contar. Un abrazo.

En cuanto el hombre colgó el teléfono, Michel comenzó a sentir un poco de alivio. No acostumbraba a mentir, pero, sobre todo, no quería implicar a otra persona inocente más en todo aquel asunto.

—Lo ha hecho francamente bien. En unas horas serán libres, yo tendré lo que deseo y todos contentos —comentó Jean Pierre sonriente.

Llevaron de nuevo a los tres al sótano y un par de horas más tarde les sirvieron el almuerzo. Antes de salir hacia París, los guardas les facilitaron ropas nuevas y los subieron hasta el recibidor. Allí los esperaba Jean Pierre apoyado sobre un bastón con una cabeza de dragón en el mango.

—He preparado unos pasaportes falsos, por si prefieren empezar una nueva vida. Les buscan en todo el continente como terroristas peligrosos —dijo el anciano.

—No creo que la policía crea esa versión —comentó Mathis.

—La policía está en alerta máxima, cualquiera puede ser un terrorista y estoy seguro de que no preguntarán antes de disparar. Pero eso dependerá de ustedes.

—¿Qué sucederá si su hija no gana las elecciones? —preguntó Michel.

—Estuvo a las puertas hace cuatro años, pero ese candidato de centro izquierda le arrebató el puesto, aunque el tiempo nos ha terminado beneficiando. En este momento el Partido Socialista es irrelevante, el centro se ha deshecho como un

castillo de naipes y la fuerza de la derecha es irrisoria. Somos la última esperanza de Francia —dijo Jean-Pierre con una sonrisa cínica.

—Triste esperanza —comentó Mathis.

—Los socialdemócratas llevan más de dos décadas generando descontento en la clase media y obrera francesa. Su discurso centrado en los inmigrantes y las virtudes de la globalización han hecho que este país sea irrelevante en el mundo. De estas cenizas surgirá mucho más que una Francia libre, nacerá un nuevo imperio con lo mejor de Europa sin esa escoria del sur. España, Portugal, Italia y Grecia serán nuestros siervos, un bello lugar para pasar en verano y mano de obra barata.

—Es usted despreciable —dijo Mathis con un gesto de repulsión.

Dos de los matones estuvieron a punto de abalanzarse sobre el hombre, pero el anciano los detuvo.

—Dejen que ladre. Ya les queda muy poco tiempo a la gente como él para soltar sus arrogantes insultos. Muy pronto el mundo será como yo quiera. Orden, limpieza de sangre y una nueva religión. Un hombre convertido en Dios, que no morirá jamás.

Los dos matones empujaron a Michel y Mathis hacia la puerta. Después los introdujeron en el coche y salieron en dirección a la ciudad.

Una hora más tarde se encontraron ante las puertas de la Biblioteca Nacional. La oscuridad comenzaba a invadirlo todo, aún había mucha gente por la calle, pero las elecciones del día siguiente y el temor a nuevos atentados las vaciaba rápidamente.

No hay nada como el miedo para mantener el orden, pensó Mathis mientras descendía del vehículo y miraba hacia la fachada principal de la Biblioteca Nacional.

Se dirigieron a información y preguntaron por el director. El funcionario les miró con extrañeza, su jefe no solía recibir a nadie a aquellas horas.

Unos cinco minutos más tarde ascendían de nuevo por las escaleras hasta el despacho del director. Debían encontrar el Grial o Jean-Pierre cumpliría con sus amenazas. A ellos no les importaban las leyendas sobre el Grial, lo único deseaba era volver a ver con vida a Chloé y que toda aquella pesadilla terminase de una vez por todas.

35. La última elección

Subieron las escaleras y entraron sin llamar al despacho. A aquella hora ya no estaba la secretaria ni el resto del personal administrativo. El director estaba sentado en el escritorio escribiendo en el ordenador. Vestía de esmoquin negro y a pesar del calor tenía un abrigo colgado de una percha cercana. Sin levantar la vista de la pantalla les pidió que pasasen.

—Disculpad, en un momento os atiendo. Siempre que uno tiene prisa surgen problemas de última hora.

—No te preocupes —comentó Michel.

Un par de minutos más tarde el director se levantó del escritorio y saludó a los dos hombres con cariño. A pesar de sus ropas nuevas tenían un aspecto demacrado, profundas ojeras, el rostro sin afeitar y el semblante triste.

—¿Os encontráis bien? —preguntó preocupado el director.

—Sí, simplemente estamos agotados. Llevamos detrás de la búsqueda del misterio de Rennes-le-Château mucho tiempo —comentó Michel.

—Por favor, tomad asiento. ¿Qué era eso tan importante que querías contarme?

—Bueno, creemos que hemos descubierto dónde está parte del tesoro encontrado por Bérenger Saunière —dijo Michel sin muchos rodeos.

—Me parece increíble, siempre pensé que se trataba simplemente de un mito. No creo ni una palabra de los *Dosieres Secretos* que hay en la biblioteca. El Priorato de Sion y sus conspiraciones son el resultado de la fantasía de la gente y el negocio fraudulento de unos pocos charlatanes.

—Puede que tengas razón, pero Saunière descubrió algo. Un tesoro que todo el mundo lleva buscando durante más de cien años —comentó Michel.

—Tesoros, ritos misteriosos. Pensaba que ya habías abandonado esas cosas y que únicamente se regías por la razón —dijo el director.

—Necesitamos que nos cuentes la verdad —dijo Mathis, intentando ir al grano. No tenían mucho tiempo, los esbirros de Jean-Pierre se pondrían nerviosos y Chloé pagaría las consecuencias.

—No sé de qué me hablas —dijo el director.

—Sabemos que el padre Saunière envió un paquete a la Biblioteca Nacional el mismo día de su muerte. Hemos encontrado la ficha de ingreso de esos objetos. No aparecen en los catálogos y nunca nadie los ha visto. No sabemos qué pasó desde su llegada en el verano de 1917 y la actualidad —comentó Mathis.

—No me consta dicha información. Yo soy director desde hace pocos años —dijo el hombre repiqueteando sus dedos sobre la mesa de madera.

—Lleva en la biblioteca desde los años setenta. Seguro que sabe más de lo que dice —comentó Mathis.

Su amigo Michel no daba crédito y sentía una profunda angustia al comprobar cómo su amigo le había estado ocultado esos papeles y objetos durante años.

—Lo siento, pero no tengo más tiempo. Pensé que habíais descubierto algo, no que me acusaríais de mentir y ocultar un tesoro nacional. Soy un alto funcionario de Francia, no un vil ladronzuelo —dijo el hombre poniéndose de pie.

Mathis saltó por encima de la mesa, tomó al hombre por el cuello y le golpeó contra la mesa. Le partió la nariz y comenzó a sangrar copiosamente.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Mathis.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó el hombre, mientras la sangre le chorreaba por la camisa del esmoquin.

—Ya le he comentado que no tenemos tiempo. ¿Dónde lo esconde?

El hombre intentó tocar un timbre de alarma debajo de la mesa, pero Mathis le volvió a golpear y lo alejó del escritorio.

—¡Maldita sea! ¡Juro que le mataré aquí mismo y luego buscaré esos objetos por todo el despacho!

—Está bien —comentó el hombre tembloroso. Después señaló la pared de estanterías.

Los tres se dirigieron hacia el fondo.

—Está todo en la caja fuerte.

El director empujó un panel y vieron la caja acorazada de color bronce. El hombre marcó unos dígitos y la abrió. Era amplia, dentro había varios objetos valiosos, entre ellos una caja de madera labrada. La sacó con cuidado y la llevó hasta la mesa. Después extrajo otros documentos.

—Esto es todo lo que mandó el sacerdote. El anterior director me lo legó para su custodia. Lo que contiene esa caja y esos documentos es demasiado peligroso. ¿Lo entendéis?

Los dos le miraron sorprendidos.

—¿Qué contiene la caja? —preguntó Michel.

—Bueno, durante todo este tiempo se han realizado todo tipo de análisis. Sabemos que es del siglo I, posiblemente de la primera mitad. La labró un carpintero, la madera es cedro del Líbano. La caja tiene el nombre en griego de ΙΗΣΟΥΣ —comentó el director.

—Eso significa Jesús en griego —dijo Mathis sorprendido.

—Sí, es una caja con el nombre de Jesús —contestó.

—¿Piensas que la fabricó el mismo Jesús? —preguntó Michel.

—Es difícil saberlo a ciencia cierta, pero podemos afirmar que es contemporánea, fabricada con madera de la zona, con el nombre de Jesús.

—¿Qué hay dentro? —preguntó impaciente Mathis, que por un momento había recuperado el interés por el Grial.

—Bueno, hay una copa de plata. No es de mucha calidad ni tiene adornos. La que podía poseer cualquier persona con una economía mediana. Ya sabes que lo normal era tener una sola copa que compartía toda la familia.

—¿Podemos verla? —preguntó Michel.

El hombre abrió lentamente la caja y una copa de tamaño mediano brilló bajo la luz de la lámpara. El director la tomó con cuidado en sus manos y se la pasó a Michel.

—Por favor, ten mucho cuidado.

Michel la tomó y la examinó por unos momentos, mientras Mathis no le quitaba ojo.

—Dentro tiene una especie de barro rojizo —dijo Michel.

—No es barro, es sangre —comentó el director.

—¡Es el Santo Grial! —exclamó Mathis tomando la copa.

—Bueno, es probable —comentó el director con poco entusiasmo.

—¿Qué dice? Una caja del siglo I, con una copa en su interior con sangre, con el nombre de Jesús en griego, encontrada en Rennes-le-Château, junto a otros restos. ¿Cuáles son los otros objetos?

—Bueno, se trata de una bolsa con monedas de plata de la época romana, pero también tenemos un manuscrito. Un papiro del siglo I, se ha conservado muy bien. No es muy largo, lo equivalente a unas diez hojas —comentó el director.

—¿Qué contiene el papiro? —preguntó Michel mientras dejaba la copa de nuevo en la caja.

Mathis miraba las monedas romanas, sin duda también eran del siglo I.

—Es una carta escrita por María Magdalena y dirigida a los fieles de Jerusalén. En ella narra cómo pasó por Roma en el año 66, al parecer comenta que Pedro le dio la copa sagrada, temía que el emperador Nerón desatara una gran persecución y se perdiera la copa de la Última Cena. Al parecer viajó a Massilia, actual Marsella, para ayudar a la congregación de la ciudad. En ella habla como testigo presencial de la muerte y resurrección de Cristo —comentó el director.

—¿Cómo no lo han hecho público? —preguntó Michel.

—La caja llegó en plena Primera Guerra Mundial; después se extravió durante años, hasta que un bibliotecario la encontró en los años cincuenta. Tardó mucho en enviarse a analizar, en aquella época era muy difícil datar un objeto. El anterior director la examinó, pero decidió que no era oportuno que se sacara a la luz —les explicó el director.

—¿Por qué? No lo comprendo —dijo Mathis.

—En el año 2012, un grupo de expertos canadienses encontró un fragmento del Evangelio de San Marcos en una momia egipcia. El fragmento es del año 80 o 90. Lo que demuestra que los Evangelios fueron escritos tras la muerte de Jesús y no son documentos tardíos. Esto demostraría no solo la existencia de Jesús, que casi nadie

duda. Corroborar la última cena, los datos básicos de Jesús y el testimonio de una testigo directa —dijo Michel.

—¿De verdad piensas que la gente puede resucitar? —se burló el director.

—Hace poco se veía como imposible el hecho de vencer algunas enfermedades, hablar por las ondas entre continentes o volar. ¿Por qué no resucitar? —preguntó Mathis.

—Esos hechos sucedieron en el siglo I, no tiene nada que ver con la tecnología. Son mitos, inventos —dijo el director.

—Hay una parte que sin duda tiene que ver con la fe, pero el Jesús histórico existió, sus contemporáneos comentaron cosas increíbles de él. Además, este cáliz demuestra que el relato de las últimas horas de Jesús es cierto.

—¿Analizaron la sangre? —preguntó Mathis.

—Bueno, se realizó un análisis, pertenece a un varón semita, es difícil determinar la edad, pero era joven; su ADN nos revela los ancestros, la paternidad o maternidad, también el color del cabello, aunque esto está aún en periodo de investigación. Sería un hombre moreno. No sabemos más —dijo el director.

Mathis le miró por unos instantes. ¿Cómo habían ocultado al gran público todos esos datos? Se dijo mientras miraba el papiro.

—No entiendo qué les ha hecho ocultar toda esta información.

—Es muy sencillo, Mathis. Hay gente que prefiere que Cristo no exista, para ellos su vida plantea un problema. Llevamos más de trescientos años diciendo que el cristianismo es un mito, una religión para débiles. Lo contrario sería reconocer que todos nos hemos equivocado —dijo Michel.

—Eso es absurdo. Nosotros somos científicos, buscamos la verdad —dijo el director poniéndose en pie.

—¿Eso crees? Ni siquiera ahora creemos que exista la verdad. Ya no hay absolutos, simplemente cada uno intenta sobrevivir en un mundo ciego y sordo, sin referentes —comentó Mathis.

—La religión ha enfrentado a la humanidad durante miles de años, si el cristianismo es cierto, millones de fanáticos volverán a la sinrazón y la locura, lo conseguido por la Revolución Francesa se convertirá en algo totalmente irrelevante —dijo el director fuera de sí.

—¿Es mejor defender el engaño? ¿En qué tipo de libertad crees tú? —preguntó Mathis tomando la caja, el manuscrito y la bolsa de monedas.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? No puedes sacar nada de eso de aquí —dijo el hombre abalanzándose sobre él.

Mathis le empujó y el director se derrumbó en el suelo. Los dos amigos se dirigieron a la puerta, corrieron escaleras abajo y llegaron justo a la salida cuando escucharon la alarma.

—¿Dónde van? No pueden salir —les advirtió el guarda de la puerta.

Corrieron y atravesaron la calle a toda prisa, subieron en el coche y en unos minutos el vehículo se alejaba a toda velocidad de la ciudad.

Mathis le susurró a Michel:

—No estoy seguro de que sea una buena idea llevar esto a Jean-Pierre.

—No podemos hacer otra cosa —le contestó Michel.

Llegaron a la gran finca, después atravesaron el bosque, pero antes de llegar, Mathis abrió la puerta y se lanzó en marcha con los objetos guardados en su mochila. Michel le observó mientras corría y se perdía entre la espesura. Uno de los guardas le siguió, mientras el otro informaba a la casa. Michel sonrió, mientras miraba cómo el joven corría. Tal vez Chloé y él no sobrevivirían a aquella noche, pero la verdad saldría a la luz. Un rayo de esperanza en medio de tanta oscuridad y confusión.

36. Sangre Real

Los guardas del Priorato de Sion rastrearon el bosque durante horas sin localizar a Mathis. Jean Pierre recibió un mensaje escueto del teléfono que le había dado a Michel y con el que en el último momento había huido Mathis.

«Si quiere el Santo Grial no haga daño a mis amigos. Le espero la tarde del domingo frente al Sena, en el Palacio del Louvre».

Jean-Pierre sabía por qué Mathis había elegido precisamente aquel lugar. Por la noche se darían a conocer los resultados de las elecciones. Su hija subiría al estrado y anunciaría al mundo su victoria. Rodeados por la multitud, él no podría hacerles daño. Era un movimiento bien jugado, sin duda, tras entregar los objetos, se convertirían en un estorbo que era mejor eliminar.

Mathis salió de la finca y caminó por una carretera secundaria durante más de una hora. Un camionero le llevó hasta las afueras de París y allí tomó un tren de cercanías hasta el centro de la ciudad. Se dirigió directamente hasta la iglesia de Saint-Séverin, necesitaba la ayuda de los Guardianes del Santo Grial. Encontró el templo vacío, no había rastro de cuerpos por ninguna parte, tampoco estaba el de Victoire. Se había dirigido hasta allí para verla por última vez.

Se arrodilló en el suelo del jardín y comenzó a llorar. Tocó la tierra con su mano derecha, como si la oscura mancha roja pudiera devolverle, aunque fuera en parte, el calor de su novia.

—¿Ha vuelto? —escuchó una voz a su espalda.

El hombre se giró y observó el rostro del anciano, el Gran Maestre de los Guardianes del Santo Grial.

—Tengo lo que buscaba esa gente —comentó Mathis.

—¿Tiene el cáliz? —preguntó el hombre sorprendido.

—Sí, lo tengo.

El anciano sonrió y juntó las manos como si estuviera rezando.

—¡Alabado sea Dios! Llevamos cientos de años buscando la copa sagrada.

—No puedo dársela, al menos todavía. El Priorato de Sion tiene prisioneros a mis amigos. Ya han matado a Victoire, no permitiré que hagan lo mismo con ellos.

—Pero si cae en sus manos será una terrible desgracia —dijo el anciano al escuchar las palabras del hombre.

—Lo entiendo, pero no caerá en sus manos. Mañana haré el intercambio en pleno Palacio del Louvre. Allí no intentarán matarnos. Cuando mis amigos sean liberados, únicamente tendrán que arrebatárselo a ellos —dijo Mathis.

—No será tan fácil. No podemos ponernos a disparar en medio de la multitud. Gente inocente podría morir.

—Lo comprendo, pero no veo otra solución.

—Acordonaremos la zona, no se nos escapará. Hemos esperado demasiado tiempo —dijo el anciano.

Mathis dejó la mochila en el suelo y sacó la caja. El anciano se puso las manos en las mejillas, no podía creer lo que veía.

—Aunque tengo una idea. Pueden sustituir la copa por otra. Ellos no la han visto nunca.

El anciano abrió la caja y contempló el cáliz.

—La sangre de mi Señor. La Sangre Real, del Rey de reyes y Señor de señores.

—Será mejor que busque una sustituta —le dijo Mathis.

—Sí, la dejaremos a buen recaudo. Necesitarás descansar un poco, te facilitaré un arma.

—Entonces, ¿no me ayudarán?

—Nuestro deber es proteger el Santo Grial, pero te ayudaremos. Un vehículo te esperará en las inmediaciones; luego os llevarán a un aeródromo que está a pocos kilómetros, allí os estaré esperando. En cuanto lleguéis viajaremos a Tierra Santa. Allí está la sede de nuestra orden. Nunca nadie podrá robar de nuevo el Santo Grial.

Llevó a Mathis hasta una habitación y le prestó ropa limpia, el hombre se duchó y después se dirigió al pequeño salón. El anciano y cinco hombres ya estaban comiendo. Tras la cena todos se dirigieron a la capilla. Realizaron sus oraciones y Mathis se quedó un tiempo más, pensando en Victoire.

—¿No vas a dormir? Mañana será un día largo.

—Estoy preocupado por Victoire. Hacía años que la muerte me era indiferente, pero ahora...

—Lo entiendo. A veces los golpes más duros de la vida nos devuelven la consciencia, en otros casos nos alejan de ella.

—¿Realmente cree en Dios? —preguntó Mathis.

—Tal vez esa no sea la pregunta correcta. ¿Creo realmente en mí? Puede que muchos vean al ser humano como un simple animal evolucionado, pero en mi mente y en mi corazón hay un deseo de eternidad y justicia que no puedo explicar.

—Entiendo lo que dice, mi familia es muy religiosa. Quiero creer, pero me pregunto si puedo hacerlo. La fe ciega me asusta —comentó el hombre.

—A mí también. Estás intentando creer en una idea, pero el cristianismo no es eso. Es creer en una persona. Jesús era un loco, un perverso manipulador o el Hijo de Dios que decía ser. Tú decides.

El anciano abandonó el templo a pasos cortos, mientras Mathis escuchaba el eco de los pies sobre las losas de piedra, sintió que se encontraba en una encrucijada y que, en cierto sentido, llevaba toda la vida esperando ese momento.

37. Una noche larga

La candidata había pasado un día tranquilo. Junto a su esposo habían disfrutado de una jornada en familia. Sus votantes disfrutaban viendo esas estampas ideales y ella estaba segura de que le hacían ganar votos. Su marido parecía ausente, como si aquellas elecciones no fueran con él. La candidata era consciente de la incomodidad que sentía al ser el marido de la futura presidenta de la nación, un consorte sin importancia al que nadie hacía mucho caso. Se habían conocido en el partido, cuando ella era una jovencita algo rebelde, pero demasiado ambiciosa para contradecir a su padre. Él era un joven de familia humilde criado en las más sórdidas calles de las afueras de París. Odiaba a los inmigrantes con toda su alma y había dedicado su vida a expulsarlos del país. Durante mucho tiempo fue el candidato perfecto para suceder a su padre, pero al final, cuando Jean-Pierre se retiró, ella parecía la mejor candidata. Tenía la tenacidad de su padre, pero era más suave en las formas y, sobre todo, era una Proucx.

—¿Qué te sucede? —preguntó la mujer a su esposo.

—Tu padre capturó a esos fisgones, los tiene en la residencia —dijo el hombre.

—¿En la residencia? ¿Por qué no se ha deshecho de ellos?

—Han encontrado la copa sagrada. Ya sabes que él está convencido de que la sangre de Cristo le dará la inmortalidad —bromeó el hombre.

—Bueno, tú has estado convencido de lo mismo mucho tiempo.

—Nunca he creído esas patrañas, aunque sí pienso que tiene algún tipo de poder. Al fin y al cabo, es la sangre del hombre más influyente de la historia. Puede que nos dé buena suerte.

—No creo que la necesitemos —comentó la mujer.

—Nunca se sabe el resultado de una votación hasta que se recuentan todos los votos.

—¿Estás de broma? Francia no tiene otra alternativa. Después de una larga crisis económica y varios presidentes sin carisma, la gente nos ve como a unos verdaderos salvadores.

—¿Acaso no somos eso? —preguntó el hombre.

—Sí, claro. Lo somos, aunque no del tipo que los votantes esperan. El enfermo no sabe qué medicina le conviene y suele tener miedo a los tratamientos drásticos. Mano dura, fuerza y resolución es lo que necesita el país.

—La República tiene sus mecanismos de defensa. El Parlamento, el Tribunal Supremo...

—Fantochadas. Conseguiremos una ley de Excepción; hay una amenaza terrorista sobre nuestras cabezas. Encerraremos preventivamente a los potenciales terroristas y

sus familias, expulsaremos a ilegales y gente desarraigada, destruiremos el euro...

—Ahora no estás en uno de tus mítines, no hace falta que hables así. Lo que me preocupa es ese cabo suelto.

—Cuando gobierne, un simple historiador o restaurador, no me importa lo que sea, no se interpondrá en mi camino. Mi padre podrá tener su juguete y me dejará en paz. Juntos gobernaremos Francia y, dentro de poco conseguiremos una federación de antiguos estados franco-germanos. No necesitamos al resto de Europa, lo único que han hecho es vivir a costa de nuestro dinero.

El hombre se puso en pie y se dirigió hasta el despacho. No soportaba a su mujer. Siempre con sus sueños de grandeza. Para ella era sencillo hablar de esa manera, no había sufrido nunca. Todo lo había conseguido fácilmente. Él se haría con el Santo Grial, cuando consiguiera descifrar todos sus misterios, entonces sería su oportunidad. Primero tendría que deshacerse de Jean-Pierre, ese viejo era mucho más peligroso de lo que aparentaba. No descansaría hasta hacerse con el poder, después pondría a su esposa en el lugar que le correspondía.

La candidata agachó la cabeza y sintió unas profundas ganas de llorar. A medida que se acercaba al poder se sentía más sola. Sus hijos llenaban en parte ese vacío, pero lamentaba que su esposo no pudiera compartir con ella ese momento de gloria.

Se puso en pie y miró por los ventanales. Dentro de poco gobernaría uno de los países más poderosos del mundo. En unas semanas Francia sería libre y Europa sufriría la mayor transformación de su historia. Crisis, inflación, cientos de miles de personas desplazadas a sus países de origen, disturbios... Pero sabía que ella saldría fortalecida de todo aquel caos. De hecho, la gente como ella se alimentaba del miedo, del terror y la confusión, cuando el hombre saca sus instintos más bajos y deja de pensar con la cabeza. El partido y el Priorato de Sion la habían ayudado a llegar donde estaba, pero sería ella la que resucitaría el viejo sueño de un imperio francés. Carlomagno y Napoleón, dos hombres que habían llevado a Francia a lo más alto, ahora le tocaba a una mujer ocupar un puesto en la Historia.

Se preparó una copa, no tenía sueño. La noche sería larga, quería saborearla, como cuando era niña y no quería dormirse esperando que Papá Noel le trajese sus regalos, aquel sería un gran regalo. Todo un pueblo asustado y confuso, atemorizado por el terror y dispuesto a cualquier cosa por recuperar la seguridad y la prosperidad. Se imaginó en el Palacio del Louvre, sobre una plataforma repleta de banderas francesas, cantando *La Marsellesa*, como una misa de réquiem, que anuncia el fin de la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad.

38. Votación

El grupo salió hacia la sede central del partido en París. Jean-Pierre parecía pensativo. La candidata tenía una sonrisa perenne en los labios y su esposo miraba por la ventanilla a la ciudad que comenzaba a recogerse después de una participación récord en las elecciones. Quedaban unos quince minutos para que las televisiones dieran los resultados de los sondeos a pie de urna y los Proucx, que parecían encontrarse tan cerca de la victoria, se tomaban esos últimos minutos con indiferencia, como el corredor de fondo, que pocos metros de la meta está convencido de que la inercia terminará llevándole a la victoria.

—Por favor padre, espero que esta noche no hagas ninguna locura. El intercambio de poderes tardará unos quince días y no quiero ningún escándalo el día de mi victoria —le advirtió la mujer.

—Está todo controlado. Los dos curiosos permanecerán encerrados en una furgoneta en la plaza hasta que te proclamen presidenta, haremos un intercambio limpio y los dejaremos partir, cuando estén lejos de los medios y la multitud, ya sabremos cómo neutralizarlos —dijo Jean-Pierre.

—Por una vez me gustaría que fueras discreto. Nada de estridencias. No quiero que subas al estrado, puedes estar en las fotos oficiales de mañana, pero el cambio tiene que parecer paulatino y tranquilo, ya tendremos tiempo de agitar las banderas —dijo la candidata.

—Tú has conseguido lo que yo nunca tuve —comentó Jean-Pierre.

—Es el momento histórico, la sociedad está dispuesta a hacer hoy lo que nunca hubiera imaginado hace unos años. Creían que nos habían enterrado para siempre, pero la revolución de los años veinte y treinta del siglo pasado sigue vigente. No cometeremos sus errores, pero hay cosas que tenemos que hacer. No podemos que los valores de Europa desaparezcan en medio de esta mezcolanza y mestizaje. Los judíos ya son una anécdota en Europa, pero los árabes y africanos se extienden como una plaga por todo el continente. Alguien tiene que pararlos —dijo la candidata.

Llegaron a la sede del partido. La calle estaba a rebosar de gente. Amas de casa, obreros, ejecutivos, funcionarios y algún inmigrante despistado bramaron al ver el coche de la candidata. Ella sonrió forzosamente, mientras su marido miraba a otro lado.

Mathis se acercó al altar y miró de nuevo el Santo Grial. Brillaba dentro de la urna de cristal. El Gran Maestre había pensado que era mejor dejarlo a la vista hasta que se lo

llevaran por la noche. La manera más efectiva de esconder algo era exponerlo en el sitio más visible. Nadie sospecharía que se trataba del Santo Grial.

El hombre abrió su mochila y extrajo la copia, la sacó de la caja y la colocó en la urna. Lo había estado pensando durante toda la noche. No podía fallar a sus amigos, si ese fanático se daba cuenta de que no era la verdadera copa, no volvería a verlos. En cuanto hicieran el intercambio se aseguraría de que Jean-Pierre no se quedaba con ella.

Después de cerrar la mochila se puso en pie y caminó hacia la puerta de la iglesia. El anciano se paró justo en frente y le miró directamente a los ojos.

Mathis sintió como si le atravesara con sus pupilas azules, rodeadas por los cercos de la edad.

—¿Piensas que es necesario? —preguntó el anciano.

—¿El qué? No le entiendo —comentó Mathis aturdido.

—No hay nada más poderoso que el amor. Esa copa simboliza ese tipo de amor. Es normal que prefieras sacrificarla para salvar a tus amigos. No te juzgo. A pesar de que mis hermanos y yo llevamos siglos buscándola para protegerla y que no queremos que caiga en malas manos, no podemos negársela a su portador. En cierto sentido has sido elegido para encontrarla y protegerla. Ahora tú eres su guardián. Intentaremos sacarlos a los tres con vida de la plaza, pero pase lo que pase, quiero que pienses que has actuado según tu conciencia.

—Gracias —contestó emocionado Mathis.

—Nuestra conciencia es la brújula de nuestra vida, pero necesita un polo magnético para indicar el verdadero norte. Ese polo magnético es la Verdad. No te alejes de ella, siempre guiará tu vida —dijo el anciano apoyando su mano sobre el hombro de Mathis.

—No lo olvidaré.

El hombre salió de la iglesia y caminó despacio el corto recorrido hasta el Louvre. Cruzó a la isla, miró brevemente la fachada de Nôtre Dame y a los pocos turistas que aún quedaban ese día tan complicado. La policía recorría las calles con sus chalecos antibala y sus fusiles de asalto. Parecía que Francia entera estaba a punto de entrar en guerra y, en cierto sentido, eso era exactamente lo que iba a suceder. Una larga guerra contra sí mismos, contra todo lo que habían sido y lo poco que quedaba de los valores republicanos.

Por unos instantes Mathis temió que le registraran la mochila o le pidieran la documentación. Afortunadamente aún conservaba los papeles falsos que le había facilitado Jean-Pierre, pero no sería sencillo llegar hasta la plaza. El anciano le había prometido que un vehículo los aguardaría en la rue Saint Honoré. Tendrían que abandonar la plaza de la Pirámide del Louvre rápidamente y salir por el pasaje de Richelieu. Si la policía o la seguridad del acto percibían peligro sería imposible escapar de la plaza.

A pesar de que aún quedaba más de una hora para el discurso, la plaza ya estaba llena de gente. Para su sorpresa nadie le miró la mochila, la policía paraba gente al azar, pero no registraba ni miraba los bolsos y las mochilas de los miles de personas que entraban en ese momento en Louvre.

Se dirigió a la parte más próxima al escenario, pero se situó cerca de un pasillo, donde se encontraban los camiones que habían instalado el sonido, la pantalla gigante y los focos.

Miró el reloj, en un par de minutos se daría a conocer el sondeo de las elecciones. Si el pronóstico para la victoria de la candidata era muy alto, su victoria sería segura.

39. Discurso

Los primeros sondeos daban la victoria a la candidata, pero con apenas diez puntos de ventaja. Lo que obligaba al recuento de votos antes de proclamarse ganadora. La mujer miró el inmenso monitor del despacho y por un segundo reflejó desaliento. Llevaba horas de sonrisas, abrazos y felicitaciones, aunque sabía que una alta participación nunca era una buena noticia para su partido. Lo único que podía significar era que la extrema izquierda había votado por el candidato menos peligroso para ellos y que el resto de partidos habían hecho lo mismo.

Su marido parecía contento, como si disfrutara con su angustia. Había bebido varias copas de champán y sonreía a todos los invitados de la zona Vip. Jean-Pierre en cambio permanecía sentado en el sofá, con la mirada perdida y la cabeza en otra parte.

—¡Maldita sea! Hasta cuándo nos pondrán a prueba. Estoy cansada de intentar ganarme el corazón de esta gente, si no me aman, al menos les enseñaré a temerme —dijo la candidata a su padre.

—Llevo años diciéndote eso mismo. El liderazgo actual lo ha olvidado. Está empeñado en que el pueblo los ame. Maquiavelo lo expresó muy bien con su famosa frase: «Las personas deben ser acariciadas o aplastadas. Si les haces un daño menor obtendrás su venganza; pero si los lizas no hay nada que puedan hacer».

—Siempre con tus famosas citas, padre.

En la pantalla comenzaron a publicarse los primeros votos escrutados. Salía en cabeza el candidato moderado, ganaba prácticamente en todos los departamentos del país. La angustia comenzó a invadir el corazón de todos. ¿Volverían a perder por tercera vez la oportunidad de gobernar Francia?

Tras una hora de infarto, los resultados igualaron a los candidatos, con apenas un punto de diferencia. La sala comenzó a celebrarlo con moderación y la candidata comenzó a sonreír de nuevo.

—Será mejor que traigan a los niños. Creo que esta noche tendremos algo que celebrar —dijo a su asistente. Los habían dejado en un hotel cercano, para en el caso de producirse la victoria aparecer todos juntos.

La sala irrumpió en un grito de alegría cuando al 90 por ciento del escrutinio, la candidata ganaba un sesenta a cuarenta.

—Será mejor que vayamos al Louvre —dijo la mujer eufórica.

Su marido y su padre la besaron y la abrazaron. La gente la felicitó mientras salía de la sala y bajaba las escaleras donde la esperaban varios centenares de miembros de su partido.

—¡Viva Francia! —gritó mientras saludaba a sus seguidores.

Un estruendo llenó toda la sala.

—Todo esto es gracias a vuestro trabajo. Ahora construiremos unidos una nueva Francia, donde nuestros compatriotas puedan vivir en paz sin la amenaza del terrorismo, con prosperidad y sin temer que pierdan o roben sus propiedades las hordas de inmigrantes ilegales que dejaron pasar los otros presidentes. Libertad, fraternidad e igualdad.

El grupo se dirigió al coche oficial. A pesar de estar muy cerca de la plaza debían llegar hasta el mitin dentro del vehículo. La candidata era a la vez una de las personas más amadas y odiadas de Francia.

En unos minutos se encontraban detrás del escenario. La policía acordonaba la zona. Mientras la candidata subía al estrado Jean-Pierre se dirigió con cuatro guardaespaldas hacia la parte delantera. Se paró delante de una furgoneta negra y golpeó con fuerza la puerta.

Chloé y Michel escucharon los golpes y se sobresaltaron. Sabían que algo estaba sucediendo en la plaza por el estruendo de la gente. La multitud gritaba el nombre de la candidata o comenzaba a cantar espontáneamente *La Marsellesa*.

Uno de sus guardianes abrió la puerta y dejó entrar a Jean-Pierre.

—Espero que estén cómodos. Si todo sale bien en unos minutos estarán libres. Su amigo prometió traer la copa, si cumple con su palabra no habrá ningún problema. Soy un hombre de palabra.

—No me fío de usted. Es capaz de cualquier cosa por conseguir la copa.

—Tal vez tenga razón, pero para qué arriesgar, su amigo me la dará voluntariamente. No hay nada como un trabajo limpio y cuidadoso.

—¿Cuándo nos liberará? —preguntó Chloé.

—Cuando comience el discurso. Necesitamos que la gente esté tan entretenida que no se fije en nosotros. Será cuestión de unos minutos. Me perderé el discurso de mi amada hija, pero no se preocupen, dentro de no mucho yo leeré el mío.

Michel apartó la vista de aquel tipo narcisista e intolerante, tomó la mano de su amiga e intentó respirar hondo. No le importaba morir, pero tenía miedo a sufrir. Lo único que esperaba es que fuera rápido. No se creía ni una sola palabra de un individuo como aquel.

Escucharon un bramido de la multitud y después un corto silencio.

—¡Franceses, ha ganado de nuevo el patriotismo y la cordura! La Francia débil, dubitativa y confusa ha terminado. Nace una nueva Francia, donde la libertad de todos los franceses esté garantizada, pero no para que los extranjeros se aprovechen de ella, sino para que nosotros, los hijos y herederos de esta gran nación, nos sintamos seguros y en paz. Nuestra libertad no es como la suya, que está aplastada por el miedo y el terrorismo. Erradicaremos a los violentos, expulsaremos a aquellos que han convertido nuestra nación en su patio de recreo. Nuestra igualdad es inviolable, todos los franceses serán respetados en sus derechos, pero ay de aquellos que osen turbar la paz y la armonía, no habrá compasión para ellos. Nos une la

fraternidad de todos los que componemos una sola identidad nacional, cuyos antepasados hicieron de esta nación una de las más grandes del mundo.

Mathis observó a los hombres que entraban en una de las furgonetas. Ellos no le habían visto a él. Un cordón policial los separaba, tendrían que salir de allí para hacer el trueque. El hombre tanteó la pistola que llevaba en la chaqueta y después sacó de la mochila una bolsa con la caja de madera. No pensaba entregarle el resto de objetos y sabía cómo distraer a ese maldito viejo para recuperar el Santo Grial.

—Mañana mismo trabajaré para preparar a esta nueva Francia. Lo primero recuperando nuestra independencia de los burócratas de Bruselas, después saliendo del euro y construyendo una nueva alianza con todos los países libres que quieran frenar las ansias expansionistas de China, los países árabes y todo aquel que ponga en peligro nuestra cultura centenaria.

Mathis avanzó unos pasos y se situó en uno de los pasillos. En ese momento Jean-Pierre salió de una furgoneta seguido por sus amigos. Cuatro hombres los rodeaban. Caminaron hasta las vallas y las atravesaron. Mathis se adelantó unos pasos para que le viesan.

El grupo se aproximó a él, pero se quedó a unos pasos. Los matones de Jean-Pierre se pusieron delante, pero al final el hombre los apartó y se acercó hasta Mathis.

—¿Has traído lo que prometiste?

—Sí, pero antes quiero ver que mis amigos se encuentran bien.

Jean-Pierre hizo un gesto para que sus gorilas se apartasen y al final pudo ver de cerca a Chloé y Michel. Parecían cansados y asustados, pero se encontraban ilesos.

—Le entregaré la copa, cuando los suelten.

—Ni hablar, primero me darás la copa —dijo Jean-Pierre echando espumarajos por la boca.

—Primero que se adelanten, cuando pasen a sus matones se la daré.

Chloé y Michel se adelantaron un par de pasos y Mathis alargó el brazo, pero antes de que el hombre pudiera atrapar la bolsa, sacó el arma y apuntó a la candidata que continuaba hablando.

—¿Qué haces, estúpido?

—¿Prefiere a su hija o esto? —preguntó levantando la bolsa.

Los guardaespaldas estaban a punto de agarrar a sus dos amigos cuando estos corrieron hacia él.

—¡Dame la copa o nunca más podrás vivir tranquilo! —bramó el anciano.

—No le pertenece. No fue creada para dar la inmortalidad a un demonio como tú.

Los tres retrocedieron unos pasos; Mathis se giró hacia ellos sin dejar de apuntar a la candidata y les susurró.

—Corred hacia el pasaje de Richelieu.

Los dos dudaron unos instantes, pero al final corrieron hacia la salida, mientras Mathis continuaba apuntando a la candidata. Jean-Pierre se abalanzó sobre él para intentar arrebatarse la bolsa, pero este se giró y echó a correr. El hombre consiguió

engancharle por la mochila y le frenó en seco. Los guardaespaldas corrieron para atraparlo, pero Mathis giró el brazo y disparó a Jean-Pierre. El anciano le miró con los ojos muy abiertos, después inclinó su cabeza para observar su vientre manchado de sangre y soltó la mochila antes de desplomarse en el suelo.

La multitud comenzó a gritar y se produjo una fuerte estampida. Mathis intentó correr hacia el pasaje de Richelieu, pero la gente le llevaba hacia Pont du Carrousel. Tiró el arma al suelo e intentó llegar hasta su vehículo de escape a través del túnel que pasaba por debajo de los jardines. Notó unas manos que intentaban tirar de su mochila. Los guardaespaldas estaban a punto de darle alcance. Entonces comenzó a gritar y señalar a sus perseguidores.

—¡Terroristas!

Sus gritos hicieron que aumentara aún más la confusión. La gente se apartó de ellos y un grupo de policías los detuvo, mientras Mathis lograba escabullirse.

40. Frente al Sena

Mathis logró salir del Louvre y corrió hacia los túneles, pero antes de que pudiera alcanzarlos, dos hombres le atraparon y lo llevaron a la entrada de un garaje.

—Será mejor que me entregue el Grial —dijo uno de ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó confuso Mathis.

Detrás de ellos apareció el marido de la candidata, le sonrió y alargó el brazo.

—Ha hecho un buen trabajo. No sabía cómo eliminar a ese maldito dinosaurio político, ahora ya nada se interpone en mi camino. Mi esposa no es tan fuerte como parece, siempre ha estado a la sombra de ese viejo.

—No se lo puedo entregar. Deje que me marche.

—¿Se ha vuelto loco? Conozco el poder de ese objeto. La humanidad lleva buscándolo milenios. Por favor, no quiero matarle en plena calle. Aunque abatir a un terrorista hoy en día está bien visto.

Mathis titubeó, no sabía qué hacer, pero escuchó un frenazo a su espalda y unos hombres armados que apuntaban a los gorilas.

—¡Suelten las armas!

Comenzaron a disparar y Mathis logró escabullirse. Corrió hacia el puente sin darse cuenta de que el esposo de la candidata le perseguía. Apenas había llegado a la mitad del puente, cuando escuchó un disparo y sintió un fuerte escozor en la espalda. Se paró en seco y al girarse vio al hombre que volvía a dispararle. Logró esquivar las balas. El hombre se paró y le gritó:

—Deje la bolsa en el suelo. Le prometo que no le haré nada.

Mathis miró la pistola y después el agua del Sena.

—Un símbolo de la humanidad no puede caer en unas manos como las tuyas.

—¿Acaso usted se cree mejor?

—No, pero en este cáliz está la sangre de una persona que entregó su vida por la humanidad; usted quiere servirse de ella para satisfacer sus ansias de poder.

—Estupideces. Ese hombre del que habla se dejó matar como un estúpido, durante siglos le ha seguido un ejército de perdedores, pero su reinado está a punto de llegar a su fin, lo que hizo hace dos mil años es irrelevante. Se dejó matar, por Dios, ni siquiera opuso resistencia. Era un hombre débil y la humanidad necesita hombres fuertes.

Mathis se subió al poyete del puente y extendió los brazos.

—No lo haga. Se desangrará en el agua. ¿Va a morir por esa copa?

—Morir o vivir, ¿cuál es el precio de la libertad? —dijo Mathis mientras se lanzaba al río. Antes de impactar en el agua sintió otro disparo en la espalda, después su cuerpo experimentó el alivio del agua fría y se hizo un profundo silencio. Su

cuerpo se hundió hasta casi el fondo, mientras una sensación agradable le fue invadiendo poco a poco, hasta que cayó en un profundo sueño.

EPÍLOGO

Michel y Chloé caminaron por el paseo central. Los mausoleos de los prohombres de Francia se sucedían sin descanso hasta que llegaron a una tumba de mármol recién labrado. Dejaron unas flores sobre la tumba y la mujer no pudo evitar apoyarse en el hombro de Michel y comenzar a llorar.

—Era tan joven —dijo entre sollozos.

—Dicen que los amados de los dioses mueren jóvenes.

Miraron la figura labrada en la lápida, se trataba de un cáliz del que brotaban dos palomas. La mujer se inclinó sobre la tumba y apartó algunas hojas.

Se escucharon pasos que corrían sobre los adoquines, un hombre llegó hasta ellos y se agachó jadeante.

—Lo siento. No he podido llegar antes, mi vuelo de Londres salió con retraso.

—Lo importante es que un año más tarde todos estemos juntos de nuevo —dijo Chloé.

—¿Por qué sus padres prefirieron que el entierro fuera aquí? —preguntó Michel.

—No lo sé. Imagino que era muy duro para ellos el traslado del cadáver; además su madre lleva años viviendo en París —contestó Chloé.

El hombre abrazó la tumba y después se puso de pie. Nunca la olvidaré.

—Aquellos días fueron amargos, creíamos que te habíamos perdido, pero al final el agua te devolvió a la orilla.

—Se perdió el Santo Grial, fue una verdadera pena —comentó Michel.

—Además el manuscrito se estropeó —dijo Chloé.

—Estuvieron meses buscando el Grial en el río pero sin éxito —comentó Mathis.

—Al menos Jean-Pierre y su hija no lograron el poder que tanto ambicionaban. Su marido está en la cárcel por intento de asesinato, su padre muerto y ella a la espera de un juicio por conspiración, secuestro y pertenencia a una banda armada. Los Proucx nunca más intentarán llegar al poder en Francia —dijo Michel.

Caminaron por la alameda y salieron por la puerta de las antorchas del cementerio Père Lachaise. La ciudad parecía recuperar la calma tras un año de turbulencias políticas y sociales.

—¿Cómo va tu trabajo en Canterbury? —preguntó Chloé.

—Poco a poco, tengo que restaurar varias capillas y tumbas. Creo que pasaré allí una larga temporada. El trabajo me ayuda a olvidar —dijo Mathis.

—Sabes que allí se encontraron unos restos que muchos afirman que proceden del antiguo reino del rey Arturo —comentó Michel.

—Por favor, lo último que deseo es resolver otro misterio. ¿No aprendiste nada de lo que sucedió? —preguntó Mathis.

—No podemos resistirnos al destino, querido amigo. Siempre termina por alcanzarnos.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, 23 de Junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones. Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y la *Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.